

Edición: Georgina Pérez Palmés
Dirección artística: Alfredo Montoto Sánchez
Diseño de cubierta: Flavia Sopo Arzuaga
Ilustración de cubierta: Jorge Luis Martínez Camilleri
Composición computarizada: Ana María Yanes Suárez

© Eduardo del Llano, 2002
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 2002

ISBN 959-10-0699-3

Instituto Cubano del Libro
Editorial Letras Cubanas
Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly 4, esquina a Tacón
La Habana, Cuba

E-mail: elc@iclcult.cu

*Para Daniel Díaz
y Fernando Pérez*

PRIMERA PARTE

Era un día probable. Alrededor de las siete de la mañana. Nicanor O'Donnell llevaba un paquetico en la mano. Un objeto menudo, envuelto en papel de periódico y anudado con un trozo de cordel sucio. Podría añadirse que Nicanor marchaba por la acera de una calle cercana al centro, pero no mucho, y que transcurría el invierno.

No hay que dejarse embaucar por el párrafo precedente. Empecemos por el final: ¿qué invierno era este? Durante los tres últimos años, los frentes fríos habían bajado del norte con tal desgano y cautela que diríanse, también ellos, constreñidos por el embargo económico. Las temperaturas más bajas fueron de diez grados sobre cero, y siempre en sitios silvestres, de nombre aborigen. Uno sudaba menos, pero todavía sudaba; el aire no era una cosa sólida, pero seguía lejos de la inconsistencia gaseosa. En este país no hay primavera ni otoño, ni invierno, ya se sabe. Pero es que no hay ni siquiera verano. El estío, para serlo, debe tener otra estación que lo contrarreste; en caso contrario, es sólo tiempo. Y el tiempo es asunto de Stephen Hawking o de Borges, no de la meteorología.

¿Una calle cercana al centro? En esta urbe no hay núcleo matriz. Se ha derramado en torno a una bahía que parece un descosido, y el setenta por ciento del te-

territorio oficialmente ciudadano tiene espíritu y traza arrabaleros. Incluida una buena parte del centro histórico. Hay un barrio para ver edificios viejos, otro para ir de compras, un tercero para la vida social y un cuarto preñado de residencias y oficinas comerciales. Cada uno de ellos podría ser el ojo del huracán. Así que Nicanor podría estar dondequiera.

¿Las siete de la mañana? El primer transeúnte interrogado dijo que eran las siete y veinticinco; otro, momentos más tarde, que las siete y diez. Es lo que pasa donde coexisten relojes soviéticos, aparatos digitales comprados en rebajas y cronómetros de valía. Pero, sobre todo, es lo que pasa donde da lo mismo que sean las siete y veinticinco o las siete y diez.

¿Nicanor? Nicanor era un tipo impreciso, impersonal y gris como una computadora vista por detrás. Una especie de Zelig nato, una estadística, una mediocridad desde el ADN. Si esa clase de individuos se confunde entre los demás es sólo porque los demás son como él. Usted también, seguramente. Así es el pueblo. Así es dondequiera; todo lo más, pueden admirarse pantalones o bigotes, pero la masa cárnica es siempre indiferenciada. Nicanor estaba enfundado hasta la mitad en unos vaqueros baratos, y se había afeitado el bigote cuando le salieron las primeras canas, un par de años atrás. O tres o cuatro, puede ser.

Un día probable transcurre, seguramente, pero, de no hacerlo, nadie lo notaría. Para lo que sirve, daría igual si transcurriera hacia atrás, a la izquierda o la derecha, arriba o abajo. Bill Gates los llamaría días virtuales. Al año hay unos trescientos sesenta, cuatro más o menos. Eso es objetivo, no hay optimismo implícito.

Todo lo anterior quedaba salvado por el paquetito. En la extensión visible del universo, Nicanor era el único individuo acompañado por un objeto de las características antedichas. Cuando se detuvo a beber café ante un mostrador concurrido, siguió siendo el único con paquetito. Había un anciano con sombrero, un hombre y una muchacha con portafolios de parecido calibre, y una mujer con una bolsa llena de bultos verdes. Todos fácilmente descifrables; sólo Nicanor resultaba un misterio, porque nada podría decirse de él a partir de la observación de aquella cosa pequeña liada en un trozo de diario atrasado. En principio, el cosmos que nos hemos detenido a bosquejar tenía un punto de fuga, y este era la mano precisa de Nicanor envolviendo el objeto envuelto.

—Un tipo de treinta y seis años violó a una niña de tres —dijo la mujer de la bolsa, sin dirigirse a nadie en concreto—, ya no se puede salir a la calle.

—Usted no tiene tres años —rezongó Nicanor—, no veo por qué se preocupa.

El anciano comentó que por su barrio se daba el caso inverso: había un muchacho que violaba viejas. Lo cogieron porque una de las víctimas hizo la denuncia y lo describió a nivel molecular. Luego se supo que era la octava vieja violada, pero las siete primeras no habían chistado.

—¿Cómo van a chistar? Debían agradecerlo —dijo Nicanor, ferozmente.

Hacía este tipo de observaciones porque con el tiempo había comprobado que no lo escuchaban. O quizás era que la gente esperaba otro tipo de comentarios tras relatos de ese jaez, y simplemente no entendían la mordacidad. La mujer, por ejemplo, asentía como si Nicanor hubiera dicho algo más apropiado. Con un invierno, una

ciudad, una hora y un Nicanor así, cabía suponer que las palabras también salieran borrosas.

Nicanor se apartó del mostrador, cambió el paquetito de mano y dio unos pasos. Entonces tres tipos se bajaron de un Lada y lo secuestraron.

Los cazadores hicieron el primer alto en un oasis conocido, un punto obligado de reposo para los viajeros del País de Espuma. De hecho, constataron enseguida que no eran los únicos que en ese momento gozaban las bondades del tibio enclave. Una caravana entera vivaqueaba en el lugar, mercaderes y acémilas desperdigados por todo el perímetro de la Grieta, dejándose poseer por las templadas vibraciones que la espuma respetaba a desgana. Eduardo identificó sin dificultad al líder de los mercaderes y alzó la mano abierta. El extranjero lo imitó. Los cazadores buscaron un espacio libre, próximo a la comisura de la Grieta, y se agruparon allí.

Aquella era probablemente la mayor y más hirsuta de las Grietas de la comarca. Sus labios eran particularmente suaves y rojos, y la vegetación leonada tenía el perfume de los cominos jóvenes. Eduardo sabía que las tribus del sur empleaban las Grietas como cementerios, y aunque los sureños tenían bien ganada reputación de bárbaros, el cazador se preguntaba a menudo si la usanza de su propia gente, dejar los cadáveres a merced de la espuma, no resultaba en verdad más salvaje y estúpida.

Luis extrajo de su morral unas tiras de calor seco y las repartió a los cazadores. Por cortesía, Eduardo le ofreció del manjar también a los mercaderes, pero no le sorprendió que estos rehusaran alegando sentirse ahitos. Aunque no era exactamente obsceno, ninguna tribu acep-

taba, si podía evitarlo, el calor de los extraños: gente famélica es gente débil, y sólo los esclavos son débiles. Por otra parte, todo el mundo sabe que el calor es difícil de atrapar, que cada bestezuela ha sido largamente corrida y acosada. Eduardo comió poco; le bastaba con la templanza de la Grieta.

Los comerciantes eran en su mayoría de tez aceitunada y barbas montaraces; hombres del este, a buen seguro. Vestían chilabas a rayas y calzaban sandalias, y aunque parecían desarmados, sus bastones forrados en piel no engañaban a nadie. Eduardo les preguntó por la carga y su destino.

—Casualidad —respondió el líder—, buena Casualidad manufacturada en Laghar. Vamos al norte, a trocarla por vinos y tejidos.

Entonces Eduardo, más por su natural curioso que por necesitarla realmente, le ofreció comprar dos o tres piezas de Casualidad.

—¿Qué me darías a cambio?— preguntó el mercader.

—Nombra lo que desees— dijo Eduardo, sospechando que el otro ya tendría algo a flor de labios. No se equivocó.

—Una hoja del Árbol Genealógico. Crece en sus tierras, ¿no es cierto?

El Árbol era propiedad de la tribu. O viceversa. Nadie sabía por qué estaba allí, ni de qué se alimentaba. Había nacido sin ser plantado y no precisaba cuidados especiales. Los cazadores tampoco le exigían nada, aunque le concedían un liviano respeto, y hablaban de él con orgullo. Era lógico que unos mercaderes errantes hubieran adivinado enseguida la procedencia de los recién llegados. Aun así, Eduardo se sintió un poco incómodo. Ellos llevaban hojas del Árbol en sus expediciones, a guisa de

amuletos, pero no se las tomaban muy en serio. Que un extranjero sí lo hiciera lo desconcertaba. Como si aquel objeto inútil constituyera entre sus posesiones la única valiosa, como si el Árbol fuera el verdadero dueño de las tierras cubiertas de hielo, espuma y rocas excavadas por generaciones.

—Es justo —dijo el barbudo—, ¿o no?

Eduardo miró a Luis y a Jorge, que de pronto parecían muy ocupados en desembarazarse de alguna ropa de abrigo.

—Es justo —concedió—. Te entrego mi hoja a cambio de cinco piezas de Casualidad.

—Tres.

—Bueno. Pero yo las escojo.

Tomó tres de diferentes colores. Entretanto, el mercader manoseaba la hoja del Árbol y la leía entre dientes.

«*SHAKRI Y NÁHUATL*: Hoy se sabe con certeza absoluta que el hombre americano no es oriundo del nuevo continente, sino que llegó a él en sucesivas migraciones, por el estrecho de Behring (según Hrdlicka y Rivet), de Australia y Polinesia (Rivet, Heyerdahl) y muy probablemente por otras vías (IBERIA, AIR FRANCE). Para demostrar que hubo paleocontacto, los investigadores recurren a evidencias arqueológicas, etnológicas y lingüísticas. Es así que ha podido comprobarse el vínculo remoto entre un pueblo americano y uno asiático que hasta hoy ha sido soslayado por la ciencia. Se trata de las tribus shakri, en Afganistán, y las grandes naciones de habla náhuatl en Mesoamérica.

»La civilización shakri, diez mil años antes de Cristo, sembró las mesetas afganas con elaboradas puntas de piedra, tejidos y pinturas rupestres. Hoy siguen haciendo lo mismo. Si su cultura no ha evolucionado, no se

debe a la escasez de hechos relevantes en su historia, sino a su carencia absoluta. Gracias a ese aislamiento, su lengua se ha conservado tan virgen de influencias externas que los propios shakri la consideran una lengua muerta.

»Pero veamos un primer ejemplo. En shakri, flor se dice *xochín*. En náhuatl, *xóchitl*. Se trata de una coincidencia importante, en particular si se considera que en las mesetas afganas sólo florece un arbusto, la *xochin vulgaris*. Para los náhuatl, *Xochipilli* era el dios de las flores y la primavera. Para los shakri, *Xochipilli* es una especie de mofeta sagrada. Una mofeta que se alimenta de flores...»

Eduardo sabía el texto de memoria, lo que no lo acercaba un cabello a su comprensión. Era difícil saber si el comerciante se hallaba en el mismo caso; lo que sí resultaba indudable era que le fascinaban aquellas palabras vacías, y que creía haber concluido un trueque ventajoso. Tanto mejor para él. Eduardo disponía ahora de tres bonitas Casualidades para gastar. Las guardó en su morral, junto a las tiras de calor que le sobraron.

El cazador se quedó dormido.

Chrissy tendría que sentirse feliz: había conseguido el dinero para su primera película. El productor la llamó a las nueve y cuarto para darle la noticia. A las nueve y media, se sentaba en una mesa apartada de su restaurante favorito y pedía unas *Wiener Schnitzel* y una copa de yogurt blanco con fresas.

En la mesa contigua se sentaba un tipo que debía ser una gigante roja. Chrissy lo evaluó automáticamente, pero en realidad no estaba de humor para seguir esa línea de

pensamiento. Esto en sí era bastante raro, pero saber que disponía de diez millones para su *opera prima* era más raro todavía. De hecho, ahora se daba cuenta de que nunca había confiado del todo en que sucediera.

No hay películas que le gusten a todo el mundo. Esa verdad la aterraba. Cualquier película tiene detractores, con la posible excepción de la *Blancanieves* de Disney. El mismo Chaplin... bueno, puristas hay que lo consideran genial sólo en su período en Keystone, o en *La quimera*. Einsenstein es panfletario, tocó la flauta por casualidad. Welles tiene errores infantiles. El esqueleto con peluca de *Psicosis* dejó de asustar hace treinta años, y es obvio que sobran cinco minutos al final. Allen y Spielberg, Fellini y Bergman son esto o aquello. La misma Chrissy se había extendido bastante al respecto, como es de rigor apenas uno empieza a distinguir un *zoom* de un *dolly*. Es mucho más fácil nombrar diez libros universalmente aceptados, que una sola película. Y ella iba a filmar su *opera prima*. ¿Cómo encontrarle gusto a las fresas?

La gigante roja sacó un libro de algún recipiente oculto al otro lado de la mesa y empezó a leer. Matemáticas, entrevió Chrissy. Dios mío, se dijo, cómo puede alguien interesarse en eso. Cómo puede haber, porque lo hay, un grupo humano que lee revistas científicas en el desayuno. Los negros no son otra raza, pero los científicos son indudablemente otra especie. Como los políticos o los deportistas. Alguien que piense que Gauss y Barnsley, o bien Joe DiMaggio y Carl Lewis, representan el tope de la evolución humana, tiene por cierto una idea otra de la humanidad. Ya se verá en doscientos años que estamos utilizando con imperdonable generosidad el membrete de *Homo sapiens*.

Chrissy terminó su cena. Encendió un *Lucky Strike* y se quedó mirando a la calle, recomponiéndola en planos. Luego buscó el teléfono en su bolso, marcó el número de Helmut y esperó. Catorce timbrazos. Helmut nunca contestaba antes de los doce primeros.

—Ja.

—Me voy.

—¿Adónde?

—A Suramérica, creo. No ahora. Pero pronto. A filmar.

Hubo un silencio. Helmut estaría restregándose los ojos, esponjándose el pelo, sacándose un moco.

—Anjá.

—¿Vendrás conmigo?

—... no.

No iría. Ya lo sospechaba. Sintió una especie de alivio ácido. Iba a comenzar una nueva vida. Y Helmut no estaba interesado en la Chrissy resultante, la Chrissy de «¡sonido!» «¡cámara!» y, sobre todo, la Chrissy de «¡acción!».

—Cuídate.

—¿Para qué?

No supo qué contestar. Cortó la comunicación. Luego se quedó un instante sin hacer nada, como Juliette Binoche en *Azul*. Y después sonó un timbre.

—Aló.

—¿Chrissy? Termina esas fresas.

Olivier sabía de su devoción por las frutas silvestres. Pero no podía saber que acababa de romper con Helmut.

—El representante del Canal Plus me llamó hace un minuto. Exigen algunos cambios. Cosas pequeñas, no te preocupes. Escucha, ¿puedes venir?

—¿Cambios?

—Nada serio. Un par de escenas. Y... ya no comenzamos en Perú, sino en el Caribe. Créeme, nada para alarmarse.

El Caribe. Allí había pensado ir con Helmut en el verano. Por Dios, qué sentimental se estaba volviendo. Miró hacia la mesa de la gigante roja. El tipo ya se había ido. Pensó en cuántas gigantes rojas habría en el Caribe. Y sintió que recobraba su optimismo, su autoconfianza, el sabor de las fresas. Ella era Chrissy, la cineasta. Mañana iba a meterse de lleno en su primer proyecto cinematográfico. La historia de un tercermundista que de pronto desfallece de amor por una europea, y viceversa.

Una mujer desenfocada vino a sentarse a su mesa. Chrissy ahogó una protesta para mirarla con frialdad. Tenía una falsa boca pintada con *rouge* en el carrillo derecho, y los cabellos rojos, leoninos y espesos, como la propia Chrissy veinte años antes. De hecho, se le parecía bastante.

—Hola —dijo.

La recién llegada onduló por encima de la mesa y la besó en los labios.

Que a uno le echen plomo derretido en los cojones no es lo peor que puede pasarle, solía decir Rodríguez con enterado aplomo. A Nicanor aquella aseveración le interesaba. Rodríguez debía tener un montoncito de secretos escondidos para proferirla sin pestañear.

Nicanor estaba sentado en el inodoro cuando sonó el teléfono. Se trataba del inodoro de la habitación 705 del Hilton Park de Munich, y era probablemente el servicio sanitario más aséptico que Nicanor hubiera utilizado en su vida. Si una estrella de *heavy metal*, digamos, había ocupado el recinto tres días antes, con la previsible secuela de fanáticas bulliciosas, champán y *donuts*, ninguna huella persistía. Por limpio que uno quedara después de chapotear en la bañera contigua, siempre parecería sucio al mirarse en aquellos espejos. Y, al mismo tiempo, por rotundo que fuese el resultado de la limpieza intestinal, atufaría mucho menos en el fondo de esa hoya ejemplar sobre la que Nicanor ahora gravitaba.

Debía ser *la* llamada. Vino a Munich a conveniar la exhibición de películas durante la Muestra de Cine Alemán Contemporáneo, en el próximo Festival de La Habana. Escogió tres; entre ellas, la más importante, la *opera prima* de una realizadora que había conmovido al público en el Foro de Berlín, dos meses atrás. Chrissy algo,

se llamaba. Chrissy debía contactarlo en el hotel para dar su permiso, y hacer esas preguntas de siempre acerca de si en La Habana cuidaban las películas. Chrissy, además, estaba durísima, y tenía fama de bisexual entusiasta. De modo que la llamada era decisiva. Nicanor había cagado la cuarta parte de lo que se disponía a cagar cuando escuchó el primer timbre. Titubeó durante unos veinte segundos, con la mano extendida hacia el rollo de papel sanitario. Finalmente, optó por la operatividad, y se levantó desnudo, con las piernas abiertas, y caminó como un pato sobre la blanda alfombra en la dirección aproximada del teléfono.

—Hola...

Era Chrissy, naturalmente. Hablaba un español razonable, con acento sureño, quizás peruano. En todo caso, no se daba los tonos que cabía esperar de quien ha sido llamada la nueva Jane Campion, la sorpresa rubia del cine europeo. Hizo incluso el viejo chiste de cómo se escogen las tres mujeres más estúpidas de un lote de cien: al azar. Nicanor rió de buena gana, aunque conocía el chiste, y en ese momento un pedacito de mierda cayó de su ojo ciego directamente sobre la alfombra.

En honor a la verdad, hay que decir que la voz de Nicanor apenas si acusó la tremenda angustia consecuente. Se limitó a constreñir muscularmente el derrame de nuevos detritus.

—Te espero en el lobby en cinco minutos —dijo Chrissy, y cortó la comunicación.

Nicanor devolvió el auricular a su sitio y estudió la mácula sobre la alfombra. Con la caída se había aplastado un poco, integrándose a la reseca fibra, de modo que parecía poco probable que pudiera recuperarla como un todo. Decidió intentarlo, de cualquier mane-

ra. Fue de nuevo hasta el cuarto de baño y obtuvo casi un metro de suave papel reciclable. No perdió tiempo en limpiarse; el mojón fugitivo era a todas luces una prioridad que no cabía desestimar. Caminando con el mismo paso bamboleante y circular, regresó adonde el retoño y procuró apresarlo con la mano cubierta por un provisorio guante de papel. Lo único que consiguió fue extenderlo sobre la áspera orografía de la moqueta.

—Me cago en Dios —declaró Nicanor muy apropiadamente. Si había de creer al reloj digital en el televisor, ya llevaba perdidos casi tres minutos. La pestilente emanación lucía ahora como si el hombre desnudo se hubiera cagado a mansalva en el tejido indefenso. Típico de esos cerdos tercermundistas, pensarían los nazis del personal. Continuó frotando, y logro atenuar un poco el grave matiz pardo, a cambio de cuadruplicar su área. Fue otra vez al baño, ganó una nueva provisión de papel, lo mojó un poco y vino a lavar la mancha. El papel se rompió bajo sus dedos, pero ya no le importó. Raspaba con tal frenesí que terminó deshilachando la alfombra y lastimándose los nudillos con el pavimento desnudo.

Diez minutos más tarde, Nicanor pestañeó por primera vez y se levantó. La moqueta parecía seriamente atacada con ácido sulfúrico, y el suelo estaba lleno de grumos de papel ennegrecido, y a él le sangraban los dedos. Suspiró, preguntándose por alguna razón qué hubiera hecho Bogart en un caso similar. Tomó sus ropas y se vistió como un autómatas sin el chip apropiado. Salió y buscó el ascensor. Cuando avanzaba sonriente al encuentro de Chrissy, recordó que aún no se había limpiado el culo como Dios mandaba.

Nicanor cayó sobre el asiento trasero del Lada como un saco de papas. Uno de los tipos se sentó al volante, los otros dos le mostraron una pistola, lo obligaron a ponerse derecho y se sentaron a sus flancos. El auto despegó con suavidad.

—Yo no he hecho nada —explicó absurdamente. Los dos guardianes lo miraron sin expresión por encima de las gafas oscuras.

Apretando con las dos manos el objeto envuelto en papel de periódico, Nicanor se esforzó en hacer una apreciación inteligente de la situación. O, al menos, una apreciación cualquiera. Aquello no era una detención: primero, porque nadie le había mostrado un cartoncito vestido de plástico; segundo, porque él, verdaderamente, no había hecho nada. Ninguna de las dos razones resultaba convincente, pero las dos sumadas parecían tener cierto peso. Bueno, si no se trataba de una detención, tendría que ser un secuestro. O una nueva manera, compulsiva, de dar un aventón.

—Me confunden con alguien —dijo, con cierta esperanza de haber dado con una tercera explicación, más sensata—. A ver, ¿quién soy yo?

—No tenemos la más puta idea —confesó el guardián de la izquierda, con voz inesperadamente aflautada—, pero sospechamos que un comemierda del montón.

Aquello deprimió un poco a Nicanor. No por la prepotencia implícita, sino porque era bastante cierto.

El auto, entretanto, se alejaba de aquel barrio convencionalmente cercano al centro y se metía en otro que no lo estaba ni siquiera convencionalmente. Nicanor no hubiera podido decir el nombre del municipio que se le

venía encima. Por la precariedad del transporte urbano, y porque su vida se desarrolló siempre tras esos barrotes invisibles de que tanto se ha hablado en canciones de autor, no conocía la ciudad más que en un menguado por ciento. Ahora bien, debía ser un municipio de gente pobre y huidiza, una urbanización dejada de la mano de pintores y albañiles. Había muchos barrios en candidatura, y los secuestradores lo sabían. Quizás por eso no malgastaron sus pañuelos en vendar a una víctima de quien abrigan opinión tan ruda.

De los tres malhechores, el de la voz aflautada parecía el más comunicativo. Se trataba de un tipo medio calvo, amarillo y reseco, mal vestido. Lo más interesante de su humanidad eran unas zapatillas *Reebok* con un par de años de uso. Nicanor lo miró con simpatía.

—¿Quieren dinero?

El hombre le dio un bofetón admonitorio, no demasiado fuerte. Nicanor, desconcertado, se acarició la mejilla.

—No hay que ponerse así. Por lo general, un ofrecimiento monetario es motivo de alegría...

—¿Cuánto tiene encima...?

—Nicanor. Me llamo Nicanor. Veintidós pesos con cuarenta centavos.

El hombre volvió a abofetearlo.

—Déjalo, Rodríguez —intervino el guardián de la derecha—, lo dijo de buena fe. Él no tiene la culpa de ser un comemierda.

Nicanor asintió. El guardián solidario le palmeó un hombro.

¿Política, quizás? Tres años antes, el propietario del paquetito había abjurado de su condición de presidente del CDR, alegando hemorroides. Y por esos días se tomó

un café con un ex condiscípulo de la Secundaria, que militaba en un partido de oposición cuya membresía hubiera resultado imperceptible aun reunida en pleno Sahara. La suma de entrambos deslices no conformaba un historial demasiado comprometedor, y en todo caso insuficiente para explicar la presente captura. Entonces, ¿qué? ¿Mujeres? Después de que su esposa lo dejó por la tañedora de tímpani en la Sinfónica de Camagüey, Nicanor fue al tálamo con dos o tres amantes, todas solteras y de bajo coeficiente erótico. De nuevo, explicar el secuestro por ese camino parecía desmedido. Por otra parte, Rodríguez había asegurado que no lo conocían, que lo escogieron al azar. ¿Sería acaso una especie de alergia hacia los ciudadanos comunes?

El Lada se detuvo media hora más tarde. Primero se bajó Rodríguez, después Nicanor, que se manchó inmediatamente los zapatos y las medias con alguna clase de grasa, y a continuación el segundo guardián. El chofer volvió a arrancar el auto y desapareció en un agujero negro. Salió de allí caminando, orinó contra un muro que incitaba a eso, y sacó una llave.

Nicanor no tenía idea de dónde se encontraba, naturalmente. Había un edificio con aires de escuela clausurada, y un patio vacío, excepción hecha de una vieja carcasa con vago aspecto automotriz, unas tablas rotas y tres o cuatro centenares de charcos de grasa. Bueno, el conjunto podría estar relacionado con un parqueo de ómnibus, pero también con un almacén, una empresa poco boyante o un garaje clandestino. Hasta donde la víctima tenía noticia, sitios así existían en cualquier barrio de la ciudad. En lontananza tampoco distinguía ninguna configuración conocida. Y el último nombre de una calle que recordaba

haber leído en un letrero indicador sonaba como importado de Ouagadougou.

Los secuestradores lo hicieron subir por una escalera disimulada tras el esqueleto del ómnibus. Sonó el chasquido de un interruptor. Y he aquí que sale de las sombras un cuarto de hotel, con la cama bien tendida, teléfono, closet y cuarto de baño.

—No puede quejarse —dijo Rodríguez—, cuando tenga hambre, pida el servicio a la habitación.

Ya se iban cuando Nicanor estalló.

—Coño —dijo—, ninguno de ustedes ha visto más películas de acción que yo. Estoy aburrido de ver secuestros. Y debo decirles que lo que han hecho hasta ahora no tiene nada de profesional.

La expresión de los tres rostros le reveló a la víctima que había tocado por casualidad un punto sensible. El más sensible. Rodríguez, en particular, hizo un puchero.

—¿De veras?

—Miren, siempre tiene que quedar claro el objetivo del secuestro. Para el interesado, quiero decir. Todavía no entiendo la necesidad de raptar a un... tipo como yo. No quieren dinero. Perfecto. Entonces, ¿de qué se trata? ¿Cuál es mi rescate? Porque no irán a mantenerme como a una puta de lujo.

El chofer y el segundo guardián miraron al hombrecito calvo, que había sacado una agenda con Schwarzenegger en la cubierta, y tomaba notas.

—Hay más—continuó Nicanor—. No sólo es evidente que Rodríguez se llama Rodríguez, sino que es el jefe. Y no me vendaron los ojos, lo que podría proporcionarme información adicional.

—El único pañuelo disponible estaba podrido en catarro —comentó el segundo guardián.

—Dícteme la última parte —pidió Rodríguez—, después de lo de mi jefatura.

Nicanor permitió que el escriba redondeara sus notas, y siguió hablando despacio y con buena entonación.

—Supongo que ahora me dirán que no me servirá de nada saber quiénes son o dónde estoy, porque no saldré vivo de aquí. No lo creo. Ustedes no tienen nada contra mí. Y si la idea es destriparme para vender mis órganos, debieron asegurarse primero de que no tengo un cálculo en el riñón o soy diabético. Admitan que han acumulado una chapucería tras otra.

Ninguno de los malhechores respondió de inmediato.

La llave del baño goteaba. Unas tres o cuatro veces por minuto.

—Gracias —dijo Rodríguez—. Puede haber algo de cierto en eso de que le debemos una explicación. Pero primero dejaré sentadas dos premisas. Número uno, que si en lo adelante quiere hacernos nuevas observaciones, le estaremos muy agradecidos. La segunda, que condiciona la anterior, es que suavice el tono. No olvide su condición. Y algo más, a título personal: me gustaría saber qué carajo lleva ahí —y señaló el objeto envuelto y atado.

—Mierda.

El jefe le fue encima a Nicanor y de un bofetón, algo más elocuente que los anteriores, lo arrojó sobre la cama.

—En lo único que no somos chapuceros es dando pescozones —explicó—, así que no se haga el héroe.

Desenfardeló el objeto sin miramientos y sacó a la luz un recipiente marrón oscuro en que bailaba algo sólido. Lo destapó. Todos se cubrieron las narices.

—En el laboratorio recogen muestras de heces fecales hasta las nueve —dijo Nicanor.

Hoy no creo en Dios; mañana sí, advertía un letrero tallado sobre las jambas de la puerta. Los cazadores se miraron, indecisos. El palacio había surgido de la espuma como una visión magnífica, y aun tocándolo era difícil creer en su materialidad. El texto antedicho no contribuía gran cosa a reconciliarlos con la aparición.

—Yo digo que nos marchemos, y de prisa —declaró Jorge—. No me gustan los palacios que brotan de la nada en países que una semana antes eran perfectamente salvajes.

—No sé... —dijo Eduardo—, si ha escogido para sustanciarse el momento en que nosotros cruzábamos estas tierras, no será de balde. Veamos para qué nos quiere. No me gustaría ser perseguido durante toda la ruta a casa por un palacio fantasma. En especial si quienes lo habitan, o él mismo, se declaran creyentes de tan esquiva manera.

—Justo —dijo Luis.

Los ocho hombres rodearon la puerta. Notaron que estaba entornada, y que del interior salía el inequívoco aroma del calor al fuego. Eduardo introdujo la punta de su lanza por la abertura, hizo fuerza, y la hoja de madera se hundió en la piedra en un ángulo imposible.

Cuando las catorce pupilas se adaptaron a la penumbra —había tres tuertos en el grupo, pero David, en compensación, tenía un tercer ojo en la palma de la mano derecha— se les reveló un pasillo húmedo que parecía tan largo como el palacio mismo, y con el ancho justo para marchar en fila. Enseguida notaron la ausencia de vanos laterales, y de junturas.

—No entiendo quién podría necesitar un palacio sin habitaciones —rezongó Jorge.

El olor del asado crecía, naturalmente, a medida que atravesaban la mole pétrea. Avanzaron quizás unos dos mil pasos sin percibir cambio alguno, y sin cruzar otras palabras que maldiciones ocasionales. Al final, una suerte de altar cerraba el pasillo. Un ser andrógino daba vueltas a un asador con un bonito ejemplar de calor, ya tibio, sobre un fuego amarillo que enrojecía a ojos vistas, a medida que la pieza muerta se desnaturalizaba. Encima del altar no quedaba espacio libre.

— Bienvenidos— dijo la criatura—, ¿quieren un poco de calor?

—Ya cenamos —repuso Eduardo, dignamente.

—No hablaba de comida, sino de sexo —precisó el andrógino—. En fin, no importa. No tenemos mucho tiempo.

Mordió con delicadeza una esquinita del calor para comprobar si su temperatura había descendido a niveles soportables. Debió ser así, porque a continuación empezó a comer de veras.

—¿Tiempo para qué? —preguntó Eduardo. Como estaba a la cabeza de la fila, sentíase obligado a llevar la conversación en nombre de todos.

—Para explicarles lo que deben hacer.

—Ya lo hemos hecho. Cobramos diecisiete piezas en el País de Espuma. Nos esperan en casa.

—Nadie los espera.

—Está loco —sentenció Jorge—. Con seguridad, él mismo construyó el palacio.

—De hecho, así fue —admitió el devorador de calor—, pero, si les parece, dejemos la charla sobre arquitectura para un momento más apropiado. Ahora lo urgente es enmendar la terrible falta que han cometido.

Eduardo miró hacia atrás y distinguió una piara de rostros perplejos. Y un poquito acobardados.

—¿Quién eres? Y ¿a qué falta te refieres?

—Pueden llamarme simplemente Tres. No es mi nombre, pero me habría gustado llamarme así. Y al hablar de falta, tenía en mente cierta hoja... del Árbol Genealógico.

—¿Qué hay con ella? —preguntó Eduardo, deseando con toda su alma que Tres no dijera lo que empezaba a barruntar.

El andrógino estudió los mondos huesos de la bestezuela, en busca de las últimas hilachas comestibles. El fuego, ahora púrpura oscuro, descendió reptando y se acurrucó a dormir al pie del altar.

—Has entregado una hoja del Árbol al Señor del No, a cambio de tres Casualidades. Si una porción, por pequeña que sea, del Árbol Genealógico deja de pertenecer a la tribu, no hay más tribu. Así de sencillo. Los tuyos sólo regresarán si recuperas la hoja. Pero debes hacerlo en noventa días, ni uno más; pasado ese tiempo, el Árbol ahora enfermo se secará definitivamente, y no habrá salvación posible.

Jorge soltó una carcajada. Pero nadie rió con él. En cambio, David se desmayó, y como era el tercero de la fila derribó a los que le seguían, que cayeron como fichas de dominó.

—David es muy sensible a los cuentos mal contados —explicó Jorge— y no es para menos. ¿Quién va a creer eso? Tanto jaleo por una hoja de un tronco inútil. ¿Por qué no hemos desaparecido nosotros también, si puede saberse?

—Precisamente, porque el Árbol los necesita. Sólo ustedes, los culpables, podrían encontrar al Señor del No y recuperar lo que han perdido. La magia del guardián de la tribu los sostiene. Noventa días.

—Los árboles pierden hojas en otoño. También el nuestro. Y nunca ha pasado nada.

—Claro que las pierden; para eso son árboles. Pero una hoja en poder del Señor del No es algo muy distinto. Ahora él tiene la llave para destruir el corazón verde. El corazón que es uno con el alma cósmica de la tribu.

Jorge se quedó momentáneamente sin objeciones. Eduardo se preguntó cuánto tardarían los demás en creer las palabras de Tres... y en advertir que la desgracia de la tribu no era culpa de los ocho, sino sólo suya.

—¿Quién es el Señor del No?

—Es difícil definirlo, salvo por negación. No es humano, pero tampoco de fibra divina. No es malo ni bueno, sino lo contrario. Es el emperador de un país que no existe, un país que sólo es visible disfrazado. El problema radica en que cambia de disfraz constantemente.

—Por lo que has dicho, podrías ser tú. Este palacio es un disfraz.

Tres sonrió.

—Podría serlo, desde luego. Tú decides.

—Claro que es él —gruñó Jorge—. No es hombre ni mujer, fiel ni descreído. Quiere hacernos mirar en la dirección equivocada.

Jorge blandió su lanza, echó el brazo armado hacia atrás... y encajó el extremo romo de la azagaya en un ojo de David. El afectado lanzó una blasfemia.

—Lo siento —murmuró Jorge, embarazado—, es un pasillo *muy* estrecho. Este cabrón lo ha diseñado así para que resulte imposible combatir en él.

El andrógino reía de buena gana. Su cuerpo, blanco y elástico, reclinado sobre la piedra con estudiada molicie, provocaba en los hombres sensaciones confusas. Eduardo descubrió que le sudaban las manos.

Luis habló de pronto. Su voz era breve y sorda, pero como siempre, todos lo escucharon.

—Tres nos ha dicho la verdad.

—Ah, ¿sí? —se rebeló Jorge—, entonces, si no tiene nada que ver con el Señor del No, ¿quién es él?

—¿Puedes hacer desaparecer el palacio? —preguntó Luis, mirando a los ojos de la criatura semidesnuda.

—¿Lo dudas?

—Quisiera verlo.

La expresión risueña desapareció del rostro de Tres. Intentó sostener la mirada del cazador, y desvió la vista.

—Es decir, casi todo.

—Adelante.

Tres hizo un ademán y los hombres se hallaron de nuevo en medio de la espuma. A sus espaldas, las huellas de pasos dividían el mundo en dos mitades. Era un día frío y gris, y más de uno echó mano al morral en busca de unas tiras de calor seco.

El texto en la puerta aún estaba allí, aunque faltaba la puerta.

—Lo sabía —dijo Luis, y se arrodilló—, perdona nuestras dudas, Señor.

—Pero, bueno —estalló Jorge—, ¿es el Señor, o no?

—Idiota —dijo Luis—, no *ese* Señor.

Los tres miraron con aire crítico a las tortilleras sentadas a la mesa contigua. Lo imperdonable era que las dos estaban muy ricas. En cualquier pareja de lesbianas, se da por supuesto que una al menos de las implicadas debe tener la delicadeza de un gladiador con oxiuros. En este caso concreto, la preferencia sexual de las dos mujeres se les antojaba un irresponsable desperdicio.

Rodríguez asentó las tres latas de cerveza encima del periódico doblado en dos: una sobre el nombre, otra sobre el logotipo, y con la tercera cubrió el cintillo editorial. Fue un gesto instintivo.

— Este mundo está muy jodido.

Ángel y Serafín asintieron, solidariamente asqueados con las mujeres y el periódico.

— Es fácil decir que vamos a secuestrar a esa persona —dijo Rodríguez—, pero es más fácil todavía que la cosa salga mal.

— Como yo lo veo, donde mejor puede funcionar un secuestro es en un país donde nunca se secuestra a nadie —dijo Serafín— y tal es la clase de país que estamos pisoteando desde que nacimos.

— Hasta en el Polo Norte, hay que tener experiencia en el *kidnapping* —insistió el cabecilla— y esa nos fal-

ta. Es la verdad. No basta con habernos sonado trescientos videos.

—Incluso los profesionales de las películas tuvieron que empezar por la primera vez —observó Ángel, lógico— o ya me explicarás cómo se puede ser un profesional antes de estar en la profesión. Soplando se aprende a hacer botellas.

— Ensayan —dijo Rodríguez.

Los demás lo miraron, esperando que continuara, pero no continuó.

—¿Te refieres a esos simulacros cronometrados? —preguntó Serafín, que alguna vez había sido teniente de la Reserva—. Ya lo hicimos. Tres veces.

Rodríguez pateó con un fornido *Reebok*.

—No, no. Estuve pensando. En otros países, basta con los simulacros. Siempre tienen a alguien que ya lo hizo antes, y, de cualquier modo, la cosa está en el ambiente. Aquí no. Aquí un secuestro es como un restaurant griego o un baño turco, una rareza. No lo llevamos en la sangre. Para que la operación nos salga bien, tenemos que secuestrar a alguien primero.

—No te copio bien, Rodríguez —admitió Serafín—, ¿quieres pegar anuncios en las paredes pidiendo voluntarios para un ensayo de secuestro? ¿A quién vamos a coger para la experiencia piloto?

—A un comemierda del montón.

Ángel y Serafín destaparon el logotipo y el cintillo editorial, y bebieron, cavilosos.

—¿Y qué tendríamos contra ese tipo?

—Nada. ¿Se dan cuenta? Buscamos a alguien lo suficientemente insignificante para que ni a él ni a quienes lo conocen se les ocurra jamás que podría ser la víctima de un secuestro. Todo lo que nos vaya a salir mal, nos

saldrá mal con él. Después, llegado el momento de la operación verdadera, se supone que las cosas vayan como una seda.

—Me gusta —dijo Ángel—, pero hay algo... una vez terminado el ensayo, ¿qué hacemos con el comemierda? ¿Nos lo comemos con papas?

Rodríguez descubrió el nombre del rotativo.

—Ahí, la verdad, es donde no lo tengo todo claro. Una posibilidad es liquidarlo; otra, amenazarlo con que le abriremos un hueco si habla, y dejar que se largue. Y otra, guardarlo hasta que hayamos terminado la operación principal. Después veríamos. Eso es dialéctica.

—Claro. ¿Y si el secuestro básico, con ensayo y todo, no sale bien?

Por un momento, Ángel fue el delincuente más impopular de la ciudad.

—No sé —dijo Rodríguez con sinceridad—, tú, mejor que nadie, sabes que en las películas la víctima se enamora de los tipos duros, o se hace amigo de ellos, o los tipos duros se salen con la suya y les importa un carajo que la víctima patalee. Dramaturgia.

La célula criminal en pleno consideró el asunto.

— Yo los mataría a los dos —reconoció Ángel—. Es más, creo que es la única forma de lograr lo que queremos.

—Estratégicamente, sí —dijo Serafín—, pero tácticamente...

Las cofrades sáficas se levantaron y se fueron, tomadas de la mano.

—Deberían fusilarlas a todas —opinó Rodríguez.

Nicanor tuvo la oportunidad de acostarse con Chrissy y con Anna, su amante, aquella misma tarde. No lo hizo

porque sabía que, no bien se desnudara, iba a notarse que no se había limpiado.

Anna vivía en Munich, y los tres fueron a su casa después de las negociaciones para la Muestra de Cine Alemán. Las dos mujeres ya estaban un poco bebidas, pero no se les notaba mucho; Nicanor, en cambio, tuvo que controlarse después del tercer *schnaps*. (Claro, los europeos se pasan la vida sentados en un bar o en un café, bebiendo y comiendo. Por qué no son todos gordos, y cuándo trabajan, eran dos misterios que hacía tiempo Nicanor renunció a desentrañar.) De cualquier modo, la perspectiva de quedarse a solas con dos bisexuales nada fundamentalistas resultaba interesante, y no iba a cagarla embriagándose. Cagar, por cierto, no calificaba últimamente entre sus verbos dilectos.

Chrissy tenía la clase de silueta que envidian las mujeres que han rebasado los treinta. Que envidian o añoran. Detrás de Anna se desplegaba una fila de ascendientes kurdos que la predestinaron baja, cremosa y gordita, pero apetecible como un pan recién horneado. Suponer una pintura al óleo de Chrissy mordiéndole las nalgas a Anna era penetrar en el reino del Gran Arte. Una pintura así podría exornar el techo de la Capilla Sixtina.

En Secundaria y Pre, cuando Nicanor adolescía, las expulsiones de homosexuales eran un show periódico. De pronto, cualquier día, empezaba una rechifla en un rincón u otro de la gran escuela, y cuantos lo escuchaban daban en rastrear un albergue tras otro hasta la matriz del escándalo. Tres veces cada cinco, la semilla se vinculaba a dos infelices mancebos descubiertos en pleno intercambio de penes. O a un profesor y un alumno, o a dos profesores. El destino de los herejes estaba decidido de antemano: expulsión deshonrosa, con el adere-

zo de pescozones y patadas nada encubiertos y aun estimulados. Crecido en ese *humus*, Nicanor no pudo presumir por décadas de un espíritu tolerante, en particular hacia los maricones; las orgías sáficas le parecían más disculpables, y ricas en valores plásticos. Entonces empezó a viajar a Europa, y advirtió que el lesbianismo y la bisexualidad estaban de moda. Como es cuestión de pocos años que lo que está de moda en Europa haga furor en el Tercer Mundo, a las alturas de su encuentro con Anna y Chrissy una relación entre mujeres le resultaba ya no sólo aceptable, sino de buen gusto.

En el fondo, sin embargo, Nicanor comprendía que para los europeos el sexo era un asunto igualmente contradictorio. Por un lado, la televisión y los puestos de periódicos rebosaban pornografía, y había esas playas nudistas; por otro, nadie piropeaba a nadie, y las mujeres con una profesión podían pasarse años sin templar. Muy pocos se casaban, muy pocos tenían hijos. Así, la contingencia que se avecinaba tenía ribetes de excepcionalidad. De lo que no estaba muy seguro era de cómo se esperaba que reaccionase: como un bárbaro, o como un tipo que todos los días escoge sus orgías en un menú.

La casa de Anna tenía, por supuesto, el piso de madera y dos plantas enlazadas por crujientes escaleras. Ella y la cineasta se descalzaron; el hombre evadió la sugerencia, desconfiando del civilismo de sus calcetines. Anna les ofreció bebidas: Nicanor aceptó una Coca-Cola. Otis Redding empezó a cantar.

—Háblanos de Cuba. ¿Siguen pasando mucha hambre allá?

Esta no era, para Nicanor, la manera apropiada de abordar el tema. En momentos así le brotaba una espe-

cie de fervor nacionalista, y escogía los puntos defendibles en cultura, geografía, historia, sociología y hasta en política para demostrar que su país no era tan malo. En su país hacía exactamente lo contrario. Ahora, sin embargo, deseoso de presenciar una bonita escenificación lésbica, murmuró algo acerca de que alguna gente sí, pero en general no tanto como hacía unos años.

—Cuando filmé en Perú, estuve tentada de viajar a Cuba y *aguaitar* un poco las cosas de verdad. Pero el trabajo en una película es *tan* agotador...

Si hubieras ido, sabrías lo que es el trabajo agotador, pensó el hombre, pero no lo dijo. Tenía la vista empujada en la mano de Anna, que rodeaba los hombros de la cineasta y colgaba, en apariencia inerte, hasta su teta derecha.

—Creí que todos en tu país eran mulatos.

—Yo no soy mulato, no bailo salsa, no me gusta el béisbol —declaró Nicanor, desafiante— y por lo que veo, no todos los alemanes son metódicos y adoran a Wagner. Los clichés culturales están acabando con la cultura.

—Es el turismo —repuso Chrissy—. La gente viaja para tener algo exótico que contar, y ver trajes típicos. Quienes han visitado tu país casi siempre hablan diez minutos de política, cinco de los carros americanos clásicos, y media hora de cómo las chicas mueven las caderas.

Dios mío, es siempre la misma conversación, pensó el hombre. La gente sencilla tiene clichés; la *intelligentzia* dedica algunos comentarios frívolos a los clichés, y no advierte que esos comentarios también han devenido retóricos. ¿Por qué no acabarán de quitarse la ropa?

—¿Por qué no acaban de quitarse la ropa?

Las dos mujeres lo miraron, con el feminismo rebullendo en los ojos. Otis Redding terminó de cantar *That's how strong my love is*. En el silencio consecuente, la pregunta de Nicanor despertó ecos insospechados en el maderamen.

—Bueno —añadió Nicanor, acobardado—, pensé que era lo que querían hacer.

Chrissy rompió a reír.

—Él tiene razón. Dios mío, somos tan civilizados...

Besó a su pareja demostrativamente, cuidando de no afectar la perspectiva de Nicanor.

—¿Más Cola? —ofreció Anna.

Cinco minutos después, vaso de Coca-Cola en mano, Nicanor contemplaba uno de los espectáculos más placenteros de su vida. Sí, estaba en la Capilla Sixtina. Y, como en el recinto del Vaticano, se sentía aplastado por lo que veía.

—¿No quieres venir con nosotros? —le habían preguntado. Respondió que no. La causa última era la inmundicia en su ojo ciego, que se hacía sentir como un mazacote ardiente. Claro que podía pedir permiso un momentico e ir al baño a lavarse, pero, *potius mori quam foedari*, no le preocupaban sólo las emanaciones que su desnudez podría liberar, sino el escozor que lo obligaba a sentarse de lado. Con esa molestia nadie iba a ser capaz de concentrarse.

Les miraba los pies. Con tanta orografía expuesta, su *voyeurismo* escoraba, sin embargo, hacia el estudio de aquellos dedos rosados. Bueno, antes ya estaban descalzas. Pero ahora estaban desnudas, y los pies no eran mero retazo en flor al extremo de las perneras de los vaqueros, sino consecuencia gustosa de la humanidad cabal

que se machihembraba encima. Los pies. Le fascinaron siempre. Resulta extraño, pensó, que en los video-clips siempre aparecen, y en cambio se les escamotea en las fotos de revistas porno. Como si los responsables de la imagen tuvieran conciencia del calibre erótico del material con que operaban, pero no supieran exactamente qué hacer con él. Para Nicanor, los pies femeninos contenían la esencia de la feminidad. Senos y nalgas también están presentes en el macho, y en gran escala en algunos casos; el culo del hombre también estaba de moda, por ejemplo. El sexo mismo es un agujero, y no define sino por negación. Pero los pies... sin haber leído a Sarduy, Nicanor sabía que en la mujer son algo muy distinto. Su forma, su textura, su olor. Desvió la vista.

Las mujeres, con toda seguridad, estarían sacando conclusiones acerca de la virilidad de los latinos, los tabúes imperantes en las sociedades del Tercer Mundo, y sus perversiones individuales. Le hubiera gustado apartarlas del error, pero naturalmente, no se atrevió. En cambio, su pensamiento divagó hacia el análisis de la fragilidad de la experiencia. Chrissy y Anna tendrían derecho a decir, en el futuro, que Nicanor era esto o aquello, porque habían sido testigos de su apocamiento. Y, sin embargo, tales asertos serían falsos. ¿Es cognoscible el mundo, a partir de las herramientas de que disponemos, o la subjetividad nos condena a la eterna abstinencia de la Verdad? Y si es así, ¿cómo se puede inteligir a Dios? Si la fe nos lleva a Él, y la fe blasona su propia ceguera, ¿no estaba el mortal destinado a ignorar la sustancia divina, de la misma manera que Nicanor ignoraba la divina materialidad de aquellas nalgas y tetas enrojecidas por la concupiscencia? Dicho de diversa manera, ¿será el culo quien nos aparta de Dios?

Vaso de Coca-Cola en mano, Nicanor se levantó y recorrió la habitación. Era obvio que las mujeres habían acabado por olvidarse de él, absortas como estaban en sus faenas táctiles. Y su nulidad lo ponía incómodo. Fue hasta la cocina, y rellenó su vaso con el resto de brebaje azucarado que quedaba en la botella plástica. De allí pasó a un estudio, presidido por un ordenador tres o cuatro generaciones más moderno que el más moderno que él hubiera manipulado en su vida. Papeles, y más papeles, un estéreo, *souvenirs* de países intercambiables, todos tercermundistas. (Anna era reportera *free-lance*, ya lo sabía, y no le quedaban por visitar en este planeta sino dos o tres atolones remotos.) Fotografías de Anna con Chrissy, con niños, con una vieja, con algunos hombres. Y, en un espacio privilegiado de la pared del fondo, una página de un libro, protegida por un cristal. Se acercó. Una de las mujeres gritó en la sala, y Nicanor dejó caer el vaso. Pero no por el grito, sino por lo que estaba leyendo en aquella página del *Who's Who?* del año. Algo acerca de Chrissy, algo que él ignoraba por completo y que le fascinó como no lo haría un millar de Capillas Sixtinas.

—¿Una condesa?

—Una cineasta, descendiente por línea directa de los condes de Kohl —puntualizó Rodríguez—, llegará aquí mañana por la noche. La secuestraremos para obligarla a abdicar a mi favor, o para forzarla a casarse conmigo. Toda la vida he soñado con poseer un título nobiliario, y esta es mi oportunidad.

Fue entonces que Nicanor se asustó de veras. Hallarse en manos de tres criminales hubiera sido un proble-

ma a enfrentar con lo que cabría llamar dialéctica *pop*. Resultar secuestrado por una triada de locos con manía de grandeza quedaba mucho más cerca de las tragedias clásicas. Algo en la línea de Medea, Raskolnikov o Buñuel. No se sentía preparado para eso.

—Y yo soy... una suerte de ensayo en frío.

—Exacto. No se acomete una empresa como esta sin un mínimo de práctica. La condesa deberá respetarnos y temernos, no echarse a reír ante un error de principiantes.

Nicanor miró con cautela a Ángel y Serafín.

—Y ustedes, ¿qué quieren ser? ¿Damas de compañía?

—Tener un socio en la nobleza nunca hace daño —repuso el ex teniente de la Reserva.

Dios mío, pensó la víctima, realmente creen en lo que dicen. ¿O me estarán jodiendo? ¿Me habrán soltado el primer disparate que se les ocurrió, para no develar un plan mucho más retorcido? Que me retengan para entrenarse todavía puedo asimilarlo. Pero, ¿cómo coño esperan que me trague que un calvo comeepinga de Guanabacoa o el Cerro quiere encajarse en la línea de los condes de Kohl? Por favor. ¿Una libreta de abastecimientos en campo de azur?

—Bueno —dijo Nicanor—, ya comprobaron que saben secuestrar. ¿Por qué no me dejan ir?

—Un secuestro no termina cuando se coge a un tipo y se le lleva a un lugar seguro —ilustró Ángel—. La parte más difícil es mantenerlo allí sin que nadie se entere. Afrontar las pequeñas eventualidades cotidianas. Atemorizarlo cada vez que empieza a perder el miedo.

—Conmigo, esa etapa pueden darla por superada. Tengo miedo. Tengo un miedo terrible.

—No conviene confraternizar mucho con la víctima —dijo Rodríguez—, usted comprenderá. Nos vamos. Puede quedarse con su muestra de caca.

—Gracias.

—Si necesita algo, llámenos. Siempre habrá alguien de guardia allá afuera.

Y se marcharon.

Nicanor permaneció un rato sin hacer nada: el tiempo que le concedió a la realidad para que involucionara en cualquier sentido tranquilizador. Digamos, hasta volver a encontrarse con la taza de café barato en una mano y el pomito refractario en la otra, frente a aquel mostrador de una calle cercana al centro. Aunque, en esta ocasión, estuviera lloviendo.

Despertó mucho después, y efectivamente tenía el pomo en la diestra y olía a café. Pero aún se encontraba en la habitación imposible, y el efluvio aromático venía de lejos, y la puerta seguía cerrada. La realidad se negaba a complacerlo.

Era un cuarto azul, bien que el cubrecama amarillo con florecitas verdes se llevaba con holgura el protagonismo. En el cuarto de baño había incluso dos toallas, dobladas como se las suele doblar en los hoteles, si las difusas reminiscencias que Nicanor atrapó en la papelera de reciclaje de su cerebro no venían adulteradas. En el closet encontró unas perchas descoloridas y tres cucarachas muertas. Había, además, un espejo y un teléfono.

Descolgó el auricular. No escuchó nada. El cable estaba cortado un metro más allá, así que al menos eso era lógico. Apreció la infinita crueldad o la conmovedora torpeza que implicaba la presencia del aparato en el cuarto, y, benévolo, se inclinó por la segunda posibilidad.

Por cierto, ¿de dónde habrían sacado un teléfono como ese, negro y empinado, no muy distinto a aquellos en que discaba, imperturbable, Philip Marlowe?

Nicanor decidió recapitular con entereza los hechos recientes. Había sido raptado por tres subnormales que pretendían convertirse en aristócratas. Tal era su leyenda; seguía pareciéndole poco digna de crédito. En cambio, registró como un nuevo fenómeno una oleada de orgullo pisoteado. Coño, en verdad él no era nadie, pero servir de cobaya para un secuestro ajeno se le antojaba demasiado. Y de una absurda condesa, nada menos. ¿Acaso las clases sociales iban a seguir estableciendo eternas diferencias entre los hombres? ¿Qué culpa tenía él de no haber nacido en noble cuna?

Nicanor trabajaba en una oficina. No importa cuál; nunca importa. Rodríguez y sus secuaces llevaban razón al suponer que nadie pararía mientes en su ausencia. (Su ex esposa era el único sucedáneo de un pariente cercano, y no sólo lo había dejado por otra mujer, sino que le gritó ante testigos que no podía seguir acostándose con un tipo que parecía un cruce entre un hermano menor de Woody Allen y Salvador Allende. Por alguna razón, semejante criterio y la manera en que fuera expresado, le resultaban mucho más intolerables que el abandono mismo.) Pobre Nicanor, incluso en su nicho ecológico nadie lo reprendía si faltaba a la guardia cederista. Como si no existiera, como si no hiciera falta.

Tenía hambre, así que debía ser la tarde, y bien entrada. Normalmente era capaz de pasar sin almuerzo; las sensaciones actuales correspondían a veinte horas sin alimentos terrestres, a ese delicioso momento en que uno regresa a la casa y la cena preside cualquier variante de futuro inmediato. Ahora, por ejemplo, comería arroz y

frijoles, con unas croquetas o bien un pescado socialista, tan inexpresivo que cualquier ictiólogo se vería apurado para clasificarlo. Claro que la víctima de un secuestro puede esgrimir ciertos derechos, en un rango que va desde la huelga de hambre hasta el filete de esturión. Decidió que la huelga de hambre no se notaría mucho, y por otra parte no resolvería nada, así que dio un grito genérico. Entró Serafín.

—¿Qué hay para comer? —lo agredió Nicanor, displicente.

—Pizza —dijo el villano, un tanto avergonzado—. Un tipo las vende en la esquina. Usted dijo que tenía veintidós pesos y un menudito, ¿no?

—¿Qué hay si lo dije?

—Estaba pensando que podría prestarme siete pesos para comprarme una.

—Pídaselos al conde de Kohl.

—Rodríguez se gastó casi todo lo que tenía en esos *Reebok* —explicó Serafín, crítico— y no quiere oír hablar de dinero. Por eso lo abofeteó en el carro.

Nicanor, hambriento, evocó la fe martiana en el mejoramiento humano y le entregó dieciséis pesos al secuestrador.

—Una con cebolla. Son nueve pesos. El resto, para usted.

Cuando Serafín salió, Nicanor retomó su análisis de los hechos. No parecía probable que fueran a soltarlo enseguida, pero, por lo demás, el comportamiento de Rodríguez y los suyos era bastante civilizado, incluso solidario. ¿Lo entusiasmaba eso? No, por cierto. Hubiera preferido unos delincuentes algo más clásicos; así sabría a qué atenerse. El mismo Serafín correspondía a primera vista al tipo de individuo que, de haber estado

frente al mostrador tomando café, haría un buen candidato para el secuestro. Ahora bien, esa podía ser la vieja táctica del policía bueno y el malo. No podía abrigar ninguna certeza de que, en determinadas circunstancias, el comprador de pizzas no fuera a meterle un cigarro encendido en el ojo.

Bien, tendría que pasarse una temporada en el cuarto azul; hasta la llegada de la condesa, o más bien, en tanto no se consumara el verdadero propósito de la operación. Si no empleaban la violencia con él, la perspectiva de un encierro medianamente dilatado era soportable, y no mucho peor que la representada por sus vacaciones corrientes. El problema consistía en qué hacer para acelerar el proceso según el cual los villanos considerarían satisfactorio el ensayo y lo dejarían irse. ¿Cooperar, acaso? La crítica a los pasos iniciales del secuestro fue bien recibida. Claro que, de seguir ese derrotero, los otros podrían llegar a encabronarse y hacerle recordar sus deberes de víctima. ¿Mostrarse aún más insignificante, tanto como para resultar inútil incluso para cobaya? ¿O, en cambio, desafiarlos, hacerlos arrepentirse de la osadía de haber secuestrado a Nicanor O'Donnell? ¿O escapar?

Llegó Serafín con la pizza. Y, justo en ese momento, Nicanor tuvo una revelación. Aún no se trataba de una estrategia bien jalonada, sólo de una primera e instintiva maniobra. Pero supo que era la correcta. Su experiencia como nulidad profesional la avalaba infaliblemente.

—Me pregunto si puedes hacerme un favor —le dijo a Serafín, mientras partía un pedacito de pizza y una rueda de cebolla enchumbada en jugo barato le maculaba la camisa.

—Si no afecta el plan...

—No lo afecta. Se trata de las heces...

—¿Las qué?

—La muestra de caca. Es para unos análisis urgentes.

—Tiene que ser caca fresca —objetó Serafín.

—Exacto. Mañana al amanecer la renovaré. Necesito que la lles al laboratorio.

Sólo Jorge, David y Luis marchaban con Eduardo. Los demás habían preferido desentenderse de la Búsqueda y regresar a casa. David dijo que murieron extraviados, que su tercer ojo se lo había mostrado.

Veintinueve jornadas pasaron, y empezaba la treintava.

—Esto no es ya el País de Espuma —afirmó Jorge, y era lo primero que decía aquella mañana—. Ni siquiera es este mundo. Por lo que sabemos, la tierra del Señor del No puede hallarse a nuestras espaldas.

—Tres dijo que no existe. Entonces, no podemos haberla dejado atrás —polemizó Eduardo.

—Si no existe, ¿por qué la buscamos?

Atravesaban un bosque de flores. Flores sin árboles, enormes corolas naciendo de la tierra, y a menudo del aire. Demasiado color para los sentidos, demasiado perfume. David, que era alérgico, jadeaba todo el tiempo, y tenía que atomizarse en la garganta los pedos de cierta mofeta que llevaba consigo. Los granos de polen, del tamaño de naranjas, cubrían el suelo y las botas de mierda amarilla. La provisión de calor se había agotado la víspera, y por más que atisbaban en la espesura, ninguna pieza de caza parecía interesada en dejarse matar. En cambio, la temperatura del aire iba en au-

mento, y si bien les calmaba el hambre, ninguno de ellos se sentía tranquilo.

—Hay gotas en mi piel —denunció Jorge—, me estoy muriendo.

—Sudor, lo llaman —dijo Luis—, me hablaron de su existencia. Es extraño, pero no grave. Por lo menos, no todavía.

—No es natural —insistió el otro—, los hombres no son manantiales. Regresemos, digo.

Al mediodía, encontraron un riachuelo de sonidos. Las melodías sonaron bárbaras en sus oídos, pero de cualquier modo era música. Bebieron, y el sabor nunca fue como el de la gran Cascada Armoniosa donde abrevaban los aldeanos, pero ni el más exigente podía llamarlo desagradable. El humor de Jorge se suavizó, y Luis contó algunas leyendas reales o inventadas.

Entonces aparecieron las mujeres.

Es difícil explicarlo de otra forma. Simplemente, hubo un momento en que ya estaban allí. David fue el primero en verlas, y lanzó un grito que rebasó la música. Jorge buscó sus armas. Eduardo y Luis no se movieron.

El número de las recién venidas resultaba difícil de precisar, pues muchas se confundían con las flores en forma, aroma y color, y se movían cuando uno dejaba de mirarlas. En todo caso, eran bastantes y bastante enérgicas para acabar con los cazadores, aun sin armas. Jorge pareció comprenderlo, porque abatió sus azagayas.

Estaban desnudas. Sin embargo, su piel no exhibía la coloración encarnada, o parda, o amarillenta que cabía esperar. Algunas eran blancas, otras ámbar, las terceras listadas. Se acercaban de flor en flor, siempre de las flores exactas para el camuflaje. No mostraban miedo, ni tampoco unos deseos irrefrenables de matar.

O de violar a los cuatro hombres. Claro que de eso no se podía estar seguro.

Dos mujeres se adelantaron. Habló la de color caramelo.

—¿Son mercaderes? Cómprennos estas puñeteras flores.

Eduardo y Luis se miraron.

—No venimos a comprar. Y menos las flores. Son un hermoso marco para vuestra belleza...

—Naturalmente, imaginábamos que dirían eso. Este país es una fantasía de varón. Mujeres desnudas, ¿qué mejor entorno que un jardín edénico? Nadie nos preguntó si queríamos pasarnos la vida escondidas entre pétalos húmedos. No hemos destrozado todo el bosque porque aún conservamos la esperanza de sacarle algún provecho financiero.

—Somos las Mujeres de Miel y Leche —dijo la blanca—, dueñas de estas tierras por generaciones. Hasta hoy, los varones fueron una leyenda. Ustedes son los primeros en posar la planta en nuestro país.

—Bueno —gruñó Jorge—, aunque varones, no somos idiotas. ¿Cómo se reproducen, si no es por intermedio de ciertas faenas masculinas? Hablaste de generaciones. No insultes mi inteligencia.

Ahora les tocó a las mujeres el turno de mirarse, perplejas.

—¿Quién dijo que necesitamos a los hombres para reproducirnos? —replicó la de caramelo—. Las bebés nacen de la Miel y la Leche, amasadas y sopladas por nosotras. Yo misma tengo a medio terminar una niña preciosa.

Jorge se sacó el pene y lo blandió demostrativamente.

—Entonces, ¿nunca han visto uno de estos?

Se formó un corro de hembras curiosas.

—Miren, el falo... no es un cuento de viejas para asustarnos...

—Lo imaginaba más grande...

—Y con espinas...

—O quizás unas estrías...

Pasado el frenesí investigativo, Luis presentó a sus colegas, comenzando por un Jorge inusualmente abatido. Explicó que eran cazadores del País de Espuma, en busca de una tierra muy lejana y a buen seguro desconocida, de manera que su paso por el País de las Mujeres de Miel y Leche tenía carácter pacífico y no tomaría sino el tiempo indispensable.

—¿Qué sitio es ese que buscan? —preguntó la mujer blanca, que se llamaba A.

—El País del Señor del No.

Siguió un silencio femenino.

—Creo que es mejor que vengan con nosotras —dijo la de caramelo, que se llamaba S—. La Gran Puta que-rrá hablarles.

Explicaron que la Gran Puta era una especie de madre. Los hombres no dijeron nada, no fueran a enfadarse.

Remontaron el curso del río, entre flores cada vez más apretadas y húmedas, más parecidas a las Grietas. El terreno se fue elevando; debía corresponder a la ladera de una montaña colosal, aunque las brumas escamoteaban la inminente cima. Rebasada la niebla, descubrieron que aquello no era en realidad una montaña, sino la inclinación natural del mundo.

Eduardo y los demás se dejaban llevar, absortos en la nutritiva contemplación de tanta carne convexa. Las expediciones de caza rara vez se extendían más allá de una semana, y ya eran muchos días sin mujer, sin otra compañía que la de sus propios hedores y evocaciones. Se contaba que los bárbaros del sur practicaban la sodomía incluso en familia, y aun que la preferían al sano

fornicio heterosexual. La tribu, en cambio, abominaba de maricones, y las expulsiones de parejas antinaturales constituían un show periódico. La ambigüedad de Tres había suscitado en los cuatro incorruptibles vergonzosos jadeos que preferían olvidar. Las Mujeres de Miel y Leche devolvíanles sus torturadas apetencias, y el saberlas ignorantes de varón no estimulaba precisamente su manse dumbre. Sólo su número y su enigma podían hacerlo.

Avistaron al cabo un monolito. A la sombra de la gran verga pétrea, una vieja los miraba llegar. Estaba sentada con las piernas recogidas, y dos mujeres jóvenes descansaban la cabeza en sus muslos.

—Esta es la Gran Puta —dijo A.

—Ya veo —murmuró Eduardo, e intentó una reverencia. Durante la ceremonia, una de las Casualidades cayó al suelo y rodó al alcance de la anciana. Los dedos ganchudos se cerraron sobre ella.

—Varones —comentó la Gran Puta—, conocí varones cuando era apenas una niña. Ujúm, he aquí una maravillosa Casualidad.

—Buscamos... —empezó Jorge.

—Sé lo que buscan. Hace mucho tiempo lo leí en los testículos de un koala.

Las mujeres estimaron a los hombres. S, la de caramelo, le guiñó un ojo a Eduardo. Y Eduardo pudo sentir cada vena en su miembro.

—Sólo estamos de paso —aclaró Jorge—, no queremos interferir.

Aquello pareció divertir mucho a la anciana.

—¿De veras? ¿Y si les digo que conocemos el arcano del País del No?

Eduardo miró a los otros. Luis mostraba una perplejidad no menor que la suya. David se miraba la palma

de la mano derecha. Jorge ni siquiera empezaba a digerir la noticia. Y, lo más curioso, las mujeres también parecían recién enteradas.

—¿Qué quieres por tu información?

—Ujúm, he aquí a un hombre práctico —dijo la Gran Puta, manoseando la Casualidad—. Presumo que estás dispuesto a cualquier cosa por saberlo, ¿no es cierto?

Eduardo imaginó torturas, canjes crudelísimos, acertijos.

—Sí.

—¿Ven, muchachitas? Típico de los varones. Bien, portador de la Casualidad, escucha con atención mis palabras. Habrás notado que mis queridas hijas llevan por nombre meras letras. Y es que somos tantas como signos tiene el alfabeto... Pues bien, durante una sola noche, deberás apañártelas para identificar a todas aquellas cuyos nombres combinados forman el secreto que buscas, y *yacer con ellas*. Esa es la única manera en que puede ser revelado.

El discurso de la anciana tardó un buen rato en disolverse.

Lo peor no fue la piedad en los ojos de sus colegas, sino el brillo en los de las mujeres. El hombre trató de aquilatar lo que significaría la conjunción de los deseos de tantas hembras vírgenes entre dos luces, y palideció.

—¿No pueden ayudarme mis amigos?

—No. Pueden mirar, si quieren.

—Por los dioses. Espero que sea un nombre corto.

—Eso no puedo decirlo.

El elegido sentía ahora el cansancio del camino, prefiguraba la triste impericia del amante mediocre. No, las torturas y las mutilaciones sólo podrían lacerar el cuerpo.

—¿Y por qué yo? ¿Cómo puedo saber las mujeres exactas, y cómo alinear luego sus nombres?

—Ujúm, ya lo sabes. Eres el portador de la Casualidad. Sólo tú serías capaz de seleccionar las amantes correctas.

Las dos muchachas recostadas en los muslos de la vieja empezaron a reír abiertamente.

—Al que le tocó, le tocó —dijo Luis.

Rodríguez estaba escribiendo una novela.

Era una novela en torno al concepto de *hombrecillo*. El texto revisitaba numerosas referencias a *hombrecillos* en novelas y relatos breves, obras de teatro y ensayos; de Dashiell Hammett hasta Nietzsche. Ya saben, ese tipo de frases menores: « ... abofeteó a Steve furiosamente. El *hombrecillo* ni siquiera intentó defenderse...» Frases harinosas en las que no reparaban los lectores ni los críticos, de la misma manera que nadie repara en un *hombrecillo* en cualquier conglomerado humano igual o mayor de dos personas.

¿Qué parámetros sirven para definir a un *hombrecillo*? ¿Se trata de la estatura, la fragilidad, la medianía? ¿De un aspecto poco inteligente, poco atractivo, nada descollante? ¿De cierta habilidad para pasar inadvertido, de una mirada chata y apagada? ¿Se le endosa el término a esos seres cuyo misterio radica en devenir inmediatamente antipáticos, o por el contrario, a especímenes que llaman a la lástima? ¿Cuáles de esos puntos de vista, y en qué combinación, producían un *hombrecillo* inequívoco?

Rodríguez sabía, o siquiera sospechaba, que él mismo era un *hombrecillo*. Por eso se había comprado los *Reebok*.

Rodríguez no quería terminar la novela. Es decir, avanzaba en ella, guardaba quizás un centenar de páginas manuscritas, pero le aterraba la posibilidad de terminarla. Gozaba pergeñando el texto, sabiendo que aún podrían aparecer muchas ideas nuevas. Sudaba frío al suponer que un día, al clavar en su sitio el punto final, pudiera mirarse en su obra y reconocerse.

O no reconocerse.

Cualquier obra en curso es perfectible. Una obra terminada no lo es. Rodríguez se negaba a pasar por una obra terminada. (En realidad, le hubiera gustado ser alguien. Nadie describe jamás como hombrecillos a las personas importantes, aunque sean bajas y entecas, repulsivas y chatas. Napoleón y Woody Allen son gnomos geniales o pequeños gigantes. Los hombrecillos son siempre grises y cerrados, como novelas concluidas.)

Rodríguez era el protagonista de su novela. O esa fue la idea. La novela avanzaba por donde le venía en gana, y a la altura de las cien cuartillas otros personajes se iban imponiendo, aun cuando Rodríguez, en su doble calidad de autor y personaje, luchaba por evitarlo. Sufría la angustia de verse desplazado, y a un tiempo la disfrutaba, pues el fin aún estaba lejos. Todavía los hombrecillos eran otros.

El chófer del auto enviado a recogerlos debía ser una enana blanca. Chrissy procuró no mostrar su decepción, pero lo cierto fue que habló poco en el trayecto del aeropuerto al hotel. Ni siquiera con Olivier, que viajaba a su lado y todo el tiempo se secaba la frente y los carrillos con un pañuelito bordado.

Hanna le había prometido que también vendría, pero más adelante, en cuanto terminara el curso. Hanna, la

pelirroja, era maestra; enseñaba español a un montón de chicos ignorantes que no solían evolucionar más allá del «*Mi iamo Klaus. ¿Cómo se iama usted?*» Chrissy la echaba de menos, y no le servía de nada repetirse que debía pensar sólo en la película. De hecho, no pensaba en la película desde aquella reunión con los idiotas del Canal Plus.

Incluso pensaba en Helmut.

—Mañana a las diez es la cita con el jefe de Producción del ICAIC —le recordó Olivier en el ascensor— y después, a ver locaciones. Descansa. Ya tendrás tiempo para tus perversiones.

Olivier era maricón. Fundamentalista. No había tocado a una mujer en su vida. Por la misma razón, las trataba con delicadeza y complicidad, en dosis precisas. En su mocedad, estudió Astronomía; suya fue la clasificación de los penes —y de los hombres, a quienes tenía por la parte inservible de aquellos— según la conocida tipología estelar: gigantes rojas, enanas blancas... Chrissy tomó la idea prestada, como tantas cosas en su vida. A los dos les gustaban los hombres; sólo a Chrissy le gustaban también las mujeres. Por lo demás, su amistad era vieja, vieja.

Durmió como la Bella Durmiente. Soñó con la película.

Al amanecer, después de cepillarse los dientes, tomó el lápiz labial y se contempló en el espejo. Voy a empezar a mostrarles cómo soy, se dijo, y trazó el dibujo esmerado de unos labios en el carrillo derecho. El efecto era cualquier cosa menos imperceptible. Alien, vestido de odalisca, llamaría menos la atención.

—Bórrate eso —apremió Olivier en el desayuno— o, por lo menos, píntate otro en la mejilla izquierda. Si algo aborrezco es la asimetría.

—Es una declaración de principios —dijo oscuramente, a la defensiva.

—No te tomes demasiado a pecho los principios con la gente del ICAIC.

Olivier ya había volado dos veces al país, con los asistentes, el escenógrafo y el director de fotografía, a escoger las locaciones y los actores nativos. Naturalmente, Chrissy hubiera debido venir con ellos, pero estaba viviendo el romance con Hanna y se excusó diciendo que confiaba en su equipo y que le importaba mucho más la película cerebral, que sólo podía componer en casa. De cualquier modo, ella revisó luego las fotos de los sets y los actores, y el cronograma prescribía tres semanas de ensayos y arreglos antes del primer llamado, y existiría un asistente de dirección aborigen. Y las escenas en este país representaban poco más del veinte por ciento de la película. No sería tan grave.

—¿Qué significa eso?

—Oh —se evadió el productor—, ya verás. En este país todo funciona de otra forma. De una forma tan otra que te hace dudar.

Cuando salieron del restaurant, Chrissy se borró los labios falsos.

La reunión transcurrió en una oficina pequeña, pero inesperadamente apropiada.

—Hemos tenido problemas con tres locaciones —dijo el productor del ICAIC, después de las presentaciones y el café—. Dos piden más dinero. Y la otra se derrumbó. Pero hemos buscado alternativas.

Chrissy se sentía distante. Había decidido ser agresiva, pero se descubrió sonriendo y diciendo que no sería tan grave. Como si se tratara de la película de otro. Dios, pensó, es mi *opera prima*, y parece que no me importara. ¿Cuándo empezó todo? ¿Después de la reunión con los ejecutivos del Canal Plus, quizás? Ahora quería que

la película ya estuviera hecha, aunque saliera mal, aunque fuera un bodrio, aunque Ed Wood se levantara de su luneta a los diez minutos de proyección. Quería no tener nada que ver con aquellas cifras y aquellos rostros y aquellas palabras. Tenía miedo. Pero lo tenía desde antes. Por eso había rehusado venir con Olivier a escoger los sets, no porque confiara en su equipo o porque pretendiera impresionar a los demás con sus excentricidades. Quería zafarse. Ahora mismo.

—Necesito salir un momento —anunció. El productor del ICAIC, que explicaba algo acerca de un actor con hemorroides, enarcó una ceja.

—Cosas de artistas —dijo Olivier.

Chrissy bajó al primer piso, y luego a la calle. Se alejó unos metros. Dobló la esquina.

Aquella ciudad, aquel país extraño... La gente no era toda mulata, ni lucía hambrienta, ni bailaba todo el tiempo. Funcionaban de otra manera. ¿Cómo iba a meterlos en una película? ¿Cómo se le ocurrió que servirían de fondo para un par de estrellas europeas, y que el conjunto funcionaría? Y las estrellas europeas, ¿qué sabían realmente de lo que Chrissy se proponía con la historia de amor de una mujer y un tercermundista? ¿Alguien lo sabía? ¿Lo sabía ella?

Comprendió que, en la oficina, los productores seguirían hablando, decidiendo lo que iba a ocurrir. Y en el hotel, los actores nadarían o mirarían la televisión. Y todo el mundo esperaría por ella. Pensó en Hanna. Pensó en Helmut. Necesitaba a Helmut. Necesitaba un hombre para esconderse.

Entonces tres tipos se bajaron de un Lada y la secuestraron.

Serafín llegó al policlínico a las siete y media. Traía en la mano el pomito con la nueva provisión de caca de Nicanor.

Dos horas antes había consultado el asunto con Rodríguez.

—Sí, será mejor que lleves la dichosa muestra al laboratorio, por dos razones —dictaminó el jefe—. La primera es humanitaria. El pobre tipo debe tener un Parque Jurásico en las tripas. La segunda, porque no resisto más esa porquería cerca de mí. Si vuelvo a verla, se la haré comer a uno de los dos.

—¿Cuáles dos? —preguntó Serafín. La verdad es que había acabado de levantarse.

—Nicanor es el otro.

Así, el ex teniente de la Reserva acudió al policlínico que Nicanor, después de solazarse un buen rato en el baño, le describió con la minuciosidad de un guía turístico. (Antes de salir, en un momento de fervor profesional, abrió el frasco y chequeó la muestra con un palito, hasta cerciorarse de que el remitente no había escondido allí una llamada de auxilio o cualquier otra variante de chivatazo. Se manchó un poco los dedos. Se los limpió en los fondillos del jeans.)

Fue un viaje largo. El usuario de los *Reebok* negóse a confiarle el carro —« y si pasa algo, ¿en qué nos perde-

mos?»—lo que lo condenó a la ruleta rusa del transporte público; por demás, se bajó del ómnibus en la parada equivocada. Todo lo anterior debió obrar determinado efecto sobre su jovialidad, pues se le notaba un poco encabronado cuando llegó al final del pasillo y descubrió que hacía el treinta en la cola. Su encabronamiento creció como la economía china media hora más tarde, cuando se enteró por una conversación ajena que la cola era para sacarse sangre, que las muestras se entregaban directamente en la ventanilla.

Fue a la ventanilla.

—Vengo a entregar esta mierda —explicó innecesariamente. La mujer detrás del cristal era flaca y fea, y debió haber salido de la cama tres horas antes que Serafín.

—Deme la orden.

—¿Cómo? —preguntó el emisario. Encontraba superfluo tener que espetarle a la mujer « ¡Tome la caca! », por muy militarizados que estuvieran los hospitales.

—La orden, el papelito del médico.

Nicanor no le había dado ningún puñetero papelito. Serafín evocó la última vez que tuvo que hacerse unos análisis, veinte años atrás, cuando era un recluta y se comió dos gatos medio crudos. ¿Hubo un papelito? Sí, pero después, con los resultados. Una especie de inventario de parásitos activos.

—No... no la tengo.

La flaca empleada lo miró a los ojos por primera vez, y se relamió.

—Ah... ¿no la tiene?

—No.

—Pues si no tiene la orden, no se recibe.

El portador del frasco respiró como si fuera a zambullirse en una piscina de clavados para escribir el primer párrafo del *Manifiesto comunista* en el fondo.

—Verá, esto no es mío. Le estoy haciendo un favor a un amigo...

—Pues vaya a ver a su amigo y explíquele que sin el papel, en el laboratorio no sabrán qué tipo de análisis indicó el médico, ni a qué consultorio corresponde. Por cierto, ¿a qué consultorio corresponde?

—No sé —admitió Serafín, pillado por sorpresa.

—Lo siento —dijo la mujer, e hizo ese gesto tan irritante que consiste en mirar por encima del hombro del cliente en turno, para propiciar el avance del que sigue. Lo hizo, además, con toda deliberación, significando que el humillado ex teniente había dejado de existir un momento antes. La viejita que venía detrás dio un paso cómplice hacia la ventanilla.

Serafín no era un hombre malo. Se había metido a secuestrador porque a sus ojos se trataba de una profesión con futuro. Accedió a traer las heces de Nicanor, primero, porque el tipo le caía bien; segundo, en obediencia al principio de que la práctica es la matriz de la experiencia; tercero, pues también a él lo tenía harto el cabrón pomito. ¿Faltaba la orden? Podría decir «ah, bueno» y largarse. En cambio, la actitud de la mujer, más que cualquier sospecha sobre las intenciones subterráneas de Nicanor o las veleidades del transporte urbano, obró un desplazamiento del yin al yang en su dial anímico; tanto, que ahora la perspectiva de un paredón húmedo al amanecer y de unos soldados anónimos con los fusiles al hombro, mirando su pecho, le resultaba incluso seductora. Metió una mano por el espacio libre bajo el cristal. El policlínico estuvo muy cerca de ser rebautizado con el nombre de la flaca empleada. Pero en ese momento, al asesino se le cayó el pomito.

Ploc.

Serafín miró gravemente el oscuro amasijo en el suelo. Juzgando por el aroma, las entrañas que generaron aquello deberían hospedar, no sólo todas las infecciones reportadas, sino algunas inéditas. La cola se deshizo. Un asmático habló mal del gobierno.

—Mire lo que ha hecho —emplazó la mujer—, coño, que todos los días sale un verraco a la calle.

—Sigán con el abuso —gritó la mujer de la limpieza, convocada por el movimiento social—, que yo me siento y no trabajo más pá nadie. Por ciento cincuenta pesos no voy a desgraciarme el lomo.

—Está borracho. ¿Notaron qué aliento? —dijo la anciana, cuyo olfato debía ser extraordinariamente selectivo.

Serafín se agachó, recogió la muestra con los dedos de la mano izquierda, la depositó con cuidado en la palma de la derecha, levantó esta última como si pretendiera replicar la Estatua de la Libertad, y con un preciso movimiento circular roció a todos los infelices que tuvieron el escaso tino de interceptar las diversas trayectorias de las heces de Nicanor.

Una pieza gorda y con flema aterrizó en la cara de la flaca empleada.

Nicanor no volvió a ver a Chrissy hasta mucho después, durante el Festival de Cine en La Habana, cuando se exhibió su película. Ella nunca había dicho que iría; en realidad, había dicho lo contrario. Por eso, el encuentro fue todo lo inesperado que cabía, al menos para Nicanor. Estaba en la conferencia de prensa de Terry Gilliam, en el Hotel Nacional. Cogió un mojito de la mesa, y al volverse, vio a Chrissy, comprando una copia de *La muerte de un burócrata*.

—Hola, condesa.

—Hola —dijo ella, y sonrió—, quiero presentarte a un escritor que acabo de conocer.

Sólo entonces Nicanor reparó en el hombrecillo a la vera de la rubia.

—Mucho gusto —dijo el tipo—, soy Rodríguez.

Cumplidas las urbanidades, Nicanor esperó. No estaba seguro del papel de Rodríguez. Chrissy coqueteó un poco con los dos, pero media hora más tarde se quitaba el vestido delante de Nicanor, en la habitación 333. El escritor permaneció en el salón, haciendo vida social.

Con las indelebles imágenes de la rica tortilla de Chrissy con Anna en el disco duro, Nicanor se desenvolvió como un atleta. Por otra parte, Chrissy era hermosa y esbelta y curvilínea, y olía como si acabara de bañarse en gel. Nicanor nadó por las alturas de la Capilla Sixtina durante largos minutos esenciales, y luego se descubrió acariciando con ternura los pechos de la mujer y deseando que el lance se repitiera.

—Uf— declaró la condesa.

—¿Por qué viniste? —preguntó él.

—Por ti.

Incluso un ego rebalsado desconfía de la lisonja más allá de ciertos límites. Nicanor, secretamente, se tenía por un hombre exquisito, probo, sensible y ardoroso. Pero que una bella cineasta en alza, con título nobiliario, con una amante como Anna, y además europea, viniera al Festival sólo para encontrarlo, le resultó excesivo, injustificado. Buscó una explicación tangencial.

—¿Pasó algo con la copia de tu película?

—Nada, como no sea que a tus compatriotas les gustó muchísimo. No, no has entendido. Vine a verte porque no he dejado de pensar en ti. Creo que te amo.

Maquinaciones crueles y absurdas, como una que implicaba a Rodríguez escondido tras la cortina tomando con una mano febriles notas para su próxima novela y masturbándose con la otra, pasaron por el magín de Nicanor. Allí había algo raro. Miró a la condesa como Stan Laurel miraría a Greta Garbo si la Divina entrara a su camerino con un preservativo en la mano.

—¿Y Anna?

—Anna fue importante. Pero tú fuiste tan controlado, tan correcto, tan... caballero. Nos deseabas, pero sabías que, salvo en los videos porno, cuando dos mujeres se aman, el hombre siempre sobra. Para mí fue como si Lancelot o Martin Luther King me miraran desde la altura de su grandeza, y me perdonaran mis pecados pasados y futuros. Fue una experiencia religiosa. Nunca sentí eso por un hombre. Y decidí que valía la pena.

Nicanor recordaba perfectamente que él no se le había abalanzado a las dos amantes sáficas porque le atormentaba la polución de su ojo ciego. En aquel momento supuso que Chrissy y Anna lo despreciarían, que sacarían erróneas conclusiones sobre el cliché instaurado por los amantes latinos. Pasmoso. No haberse limpiado el culo una mañana repercutía sobre su vida, meses más tarde, y estaba a punto de cambiársela. En verdad, los caminos del Señor son inescrutables. O, expresado desde el materialismo, los entreveros de Necesidad y Casualidad escapan a todo burdo intento reduccionista. Si matas un dinosaurio en el Jurásico, McCarthy puede resultar elegido presidente de la Tercera Internacional.

Chrissy hablaba en serio. Por absurdo que sonara su discurso, Nicanor lo comprobó nada más mirarle a los ojos. Entonces se preguntó qué hacer a continuación. ¿Proponerle matrimonio? ¿Cómo tomaría eso una europea li-

beral, de cianótico abolengo? Y, lo más importante, ¿sería sincero si le decía que su amor era correspondido?

—No sé que decir —admitió.

—Claro. Eres demasiado bueno para zafarte con mentiras. No importa que no me ames. Sólo quiero que me permitas adorarte.

—¿Y Rodríguez?

—Es un tipo simpático. Pero insignificante, ¿no te parece? Oh, ¿acaso piensas...? No seas tonto. Me fascina reencontrar mi coquetería, eso es todo. Y me pusiste nerviosa. Me siento pequeña en tu presencia.

Ella lo tiene todo clasificado, pensó Nicanor. Sabe el por qué de todo lo que hace, de todo lo que hago. Y se equivoca tremendamente. Construye su cliché del buen salvaje con la misma rapidez con que destruye el del macho enemigo. Sólo que, de alguna manera, eso es lo que hacemos todos al enamorarnos. Y no puedo pedirle a una europea que emplace los hechos en la postura apropiada. Los hechos no son como las cajas de embalaje, no dicen *This side up*.

Nicanor decidió dejarse llevar. Estaba en una habitación de lujo en un hotel de lujo, con una mujer no menos fastuosa a su lado; una mujer que decía amarlo, que tenía clase, éxito y dinero. ¿Cómo podría resistirse?

—Me siento como un personaje ficticio. Como el arqueólogo de *La rosa púrpura del Cairo*.

Chrissy sonrió y lo abrazó.

CHRISSY

Es la felicidad. No estamos preparados
para la felicidad pura y verdadera...

Fade.

En la estación de policía, Serafín notó que una pierna empezaba a dormírsele. La puso encima de la otra. Como si adivinara lo que ocurría, el oficial investigador le dio una palmada seca en el muslo.

—No es suya, Serafín. ¿Sabe qué es esto? —sacudió unos papeles—. Los resultados del análisis. La muestra que usted esparció en el policlínico fue excretada por un individuo sano, con una flora intestinal que haría feliz a *Greenpeace*. Usted, en cambio, tiene amebas.

La onda expansiva de la palmada llegó hasta la coronilla del secuestrador y regresó a la pierna agredida. Una lágrima cayó de su ojo izquierdo, por el centro, como caen las lágrimas en las películas.

—Usted dirá lo que quiera —ripostó con los dientes apretados—, pero esa caca era mía.

Uno de los pacientes en la cola para el laboratorio era de Tropas Especiales. Otro era profesor de taekwondo. Entre los dos habían neutralizado al provocador, mientras la flaca empleada llamaba a la policía y dos camilleros se llevaban a la anciana, infartada. La policía tardó, naturalmente, así que los dos vengadores espontáneos lo llevaron a rastras a la estación. Hicieron la denuncia ante un oficial con la nariz tapada, y enseguida fueron a lavarse.

El oficial escuchó la versión de Serafín, y lo obligó a cagar. Serafín comprendió enseguida que debía zafarse de la historia de un amigo que le pidió entregar la muestra en su nombre, y sostuvo con entereza la tesis de que las heces eran suyas. Ahora, sin embargo, el análisis de laboratorio lo contradecía. Y encima esas amebas. Por Dios, si alguna vez volvía a tener a Nicanor a su alcance,

iba a convertirle el tubo digestivo en un anillo de Moebius.

—Decenas de testigos le oyeron afirmar que había acudido al policlínico para hacerle el favor a otra persona. Díganos quién es esa persona. ¿Por qué lo encubre? Cagar no es un crimen, en especial si la caca está libre de parásitos.

—Le he repetido cien veces que inventé eso para que la empleada se conmoviera.

—¿Y por qué no llevaba la orden para los análisis? ¿Y por qué fue a ese policlínico en concreto, si usted vive en otro municipio? Ningún médico de esta zona lo ha atendido. Ni siquiera sabe el emplazamiento de los consultorios locales.

—Le expliqué que noté algo raro en mis... deposiciones, y como hace años que no me enfermo, olvidé el procedimiento. Recogí la muestra en un pomito, paré un taxi particular, le dije al chofer que me llevara a un hospital, y me dejó en ese policlínico.

El oficial lo miró de otra manera.

—¿Usted estuvo en el Cacho en 1986?

Serafín había pasado por el área de entrenamiento del Cacho en varias ocasiones. Pocos reservistas y ningún recluta escapaban de ese criadero de mosquitos donde los más duros se rajaban. No tenía sentido negar eso, aunque en lo tocante a la fecha no estaba seguro.

—Puede que sí.

—¿Era teniente? ¿Le decían Peste a Sopa?

Serafín casi había olvidado el maldito apodo, nacido de un accidente bastante asqueroso con un caldero mal ubicado y un charquito en el piso.

—Algunos soldados maricones me llamaban de esa manera, sí. Parece mentira que usted, un oficial serio, se preste a...

—Yo era uno de aquellos soldados. Usted me metió preso una semana porque alguien le gritó Peste a Sopa y la cogió conmigo. En realidad, el que gritó fue Nicanor, un flaco de Manzanillo.

La pierna del secuestrador despertó súbitamente. En cambio, el resto del ex teniente deseó estar durmiendo. Aquel era un día demasiado malo para ser verdad. Y todo por haberse compadecido del cabrón de Nicanor. Es lo que pasa cuando uno se aparta demasiado pronto del modelo que brindan las películas.

—En el calabozo tuve experiencias terribles. Esa semana ha pesado más en mi vida que todos los tragos amargos de treinta años. Siempre quise volver a encontrar al hijo de puta que me metió allí.

—Bueno —dijo Serafín—, el deber de un oficial es mantener la disciplina. Usted es policía, me comprenderá...

—¿De quién es la caca?

—Mía.

El investigador se levantó, fue hasta la puerta y habló hacia el corredor.

—Metan a este cabrón en el calabozo donde tenemos al violador de La Habana Vieja. Voy a prepararle un buen caso por escándalo público, alteración del orden, agresión y desacato. No me interrumpan salvo que quiera confesar. Y aun así, tómense su tiempo.

Entraron dos agentes y tomaron por los brazos a Serafín.

—Esto es una injusticia —gritó. En realidad, sentía una especie de alivio. Ningún perverso de La Habana Vieja iba a ser peor que aquella jornada de mierda.

Eduardo abrió los ojos y descubrió con terror que había alguien encima de él. Una mujer, seguramente. Otra de aquellas empalagosas Amazonas de Miel y Leche. Otra recaudadora de impuestos que procuraría exprimirlo. Lanzó un grito.

—Soy yo —dijo Luis—, tranquilízate.

Se incorporó. No sentía dolor. Al menos, ningún miembro le dolía más que los demás. Estaban enrojecidos y arrugados, pero seguían en su sitio. Todos.

—Cabrón —lo saludó Jorge—, ahora vamos a tener que soportar tus alardes durante un par de meses. No conozco mucha gente que se haya tirado una tribu entera. No perdonaste ni a la Gran Puta.

Las mujeres vivaqueaban en torno al monolito, abortas en la rutina de un día cualquiera. Parecían frescas y entusiastas. Cómo no. Para ellas, la noche había sido una experiencia positiva.

—¿Ya sabes dónde se encuentra el País del No?

Eduardo miró a Jorge con odio. Luego se calmó. Analizando las cosas por el lado bueno, de algo había valido su reciente sacrificio.

— ...sí.

Nadie se despidió de ellos. Sólo la vieja Puta les guiñó un ojo al pasar.

Las flores fueron desapareciendo a medida que se alejaban del país de las mujeres. El calor se les fue de la piel, y lo sustituyó algo que tampoco era frío. La única vegetación eran unas agujas metálicas que señalaban todas al norte, adonde Eduardo los guiaba.

Al anochecer, se detuvieron en una cueva, una madriguera de fuegos muy alta en la espalda del mundo. Da-

vid y Jorge habían descubierto calor silvestre, y cazaron algunas piezas; Luis domesticó una pequeña llama, hablándole, y consiguió hacer comestible el calor fresco. Cenaron en silencio, roto únicamente por el ronroneo de la hoguera. Después, Eduardo se tendió a dormir, pero Jorge fue hacia él y lo sacudió por los hombros.

—Por favor, cuéntanos.

—Déjame en paz —advirtió el fornicador. Miró a su alrededor. Luis y David también lo miraban, expectantes.

—Prefiero que te jactes el día entero —admitió Jorge.

—Debes contarnos —dijo Luis— aunque sea no más porque, si algo te ocurre, perderíamos el secreto tan duramente obtenido.

Eduardo se apoyó sobre un codo, y suspiró.

—Bueno.

Las primeras tres o cuatro amazonas fueron pura gloria. Generaciones de poetas inspirados compararon los sabores de mujer con la miel y la leche, sin adivinar que algún día tales imágenes podrían sustanciarse. Eduardo se sumió en sus bocas y entre sus piernas con la avidez del suicida, y gozó de placeres terribles. Lúbrico, olvidó los nombres que debía recordar. No escogió a ninguna por razón que no fuera su esplendidez, no las combinó sino en ardientes aparejos amatorios. Se refocilaba con la quinta o la sexta cuando le vinieron a la memoria las palabras de la Gran Puta.

—Ella sabía que yo no podría hacerlo. Sabía que era, antes que portador de la Casualidad, hombre. Me tendió una trampa, y contaba con mi lujuria y mi vergüenza.

Pasó de una mujer a otra intentando hallar un sentido en las permutaciones. Perdió las energías y el deseo, pero creció el miedo a fallar en la Búsqueda. De alguna ma-

nera, consiguió amar a todas las letras, salvo la última del alfabeto. Ninguna de las Amazonas parecía ser la Z.

—...la Z era la vieja, naturalmente.

Yació con la Gran Puta incapaz de sentir siquiera repugnancia. Y entonces, tras el maltrecho fornicio, confesó su derrota, y lloró.

—Pero, pero —interrumpió Jorge—, ¿significa eso que no sabes adónde vamos?

—Claro que lo sé. Ella me lo dijo.

—Ve al norte —dijo la anciana—, luego al sureste, luego al noreste. Traza, con tus pasos, mi nombre en el mundo. Al final, encontrarás la Primera Piedra, y recordará la Miel y la Leche. Allí está, ujúm, la respuesta.

Los hombres esperaron que Eduardo continuara.

—No será el País del No— observó Luis— porque no es real, no existe sino disfrazado. Ha de ser la clave para entrar a él.

—Eso pensé —dijo Eduardo.

—No entiendo nada —chilló Jorge—. Si la vieja ruina iba a revelarte el secreto, ¿para qué inventó que tenías que yacer con todas las mujeres? Y, en nombre de Tres, ¿por qué no pudimos dividirnos el trabajo entre todos?

—En eso no mintió —dijo el atleta, cansado—, tenía que ser yo porque sólo podía transmitirle la información al portador de la Casualidad. De hecho, tuve que dejarle una.

—¿Y por qué no te la pidió simplemente al principio, a cambio de lo que sabía?

—Porque —intervino Luis, sonriendo— quería que sus muchachitas conocieran varón. Y no sólo las muchachitas; también ella deseaba revivir sensaciones de su perdida adolescencia. ¿No es cierto, Eduardo?

Pero Eduardo ya se había dormido.

—A Serafín tiene que haberle ocurrido algo —dijo el aspirante a noble a las nueve de la noche.

—Vayan a la policía —sugirió Nicanor, cáustico.

Ángel abogó por un castigo ejemplarizante.

—Este cabrón es el culpable —su índice acusador se clavó en la frente del cobaya—. Metió al Sera en algún rollo. A estas alturas, la monada debe saberlo todo.

—Serafín no es una rata como tú —evaluó Rodríguez—, no se irá de lengua.

—Yo no estaría tan seguro. Fue militar, ¿no?

El hombrecillo no respondió; fue a plantarse ante la víctima.

—Si tienes que confesar algo, hazlo ahora, antes que Ángel me convenza.

—Tú viste que le di el pomito con las heces —se defendió Nicanor— y que él lo chequeó antes de irse. No hay truco. No es culpa mía. Si quieren mi opinión, a lo mejor se empató con alguna enfermera del policlínico y está gozando la papeleta.

Rodríguez pensó un poco. Sus pensamientos casi se hicieron visibles en el aire.

—Esperemos a mañana —decidió al fin—, todavía es posible que regrese. Si a las diez no está aquí, recurriremos al plan B. O a cualquier otra variante. Se supone

que para eso secuestramos al comemierda aquí presente, para ejercitar nuestra capacidad de improvisación frente a eventualidades como esta.

—Gracias —dijo el comemierda.

—¿Mañana? —bufó Ángel—, mañana tendremos a la condesa en el ICAIC. Si Serafín sigue perdido, no podremos secuestrarla y traerla aquí. Torturemos a este tipo, digo yo.

—No pierdan la compostura —aconsejó Nicanor, didáctico.

—Vamos a garapiñarlo, Rodríguez.

Ángel explicó que aquel tormento consistía en desnudar a Nicanor, hacerlo sudar y cubrirlo de azúcar húmeda. Si algo había hecho para desgraciar a Serafín, lo cantaría, con mucho, tras dos horas de dulce inmovilidad. El hombrecillo dijo que no, aunque se relamió antes de decirlo.

—Yo me quedaré de guardia. Y no le pongas una mano o un grano de azúcar encima sin consultármelo.

Nicanor no podría asegurar hasta qué punto había previsto la cadena de acontecimientos que llevó al arresto de Serafín por el vengativo ex recluta. Su único objetivo, entrevisto en un momento de iluminación, había sido causar problemas. Miserable, avizoraba los tropiezos que debería acarrear la presentación de una muestra de heces fecales sin la correspondiente orden del médico. Conocía el policlínico, conocía a la flaca empleada. Esperaba hacerse lo bastante desagradable a sus captores como para que lo dejaran marchar. Y lo estaba logrando, y lo lograría, pensó dulcemente antes de dormirse, si Ángel no lo confitaba antes.

A las ocho de la mañana, Serafín no había aparecido, y Ángel vertía amenazantes cucharadas de azúcar en su leche.

—Esto se jodió.

Rodríguez, por una vez, no replicó. Tenía el aire de quien no ha dormido en toda la noche, y se miraba los *Reebok* como si fueran una esfera adivinatoria.

—Consuélate —prosiguió Ángel—, a mí tampoco se me ocurrió nada. Tendremos que suspender la operación, y aplicar el plan B. Nunca me convenció eso de presentarnos como extras a las filmaciones para ganarnos la confianza de la condesa, pero si te empeñas...

—A mí tampoco me gusta —ladró el cabecilla—, fue idea de quien tú sabes.

—¿La condesa viene a filmar una película? —terció Nicanor, que había amanecido incómodamente animoso para el gusto de la célula criminal—. ¿Y de qué trata? No he leído nada acerca de los proyectos de coproducciones.

Los otros lo miraron, pestañeando. Ángel suspiró y tomó la palabra.

—Es una historia de amor. Una escritora europea se enamora de un cubano a quien conoce recién llegada a La Habana. Una comedia *light*, pero con cierto trasfondo, algo acerca de los clichés culturales. Es su *opera prima*, y quiere que le salga en la cuerda de Woody Allen, con un toque de Almodóvar.

Y se tomó la leche.

—Vaya —jadeó Nicanor, impresionado—, pareces un crítico de verdad.

—Dirigí un cineclub en Manzanillo. No tenía futuro. Por eso vine a La Habana. Pero tenía colecciones enteras de *Cinemanía*, *Fotogramas*, *American Cinematographer* y hasta *Cahiers du cinema*. Las cambié por una pistola.

—Y fue el que consiguió casi todas las películas que vimos para organizar el secuestro —acotó Rodríguez.

Un militar renegado, un crítico mediocre y un Rodríguez. Hermosa coalición, pensó la víctima. ¿Cómo pueden esperar que algo les salga bien?

Ángel tosió y pidió ceñirse al tema. Volvieron a deprimirse enseguida.

—Temía que algo así pudiera suceder —dijo el hombrecillo—, nos falta imaginación, cojones. El primer tropiezo, y nos cagamos. ¿Qué quieres que te diga? Podríamos intentar secuestrarla nosotros dos y llevarla a otro sitio.

—Por Dios, Rodríguez, acordamos que deberíamos ser tres, al menos. Esas europeas están bien comidas. Y ¿adónde vas a meterla? ¿En tu casa?

—En la mía —dijo Nicanor.

Ángel empezó a reír, pero dejó de hacerlo enseguida.

—¿Por qué haríamos eso?

—Es un lugar seguro. Serafín no sabe donde vivo. La llevamos allí...

—¿La llevamos?

—Claro. Yo iré con ustedes a secuestrar a la condesa.

El monolito se alzaba hasta las nubes, desaparecía en ellas. Era de grosor algo mayor que el humano, pero dada su altura, parecía delgadísimo, un hilo sosteniendo el cielo. O la tierra.

Al pie de la torre pétrea descansaban cinco hombres. Vestían las chilabas y ostentaban las barbas de los nativos del este, los comerciantes dueños de acémilas. A simple vista estaban desarmados; sólo sus bastones forrados yacían a su alcance. Apenas si entreabrieron los ojos cuando los cazadores del País de Espuma se detuvieron ante ellos.

—Que los dioses velen su reposo, y derramen calor en sus marmitas —saludó Eduardo, levantando a un tiempo la mano abierta. (Había decidido que la violencia irreflexiva no conduce a ningún lado, en especial contra un grupo superior en número.) Luis y los demás ensayaron fórmulas equivalentes.

—Váyanse al carajo —dijo uno de los barbudos, y se viró al otro lado para seguir durmiendo.

Los recién llegados analizaron la frase.

—Hasta donde alcanza mi conocimiento de las costumbres extranjeras, no es ese exactamente un saludo cariñoso —observó Jorge en voz baja, y miró a Luis. Luis asintió.

—Nada más lejos de nuestros propósitos que perturbar su descanso —señaló Eduardo con humildad—, es sólo que quisiéramos hacerles unas preguntas acerca de esa piedra a cuyo pie han tenido a bien instalarse.

—No hables más mierda, cabezón —recomendó otro barbudo, sin molestarse en mirar al cazador.

—Suficiente —gritó Jorge—, no vinimos aquí a ser insultados. Levántense y peleen, salvo que prefieran ser clavados al suelo como cucarachas.

En honor a la verdad, hay que admitir que los presuntos comerciantes se irguieron con asombrosa ligereza. Un segundo antes yacían despatarrados, vulnerables, con todo el aspecto de gente lerda y recién comida; ahora desenfundaban las picas ocultas en los bastones y las esgrimían amenazadoras hacia los cuatro viajeros, sin evidenciar cansancio alguno. Todos eran muy altos y robustos.

—Eeh, bueno, es de bien nacidos presentarse en primer lugar —contemporizó Eduardo, sin apartar el ojo de las filosas armas que lo seguían—. Somos guerreros

del País de Espuma. Venimos en paz, y no buscamos sino información. Y aun podemos pasarnos sin ella.

—Nosotros somos de la tribu de los Mal Hablados, también conocidos como los Groseros Sin Educación —dijo el más alto de los barbudos—, aunque, a título personal, admito que hay ahí cierta redundancia. ¿Qué coño quieren?

Eduardo pensó en una manera oblicua de abordar el tema, pero Jorge fue más rápido.

—Buscamos el País del Señor del No. Ustedes son servidores suyos, ¿no es cierto?

Los Groseros ahora parecían ofendidos.

—¿De qué cojones estás hablando?

—Nos tropezamos con él y sus hombres hace muchos días. Ustedes tienen el mismo porte, las mismas ropas. Alguien que interrogamos nos habló de este monolito, si bien no fue demasiado explícito, y ahora los hallamos aquí. Les resultará difícil negarlo.

Eduardo apretó la azagaya, convencido de que nada podría ya impedir la confrontación. La carcajada colectiva de los Mal Hablados lo tomó por sorpresa.

—Estás hablando morronga, amigo —dijo el vocero de los barbudos—, nuestra horda no sirve a nadie sino a sí misma. Jamás escuchamos del Señor que mencionas. Partimos a la mítica Laghar en expedición de comercio; un tornado nos arrastró al País de Oz, y la Bruja Mala del Sur lanzó aquí a los sobrevivientes con uno de sus conjuros. Así que deja la mariconá, que nosotros somos gente grosera, pero no queremos problemas con nadie.

Y le dio la espalda a los cazadores. Los otros lo imitaron; alguno volvió a recostarse. Jorge no abandonó su actitud beligerante. David y Eduardo bajaron al suelo las puntas de sus azagayas.

—No hay razón para no creerles —repuso Luis—, sabemos que el Señor del No cambia de disfraz todo el tiempo. Cuando lo encontramos había adoptado el atuendo y las maneras de los comerciantes del este, entre los cuales los Groseros son una tribu más; no dudo que ahora haya mudado sus hábitos. Un par de frases obscenas no va a hacernos pelear con estos hombres.

—Para ser Groseros, los hallo muy susceptibles —gruñó Jorge— y, de cualquier modo, han ocupado nuestro monolito.

Dijo esto último en voz alta. Uno de los Mal Hablados, calvo y gordo, vino hacia él y lo empujó con un dedo.

—Por lo que a nosotros respecta, pueden meterse el monolito en el culo.

Eduardo se acercó a la Piedra como si quisiera aprovechar el ofrecimiento. Los comerciantes se desentendieron; sólo el gordo y Jorge siguieron intercambiando pequeñas agresiones, hasta que el gordo se aburrió.

El monumento nacía de base circular. La superficie era lisa y oscura, con vetas glaucas. Eduardo la golpeó con la punta de una azagaya y sólo consiguió algunas chispas, y malograr el filo del arma. Buscó junturas en vano; por más que la razón se negara a aceptarlo, la torre había sido esculpida en una pieza a partir de una roca inconcebible.

Miró hacia arriba. Las nubes se apartaban, pero aun no divisó el extremo del monolito. Sintió una especie de náusea. Aquella no podía ser obra humana.

Luis parecía tan desconcertado como él.

—Quizás esta sea la respuesta —murmuró—, pero no estoy seguro de que formuláramos la pregunta adecuada.

Recorrieron con los dedos toda la superficie a su alcance sin detectar la menor grieta, el más tímido relieve.

Buscaron entonces en el suelo, pero la tierra era dura de excavar, y la piedra brotaba de ella como un brazo del tronco. Se desollaron las yemas antes de arrancar la menor partícula de polvo.

—¿Estás seguro de que la vieja no fue más explícita? —preguntó Jorge, ansioso por descargar su ira en un odre nuevo.

Eduardo se encogió de hombros.

—Si piensas que me reveló un conjuro o una frase mágica, olvídalos. Les repetí sus palabras, una por una.

—Estoy seguro de que así fue —dijo Luis, moviendo el índice aleatoriamente, como si persiguiera una idea sustanciada en mosca—, vean, nos ordenó trazar su nombre en el mundo, ¿no es cierto? Primero al norte, luego al sureste, luego al noreste... Es una Z, pero también es una N. De hecho, la Z es una N cualquiera sea el extremo por donde empieces a dibujarla. Y la O... tendría que estar por aquí.

—El corte del monolito es circular —observó Eduardo.

—Justo. Lo que significa que estamos en el sitio adecuado.

—Valiente deducción —apreció Jorge—. Lo que estamos es jodidos.

Eduardo jugueteó con la segunda Casualidad. Y en ese instante, atraído quizás por los términos que empleara Jorge, el barbudo alto se sintió involucrado.

— Si quieren saberlo, a mí esta cabrona piedra me recuerda la Torre sin Fin de la gente shakri.

Eduardo levantó vivamente la cabeza. *Shakri*. La hoja del Árbol Genealógico. Casi cincuenta días habían pasado desde que Tres le reveló su crimen, y ni una sola jornada dejó de repetirse las frases sin sentido escritas en aquel objeto minúsculo, cuya pérdida condenaba a

los suyos. Shakri, una tribu absurda, una leyenda tonta. Y he aquí que la reencontraba en boca de un comerciante.

—¿Qué Torre es esa? ¿Quiénes son los shakri?

—Consejas de ancianas borrachas —repuso el oriental, haciendo una mueca— hablaban de la Historia Interminable, del Círculo Cuadrado, de la Torre sin Fin de los shakri... Se ponían a comer mierda para entretener a los chicos. Decían que los shakri son hombrecillos que viven en un país llamado Afgán o Afgastán, y que, cansados de su grisura, decidieron contruir la torre más alta del mundo. Como la pinga esta.

Los del País de Espuma escucharon sus palabras con excitación creciente.

—Es demasiada casualidad —dijo Luis.

—Es demasiado poca —exultó Jorge—. La vieja tenía razón, recordaríamos la Miel y la Leche. Para estrangular a esa Puta si alguna vez volvemos por allí.

—Oh, por los dioses —jadeó Eduardo—, eres un genio, Jorge.

Jorge lo contempló con cierto recelo. En toda su vida, era la primera vez que alguien lanzaba sobre él semejante acusación.

—No pensamos en eso —continuó Eduardo—, en la Miel y la Leche. Sólo en la Primera Piedra. ¿Por qué diría la vieja que la recordaríamos? No creo que sea una floritura, no será poesía. Cada palabra significaba algo.

Los otros comerciantes ya se habían incorporado al corro. El gordo y Jorge mantenían la distancia.

—Hay que recordar el País de la Miel y la Leche. ¿Y qué es lo que abunda allá?

—Miel y Leche —dijo sensatamente David.

—Claro. Pero ahora no piensen en las mujeres.

—Para ti es fácil decirlo —rezongó Jorge.

Entonces Luis lanzó un grito.

—Ya comprendo. *Flores*.

—Flores —repitió Eduardo—. Eso tendría en mente la vieja al hablarme. Ella leyó sobre nosotros en los testículos de un koala. Me ordenó que recordara las flores... porque sabía que Flor es una palabra de la lengua shakri que conocemos.

Durante unos segundos nadie dijo nada. Los cazadores temían encontrar un argumento en contra. Y los comerciantes no entendían gran cosa.

—¿No es un poco maricón eso de estar pensando en florecitas? —preguntó el gordo.

Eduardo se volvió hacia la Primera Piedra.

—*Xochín*.

Y he aquí que, con un chirrido blasfemo, el monolito empezó a hundirse en la tierra.

Al principio, sólo podían notarlo fijando la vista en una veta determinada. Pasaba el tiempo, y el extremo superior de la Torre sin Fin continuaba invisible. Algunos hombres rezaron y retrocedieron. El gordo se escondió detrás de Jorge.

Cuando la Torre exhibió por fin su remate, caído de las nubes como una paloma vencida, nadie supo cuánto tiempo había transcurrido. Lo cierto era que los orientales parecían más barbudos que nunca.

La Piedra se detuvo cuando no fue mayor que un escabel. Vieron una superficie lisa, con una inscripción tallada en el centro.

Shakri fecit.

—¿Es lo que yo creo que es? —preguntó Jorge.

—Creo que sí —dijo Luis—, la Piedra ha venido por el primer pasajero.

Todos miraron a Eduardo.

—Gracias —murmuró el elegido, arrojando lejos el vacío cascarón de la segunda Casualidad—, pero me gustaría creer que no iré solo.

—Yo subiré después —prometió Jorge—, qué carajo.

—Y yo —dijo Luis.

David se miró fugazmente la mano.

—Yo no —admitió—, padezco de vértigo. Pero los esperaré aquí.

—Nosotros también —dijo el barbudo—, para tener algo nuevo que contar.

Eduardo miró a sus colegas uno por uno, carraspeó y se sentó en la Piedra con las piernas cruzadas. De inmediato, el monolito empezó a recobrar su majestad.

Luis se inclinó hasta casi rozar la oreja de David.

—¿Has visto lo que nos espera allá arriba?

David cerró la mano.

—Peligro— murmuró.

Nicanor y Chrissy decidieron casarse.

La víspera de la boda, Nicanor regresaba a su casa por un callejón oscuro, y Rodríguez, el escritor, lo atacó. Lo odiaba por haberle tumbado la extranjera.

Que a uno le echen plomo derretido en los cojones no es lo peor que puede pasarle.

Rodríguez lo metió en su novela.

El Nicanor de la novela se convirtió en un hombrecillo que un día probable, a las siete de la mañana y portando un paquetico envuelto en papel de periódico y anudado con un trozo de cordel sucio, es secuestrado en plena calle por tres tipos que se bajan de un Lada.

El Nicanor real, o por lo menos el otro Nicanor, perdió la memoria. No compareció a la boda, nunca más

volvió a ver a Chrissy. Ni tuvo otro momento de felicidad pura y verdadera.

Pero la amnesia no es completa. Cada vez que Nicanor va a cagar, experimenta una sensación de pérdida. Y una rara vergüenza.

SEGUNDA PARTE

Nicanor, Ángel y Rodríguez secuestraron a Chrissy. Rodríguez la encañonó, pero fue Nicanor quien primero le puso las manos encima. (Y justo entonces sintió una especie de descarga eléctrica. Y le pareció verse a sí mismo sentado en una gran columna negra que lo llevaba al cielo.)

Chrissy cayó en el asiento trasero como un saco de papas.

De modo que esta es la condesa, pensó el grumete de la célula criminal. Por raptar a esta tipa me secuestraron a mí. La verdad es que tiene un aire aristocrático. Clase. Y se muestra más perpleja que asustada. Y es muy linda, con esa clase de belleza que uno cree haber visto en un cuadro antiguo. Desde luego, me parece conocerla. *Déjà vú*. Es lo que tiene el arte: sólo puede entenderse en pasado.

—¿Qué significa esto?

Nadie contestó. Ángel miró a Nicanor.

—En la segunda a la derecha, y después siempre adelante.

El auto se alejó del ICAIC. Rodríguez guardó la pistola, pasándola demostrativamente ante los ojos de la víctima. Lucía un poco oxidada. La víctima soltó un bufido.

—¿Quieren dinero?

Nicanor esperó la consecuente cachetada, pero esta no se produjo. Por el contrario, Rodríguez miró a la mujer con la que debía suponer su sonrisa más atractiva.

—Nosotros no somos de esos —declaró, con la voz aflautada como nunca.

A las diez habían salido de la celda. Nicanor explicó varias veces por qué debían aceptarlo como tercer miembro del grupo, y aunque Ángel, en particular, no parecía muy convencido, accedieron porque no se les ocurría otra cosa. Naturalmente, le advirtieron que a la primera señal de doble juego iban a hacerle algo más serio que cubrirlo de azúcar.

¿Por qué se ofreció Nicanor? Bueno, la desaparición del ex teniente había descolocado a los secuestradores. En tales circunstancias, era menos probable que nunca que fueran a dejarlo irse; en cambio, podrían descargar sobre él el peso de sus cuitas. Ya Ángel lo tenía atravesado. Participando en la operación tenía un nuevo chance de punzar en sus puntos débiles, de hacerse definitivamente insoportable según el expediente de acumular torpezas sobre torpezas, o bien de ganar cierta confianza que llevara a los malos a descuidar la vigilancia. Sin embargo, la razón principal era que algo le vociferaba al oído que ese era el siguiente paso, tras enviar a Serafín a su desgracia.

(...Y, si ya estaba involucrado, ¿por qué perderse el momento climático?)

Después, atravesando el patio, la víctima tuvo un nuevo momento de luz. Coño, era tan obvio. Una habitación de hotel, un teléfono de época, un parqueo con charcos de grasa... Una locación cinematográfica. Un estudio; allí había pasado más de cuarenta y ocho horas de encierro. Ángel tendría conocidos en el ICAIC, les

habría inventado algún cuento. O quizás existía un cómplice invisible; Rodríguez había evitado mencionar al autor del plan B. En todo caso, Nicanor experimentó cierto orgullo por haberlo deducido él solito. Y por descubrir que, de cierta manera, estaba en una película.

El auto avanzaba ahora por sitios familiares. Nicanor estudió cada rostro, y vio que todo el mundo irradiaba tensión, excepto Chrissy, quien daba la impresión de estar pensando en algo más importante. Habría jurado incluso que la mujer parecía aliviada.

—La casa amarilla.

Se detuvieron frente a un perro ceniciento que no juzgó necesario moverse. No había nadie en la calle. Después de todo, alguna gente trabaja.

—¿No hay CDR aquí? —preguntó Ángel, calculador.

—Ahora no sé —dijo Nicanor—, hace tres años yo era el presidente, y funcionaba bien.

Diez minutos más tarde, el propietario servía un café razonable. Chrissy lo tomó sin azúcar. Ángel, naturalmente, saturó el suyo de granitos blancos.

—Bien —dijo Rodríguez—, creo que le debemos una explicación a la señora. En primer lugar, discúlpenos por haber tenido que recurrir a medidas tan extremas. En lo posible, tratamos de que no fuera un secuestro desagradable.

Chrissy no respondió. Miraba la casa como si la hubieran contratado para redecorarla. Se detuvo en una foto en una repisa, de Nicanor en uniforme de becado.

—Si coopera, le aseguro que su película no saldrá afectada...

—¿Puedo fumar?

—Eh... claro.

Chrissy encendió un *Marlboro*, y ofreció la cajetilla. Ángel tomó uno. Rodríguez esperó a que exhalaran la primera bocanada, y continuó su cortés exposición.

—Sabemos todo acerca de usted. No es casada, va a filmar su *opera prima* y tiene un título nobiliario... condesa de Kohl, ¿no es cierto?

—¿De qué es ese uniforme?

—Del Preuniversitario —dijo Nicanor, e hizo una breve descripción del guardarropa de un educando del primer grado hasta la Universidad. Le gustaba como iban las cosas. Le encantaban las expresiones de Rodríguez y Ángel. Y le gustaba Chrissy.

—Por favor —terció el dueño de los *Reebok*—. Nicanor, debo recordarte cuál es tu papel aquí. Procura ajustarte a él, o te expulsamos.

Nicanor dijo que aquello era un contrasentido, porque él llevaba dos días intentando ser expulsado. Y señaló además que era el dueño de la casa.

—Pues yo soy el dueño de la cabrona pistola —ripostó Ángel— y estoy loco por...

Nicanor dijo que midiera sus palabras, que había mujeres delante.

—Me estoy empingando —anunció Rodríguez, poco receptivo—, ustedes son las víctimas, y nosotros los criminales. Si quieren hablar del sistema educacional cubano, esperen a que los liberemos.

Por primera vez, Chrissy demostró haber escuchado sus palabras. Aunque siguió dirigiéndose a Nicanor.

—¿Usted no es uno de ellos? Entonces, ¿por qué participó en mi secuestro?

El propietario explicó su condición de sujeto en el borrador de la operación en honor de la cineasta, y sostuvo que si tomó parte en dicha operación fue con el

exclusivo interés de proteger a la mujer de violencias y deshones.

—Qué clase de maricón es este tipo —se admiró Ángel—, coño, Rodríguez, si quiere ganarse puntos con la puta.

Y abatió el puño contra la oreja derecha de Nicanor. El agredido cayó al suelo y exageró cuanto pudo sus demostraciones de dolor.

—Asesinos —dijo Chrissy.

Rodríguez comprendió que aquello no estaba saliendo bien. Deseó empezar todo de nuevo, desde el mismo secuestro de la mujer. Pero claro, se perdería la espontaneidad.

—Oh, bueno, a nosotros tampoco nos gusta la violencia. Ni siquiera leemos el periódico. Es más, ¿me creería usted, Chrissy, si le dijera que este secuestro es un acto de amor?

—No —dijo Chrissy.

Ángel le mostró el puño.

—Pues créalo.

—No seas bestia, Angelito —recomendó el jefe— y no vuelvas a decirle puta a la señora. Miren, hagamos una cosa. Por lo que veo, ustedes tienen mucho de qué hablar. Perfecto, háganlo. Nicanor, lleve a nuestra invitada a alguna habitación donde puedan disfrutar de cierta privacidad, y explíquele de qué se trata todo esto. Nosotros hemos perdido recientemente a un ser querido...

Ángel tiró de él hacia un rincón.

—¿Estás loco, Rodríguez? Si dejas solos a estos dos, lo primero que harán es inventar un plan para escaparse.

—Olvida las desgraciadas películas por un momento. ¿Adónde coño quieres que se escape Nicanor? Ya está en su casa.

—Irá a la policía.

—Claro. A decirle que se ofreció voluntario para el secuestro. No jodas. La propia Chrissy atestiguaría que participó. Además, antes de llegar ahí hablarán de muchas otras cosas. Nicanor querrá impresionarla y le contará lo que cree estar haciendo. Ella le dirá lo que opina de nosotros. Es una conversación que no quiero perderme.

Y se sacó una grabadora de la manga.

El violador de La Habana Vieja resultó ser un gordito asmático. Serafín estudió la configuración de la celda, y concluyó que el sitio más seguro debía ser un banco de piedra, al fondo. En realidad, el mobiliario lo integraban una pareja de bancos y una depresión con desagüe, así que la selección de su emplazamiento no le tomó mucho tiempo. Fue y se sentó, procurando mostrar la urbanidad de un guerrero de Gengis Khan en una terma romana.

—No creas lo que dicen de mí —dijo el violador, atomizándose una ración de Salbutamol en el esófago.

Serafín no respondió. Lo único que le habían dicho acerca del gordito era que había violado a unas doce personas, y si bien aquello resultaba difícil de aceptar a partir de una inspección ocular del criminal, supuso que esa misma incredulidad debió convertir a las víctimas en víctimas.

—Ellos me lo pidieron.

El comentario sonaba tan disparatadamente increíble que Serafín tuvo que chasquear la lengua y hacer una mueca. Pero el violador no mostraba demasiado entusiasmo por añadir otros detalles. De hecho, se tendió en

su banco y cerró los ojos. Transcurridos unos minutos, el ex teniente decidió que por preguntar no iba a pasarle nada.

—¿Cómo fue la cosa?

—No quieras saber.

Volvió el silencio. Serafín estaba ahora verdaderamente intrigado.

—Anda, cuéntame.

—No. Tú pareces un tipo decente. Mejor no te metas en eso.

—Anda.

—No.

Serafín fue hasta el gordo y lo zarandéó.

—Cuéntame. No nací ayer. No voy a escandalizarme por esa bobería...

—Tengo un pene de dos cabezas.

La confesión pilló al secuestrador desprevenido. Soltó al monstruo y retrocedió. El monstruo volvió a acurrucarse, aferrando el *spray* como un osito de peluche. Quizás fuera un perverso, pero nadie podría negar que su aspecto era de lo más inofensivo; a su lado, hasta Bambi parecería un abusador. Claro que el venadito no tenía una cosa bífida penduleando entre las ancas.

Serafín no pudo evitar que por su mente desfilaran los pros y los contras de tamaña anomalía. ¿Cómo, por Dios y la Virgen, podría uno copular disponiendo de un pene bicéfalo? Durante la erección, ¿se empujarían ambos extremos a la vez? A la hora de orinar, ¿se mojarían irremediablemente los zapatos? ¿Existirían preservativos especiales, o tendría que adaptar guantes de nylon? Por otra parte, se le ocurrían ciertas ventajas; en particular, la de simultanear prácticas que la anatomía impone sucesivas. Claro que aquello no era verdad. El gordo se jactaba de una imaginaria pinga bipartita porque sabía

que su afirmación no podría ser comprobada o refutada en la práctica.

O quizás sí. Dos horas más tarde, Serafín casi había logrado autoconvencerse de que el hecho de pedirle al gordo que se la enseñara no implicaba mariconerías subterráneas. En definitiva, ¿no se la ve uno a los demás en las duchas colectivas? ¿No justan los adolescentes para dilucidar quién la tiene más larga, o más gruesa, o cuál escupe más lejos? Y él solo iba a mirarla. A distancia y con las manos a la espalda.

—Déjame verla.

—No —dijo el gordo inmediatamente—, ni pensarlo. Tú no quieres ver eso, créeme.

—Sólo una miradita.

El gordo suspiró.

—Escúchame, así es como empieza. Una mujer o un tipo se enteran y me buscan para mirármela. Luego regresan y quieren verla en funcionamiento. Yo no soy un violador, ya ves, no podría violar ni a un koala parapléjico, pero son ellos quienes amenazan con violarme si no los complazco, y acabo accediendo. Así es la cosa, y así fue hasta que el marido de una tipa la sorprendió en mi casa y ella para librarse dijo que yo la había forzado, y el marido me denunció. Sólo que, antes de denunciarme, también él quiso... eh, probarla.

Serafín escuchó con creciente repugnancia la historia del gordo, y no la creyó; supuso que el puerco le estaba sugiriendo una metodología.

—Eso no ocurrirá conmigo. Sólo quiero verla.

—Déjame en paz.

El ex militar hizo chasquear las articulaciones de sus dedos, y avanzó hacia el asmático con el buen humor de Nosferatus.

—Bueno, bueno —se rindió el monstruo—, no digas que no te advertí.

Y se bajó la cremallera.

A la mañana siguiente, Serafín llamó al oficial de guardia y le dijo que buscara al investigador para una confesión completa y detallada. El oficial, con una maligna sonrisa, fue a informar; regresó media hora más tarde, todavía con la sonrisa, y dejó salir al prisionero, cuya vocación narrativa era tan intensa que en el camino a la oficina le fue haciendo un resumen de lo que pensaba decirle al otro.

—La caca no es mía —admitió, no bien tuvo enfrente al investigador a quien años antes encarcelara por presuntas ofensas—, es de un tal Nicanor. Puede ser el mismo Nicanor que me gritó Peste a Sopa en el Cacho.

El relato, aun con problemas dramáticos —desde el principio, Serafín dejó bien claro quiénes eran los culpables, despojando de cualquier valor literario al acta que teclaba al fondo un individuo silencioso—, revistió el interés suficiente como para que el investigador no osara interrumpir. Sólo al enterarse de la dirección del inmueble en que la célula criminal mantenía secuestrado a Nicanor, se la repitió a un subordinado que entró y salió enseguida.

Al terminar, Serafín suspiró con alivio y esperó la sentencia. El investigador, naturalmente, tamborileaba con los dedos en la superficie del buró.

—Es increíble.

—Es la verdad.

—No lo dudo. Digo que es increíble ese pene de dos cabezas.

El subordinado volvió a aparecer, para inclinarse sobre la oreja del investigador como si quisiera morderla. Serafín esperó, analizando la última frase y preguntán-

dose hasta qué punto estaría el otro familiarizado con la teratológica hombría del asmático.

—Resulta que en el estudio abandonado en que, según usted, Ángel y Rodríguez tienen escondido a Nicanor, no encontramos sino unos restos de pizza, un reguero de azúcar y un montón de huellas.

—¿Qué hora es?

—Las once y cuarenta.

—El secuestro. Habrán ido a secuestrar a Chrissy. Envíe gente al ICAIC.

—Ya lo hicimos. Aún no han reportado. ¿Quiere un cigarro?

Serafín dijo que sí y escogió un Partagás con filtro de la vistosa cajetilla que el otro le tendía.

—Vamos a ver si he comprendido. Ustedes planearon el secuestro de la condesa para hoy por la mañana en el ICAIC. ¿Cómo sabían que la tal Chrissy iba a estar precisamente ahí, a esa hora?

—Tenemos un informante.

—No recuerdo que haya dicho su nombre.

—El problema es que yo no lo conozco. Ángel, que fue crítico y tiene muchos contactos en el mundo del cine, fue quien se lo presentó a Rodríguez. Yo no estaba ahí. Tampoco les pregunté nunca. No me importaba. Ahora bien, considerando lo que sabía de Chrissy y el hecho de que nos resolvió el estudio, supongo que sea alguien con una buena posición en el ICAIC, un productor o algo así.

El investigador miró al impasible escriba, que todavía tecleaba, y movió la cabeza con pesadumbre.

—Por favor, Serafín. Usted fue militar. ¿Espera que me trague que no conocía a su cómplice?

—Sí lo espero. Nunca he dicho tantas verdades juntas.

—Podemos estar aquí todo el tiempo que quiera...

—Oiga —dijo Serafín con inesperada vehemencia—, desde que aparecí ayer en ese policlínico con el desgraciado pomito, me han golpeado, vejado, interrogado, analizado las heces fecales y encerrado. He pasado una noche con el violador de La Habana Vieja, y le aseguro que es una de las experiencias más asombrosas de mi vida, tanto que necesitaré años para reorganizar mi sistema de valores. Me da lo mismo lo que piense, pero sucede que le estoy diciendo lo que sé, y no puedo decirle lo que no sé, justamente porque no lo sé. Aunque estemos una semana encerrados aquí, no va a sacarme nada más. Cuando todo esto termine y haya cogido a Ángel y Rodríguez, pregúntele a ellos. Ahora mándeme de vuelta a la celda... pero, por favor, a *otra* celda.

El subordinado asomó de nuevo, antes de que su jefe encontrara una buena réplica.

—Demasiado tarde —dijo el investigador recién informado—, la ciudadana de la Comunidad Europea ha desaparecido. Salió de una reunión a tomar aire, y no volvió. Naturalmente, su embajada se enteró antes que nosotros.

Serafín tomó otro cigarro, esta vez sin que nadie se lo brindara.

—Entonces sólo tienen que esperar a que regresen a la guarida. Ya estarán al llegar.

—Eso es lo más extraño —objetó el oficial—. Según las declaraciones de quienes vieron a la Chrissy por última vez, el secuestro ocurrió hace más de media hora. Y aún no están de vuelta en el edificio que usted nos indicó. Temo que imaginaran que usted podría delatarlos, y en consecuencia hayan buscado un nuevo escondite. ¿Alguna idea?

Serafín se encogió de hombros. El investigador asintió con tristeza.

—De acuerdo —y se volvió hacia el subordinado—, vuelvan a meter a este ciudadano en la celda del violador de La Habana Vieja...

—No es justo —dijo Serafín.

—Eso mismo dijo el violador al despertar y encontrarse solo.

La mente del ex militar funcionó durante unos gloriosos momentos con la brillantez de la de Einstein o Bobby Fisher.

—La casa de Nicanor. La habrán llevado a casa de Nicanor. Creerían que era el único sitio seguro.

—¿Y dónde vive Nicanor?

—No lo sé. Pero podemos preguntar en el policlínico. Allí tendrán hojas clínicas... un registro de todos los vecinos de la circunscripción.

Y, orgulloso de sí mismo, se apropió de la cajetilla.

El peligro que David vaticinara alcanzó a Luis al amanecer del día cincuenta. Abrió los ojos, y necesitó unos segundos para descifrar lo que veía. Pasado ese tiempo, lo definió como un objeto metálico desenfocado, con que un individuo pálido y adusto le apuntaba a la nariz. Miró a su alrededor, para descubrir un montón de objetos e individuos semejantes.

—Levántese —dijo alguno de los extraños. Luis se incorporó a medias, y nadie que lo contemplara entonces lo habría tomado por uno de los héroes de la historia.

—Soy un viajero pacífico —dijo innecesariamente. La observación no pareció modificar gran cosa el ánimo de los nativos, de modo que creyó oportuno declarar algo más—, estaba durmiendo...

—Ajá —exclamó otro de los portadores de cosas metálicas—. Encima tiene el descaro de confesarlo. Bueno, esto será más fácil de lo que pensamos.

—¿Confesar qué? —se defendió Luis, al menos de palabra—. ¿Que dormía? ¿Es que tiene algo de malo dormir aquí?

Un nativo particularmente vigoroso abofeteó al cazador, en plan más didáctico que punitivo.

—Claro que no. El crimen fue que despertaras.

Desde que la Torre shakri lo elevó al piso superior del mundo, Luis comprendió, como de seguro comprendieron antes Jorge y Eduardo, que se aproximaba a un sitio donde regían otras reglas y otros dioses. Si aquel era el País del Señor del No, la tierra que sólo puede entenderse como simulación de lo posible, habría que admitir que se tomaba su papel a conciencia. Para comenzar, mucho antes de acceder a la superficie por una ranura en el cuerpo del país, notó que este no se mantenía fijo, al menos en relación con el mundo inferior, sino que se movía de levante a poniente a velocidad uniforme, de manera que no bien hollara la superficie, el cazador sería arrastrado muy lejos del sitio en que descendiera del monolito; dedujo, con súbita fatiga, que la distancia que lo separaba ahora de Jorge, y a este de Eduardo, sería no menos abrumadora que la existente hasta el punto en que, según la vertical, esperaban los Mal Hablados. Peor aún, toda vez que la cinta terrestre parecía infinita, también debía serlo la ranura, de tal suerte que el continente lo conformaban en verdad dos masas de tierra paralelas. ¿Adónde habrían saltado sus predecesores? Sin indicio alguno para descubrirlo, el hombre se precipitó a la franja del norte, y rodó un rato sin hacerse daño.

Después advirtió que aquí el calor no lo alimentaba. Hacía calor en el aire, pero de una calidad extraña, insípida. Sudaba, y pronto sintió hambre. Suponiendo que la única vía para encontrar comida —y que, una vez hallada, resultara comestible— era adentrarse en el país, lo hizo, marchando hacia el noroeste. No sólo era una dirección tan buena como cualquier otra; era, además, la que con más probabilidad habrían tomado los otros cazadores, en base a la presunción de que, si el instinto

lo llevó a saltar al macizo del norte, los demás debieron hacer lo mismo. Solo y con miedo, avanzó millares de pasos sin ver otra cosa que árboles raquíticos naciendo de un suelo de tormos rojos.

Luis pasaba por hombre de juicios atendibles y dilatada sabiduría, pero la comarca aérea implicaba un reto a todo cuanto su experiencia almacenaba. Cercano ya el ocaso, encontró un riachuelo y bebió de él... pero no había música en el agua. Era un líquido frío, incoloro e incapaz de producir otro sonido que el resultante de su roce con las piedras del cauce. Calmó su sed, pero no su espíritu. Bueno, dejando aparte su grosera calidad acústica, ¿dónde podría desembocar aquel curso de agua, si agua fuera el nombre apropiado? ¿En lagos o mares que se vaciaban eternamente sobre el mundo inferior, y era la lluvia? Inquietante. La lluvia la prodigaban los dioses, eso todos lo sabían en el País de Espuma. ¿Acaso, rumió, se hallaba en la morada de los seres supremos, en comparación con los cuales las deidades de la tribu serían burdos virreyes provincianos? Si ya resultaba complicado arrebatarle el trofeo al Señor del No para salvar el Árbol Genealógico y devolver la tribu a una existencia sensible, ¿cómo iban tres cazadores lerdos y nada sobrados de coraje a enfrentar la voluntad de unos dioses extraños? Luis mató una alimaña de razonable semejanza con el calor fugitivo, y la comió goloso, bien que con alguna prevención. Su estómago resistió, y su filosofía evolucionó inmediatamente hacia posiciones materialistas, en concilio con la tesis de que el mundo aéreo se le antojaba raro y divino sólo por ser desconocido.

Durmió casi con optimismo. Y despertó para ser capturado por aquellos tipos con armas metálicas.

A la sazón, marchaban hacia una ciudad. Luis había oído hablar de urbes como Laghar y Baahan, pero nunca puso el pie en una. De lejos ya le infundió respeto, y a medida que se aproximaba empezó a acobardarse seriamente.

—¿No podríamos discutir mi delito aquí? Todavía tengo sueño, puedo tirarme y no despertar en tres o cuatro días...

—Cállate —dijo el portavoz de los nativos—, cualquier cosa que digas puede ser utilizada en tu contra.

Entraron a la ciudad por una abertura en la muralla. Abertura y no puerta: daba la impresión de que algún coloso rompió la continuidad de la obra defensiva con una belicosa pedrada. Y la impresión resultó cierta, pues encontraron la piedra adentro. La urbe crecía a su alrededor sin tocarla, aunque obviamente influida por el modelo arquitectónico que la roca aportaba: todos los edificios eran redondos, y sólo de los vanos en ellos esculpidos podía inferirse su carácter habitacional. Los guerreros llevaron a Luis por una calle indistinguible, y se detuvieron ante una esfera pintada de blanco y decorada con signos quizás regulares. El paladín entró al edificio; los otros esperaron el tiempo suficiente para que algunos chiquillos repulsivos apedrearán a Luis. Para aquellas gentes el apedreo constituía, desde luego, una forma avanzada de comunicación social.

Al cabo regresó el portavoz, acompañado por un anciano pálido, ojoso y malhumorado. Daba la impresión de haber pasado una semana entera velando armas o cadáveres. El vejete miró a Luis desde una cercanía incómoda, y luego lo escupió.

—Si es vuestra manera de expresar la bienvenida a un forastero, les prevengo que entre los míos se estila un sencillo apretón de manos —comentó livianamente el prisionero.

—Muy gracioso —dijo el anciano—. ¿De manera que dormía... y despertó sin más ni más?

—Es el orden sensato —repuso Luis—, yo digo que más bien sería difícil a la inversa. Si va un crimen en ello, no fue en todo caso un crimen consciente.

—Más gracioso aún. ¿Me equivoco al suponer que duerme y despierta todos los días?

Luis respondió que así era, excepto en excepciones excepcionales. (Se daba cuenta cabal de que sus respuestas irritaban al anciano ojeroso, y suponía cuáles podrían agradarle, pero sentíase incapaz de mentir en asunto tan universal como el reposo nocturno.) Todo el mundo atraviesa sucesivos períodos de sueño y vigilia, ¿no?

—En eso se equivoca —aseguró el vejete—. Dígame, ¿tiene idea de dónde se encuentra?

Luis respondió que no. Si se trataba de la tierra del Señor del No, quizás fuera mejor mostrarse ignorante al respecto. De cualquier manera, las siguientes palabras de su vetusto interlocutor fueron absolutamente inesperadas.

—Este es el País de los Sonámbulos.

Y ahí terminó la conversación. El anciano indicó a sus captores que lo condujeran al interior del edificio redondo, y lo torturaran un rato, sólo lo indispensable. Él tenía cosas que hacer, de lo contrario, le hubiera gustado ocuparse de aquella formalidad.

La esfera blanca estaba llena de estatuas blancas. Cuando Luis accedió al recinto, dos de las piezas perdieron su condición estatuaria y le tendieron los brazos.

Chrissy estaba mirando un pez guanábana que sostenía un montón de libros, y pensando que hay animales que sólo se han visto disecados, y que probablemente sólo

existan en ese estado. Aunque el sitio era una librería de viejo, no podía apartar los ojos del pez, porque le fascinaba y porque en verdad no creía que ninguno de aquellos rudos volúmenes pudiera interesarle. (Adoraba los libros y había escrito unos cuantos, pero los que el pez mantenía erguidos no contaban en su mayoría con lomos coherentes o portadas legibles, y de cualquier modo ya tendría que poner a prueba su español en los próximos días.) En cambio, aquel mágico animal que se le antojaba antediluviano como el *celacanthus*, y en quien los escasos viandantes detenidos para echar una ojeada cansina a tanto libro inútil ni siquiera reparaban, era un portavoz directo de la naturaleza. Como todos los europeos, Chrissy amaba la naturaleza, y le parecía que había mucho que aprender de ella. Incluso de su más espinoso y maltrecho representante.

Antes de preguntar si el pez estaba en venta, echó sin embargo una desdeñosa ojeada a los libros. *Los hermanos Karamazov*, *Fidel y la religión*, *El monte*, *Secretos de la cocina afrocubana*, *Manual de comunismo científico...* y entonces se le detuvo el corazón, y el espécimen marino volvió a ser un objeto para sostener libros. Entre el *Manual* y *Los hombres de Panfilov* estaba el *Necronomicon*.

había llegado a La Habana y tomado un taxi en el aeropuerto hasta el hotel y dejado sus cosas en el hotel y salido a pasear porque al día siguiente tendría su primera reunión en la UNEAC para adentrarse en el pajar de los autores inéditos y seleccionar los mejores trabajos para proponerlos a la Semana de Literaturas Posibles de Berlín y necesitaba despejar un poco y olvidar a Hermann y se había detenido a fisgar en esta librería anodina y he aquí de improviso el *Necronomicon* con un cartelito que dice un dólar el *Necronomicon* un dólar

De modo que Lovecraft no se lo había inventado. El *Necronomicon*, el libro maldito del árabe loco Abdul Alhazred, no era otra turbia criatura vomitada por el dudoso estro del escritorzuelo de Providence. Ni siquiera había tenido el talento de inventarlo. Probablemente halló alguna referencia en algún viejo manuscrito comprado por un dólar en una librería de viejo.

Chrissy acarició el lomo del libro y sintió un poderoso flujo de energía que le subía por los dedos. Energía siniestra, energía de lo oscuro. Miró al vendedor, que ya la miraba a ella.

—¿Cuesta un dólar?

—No, eh... ese cartelito es de otro libro, habrá volado hasta ahí. Son diez dólares.

Al hacer la pregunta, esperaba una respuesta semejante. No era tan ingenua, había estado en Marruecos y en los Pulgueros de París. Lo hizo porque no sería justo pagar tan poco por tanto. Tampoco sería justo pagar tanto por tanto, pero diez dólares estaba bien. Metió la mano en el bolso. En ese momento una mano masculina se posó sobre el dorso del *Necronomicon*.

—Lo llevo.

—Diez dólares —repitió el vendedor.

La mujer miró al intruso. Era un hombrecillo. De hecho, fue la primera palabra que se formó en su mente. Para ser un hombrecillo, tenía un aspecto razonablemente voluntarioso. Lo detalló: enfundado en vaqueros de marca pobre, recién afeitado, gris. Ese tipo no sabría jamás qué hacer con un libro como aquel. De cualquier modo, saltaba a la vista que se trataba de un nativo... y los nativos nunca tienen mucho dinero.

—Ya el señor me lo vendía —advirtió lealmente.

—No —dijo el dueño del negocio—, usted sólo preguntó el precio.

—Lo llevo —insistió el hombrecillo—, aquí tiene los diez dólares.

—Le doy veinte —dijo Chrissy.

—Veinticinco —pujó el otro.

El vendedor se cruzó de brazos y los consideró con fruición. Pero Chrissy no gustaba de prodigar sufrimientos baldíos. Ya era tiempo del tiro de gracia.

—Cien dólares.

—Ciento diez —dijo el hombrecillo sin pestañear.

La mujer sospechó entonces: un pacto rastrero, los dos hombres estaban en connivencia para sacarle todo el dinero posible. No los culpaba por eso, pero tampoco se dejaría entrapar. Llevó aparte a su rival.

—Voy a llamar a la policía.

—Sé lo que piensa —replicó el otro—. Ustedes los europeos son *tan* transparentes. Supone que soy un infeliz que no tiene idea del valor del *Necronomicon*. O quizás imagina que la estoy provocando para luego repartirme el dinero con ese señor.

Chrissy, que pensaba entrambas cosas, no dijo nada.

—Mire —exigió el hombrecillo, y abrió una cartera gris. Allí había varios retratos de Franklin—. Ahora, si lo desea, pregúnteme lo que se le ocurra acerca de las ciencias de lo oscuro, Abdul Alhazred y la literatura fantástica norteamericana.

—Lo siento —murmuró Chrissy—, que venza el mejor. Volvieron ante el mostrador.

—Doscientos —dijo la escritora.

—Se jodieron —anunció el vendedor—, aquel señor acaba de llevárselo por quinientos. Lo curioso es que el libro lleva meses ahí, y nadie se había interesado...

Chrissy y el hombrecillo entrevistaron a un individuo oscuro que doblaba una esquina. No podrían asegurar que el hombre vistiera de negro, pero sí que la luz lo evitaba.

El *Necronomicon* se había marchado. Chrissy no dudaba que una oportunidad como aquella no volvería a repetirse en cincuenta años. ¿Y qué le quedaba a cambio? Un pez guanábana. Y un hombrecillo de sorprendente solvencia, tejanos baratos y ojos hermosos.

—¿Cuánto vale el pez?

—No está en venta —dijo el dueño—, es un regalo de Hemingway.

Chrissy se volvió hacia su malogrado rival. En efecto, tenía los ojos de Franz Kafka.

—Venga —se escuchó decir—, lo invito a un café, o algo.

Eduardo y Jorge contemplaron con cierta malignidad cómo los guerreros humedecían a Luis, lo forzaban a acostarse en una tina repleta de azúcar, y a continuación lo llevaban a un rincón particularmente caluroso y le advertían que desechara toda intención de sacudirse la dulce cáscara. En lo tocante a derechos, añadieron los portadores de objetos metálicos, el prisionero tenía el de ejecutar otros movimientos, siempre que no atentaran contra el normal desarrollo de la tortura, y el de hablar cuanto le viniera en gana. Después se marcharon.

—Me pica —dijo Luis.

—Oh, no, sólo crees que te pica —aseguró Jorge—, ya verás en doce horas.

El resto de las estatuas daba la impresión de serlo de veras. Quizás se solidificaron con el tiempo. También podía ser gente poco dada a alternar con extraños.

—Tuviste suerte —dijo Eduardo—, a nosotros nos capturaron enseguida. Mientras dormías, Jorge y yo nos convertíamos lentamente en golosinas.

—Podrían haber intentado algo al respecto.

—No hay nada que intentar. Entran y te inspeccionan cada cierto tiempo, y si descubren que tienes poca azúcar encima, algo debe ocurrirte.

—¿Saben algo de este país?

Los veteranos se encogieron de hombros. O más bien insinuaron el gesto. La dulzona cobertura no exhaló cruji-
dos audibles.

—Se llaman los Sonámbulos. Eso no deja lugar a muchas hipótesis, ¿no te parece? Están dormidos. Viven dormidos. Creo que nunca han despertado. No se alimentan de calor. La verdad es que no fueron muy buenos anfitriones. Espero que los precios del azúcar sean todo lo bajos que el mercado admita.

A Eduardo los guerreros no le dijeron nada. Con Jorge cruzaron sólo algunas palabras. En comparación, las aventuras de Luis parecían una saga legendaria. Luis se sintió vencido, y peor aún, ridículo. En cuarenta jornadas, la aldea del Árbol desaparecería cubierta por la Espuma, y los héroes encargados de torcer su destino se contaban sandeces en disfraz de caramelos.

—Pero, ¿es la tierra del Señor del No?

—Lo es —dijo una voz desconocida—, pero dejará de serlo mañana al amanecer.

Los tres cazadores movieron con precaución sus atar-
didas cabezas, pero no identificaron al emisor de la nueva. Aunque la voz no sonó amenazadora en absoluto, los tres se asustaron muchísimo.

—¿Quién eres?

—Prefiero no decirlo —continuó el anónimo informante—, saben, después de siete años cubierto de azúcar, uno se vuelve más bien introvertido. Deberá bastarles con que he nacido aquí, y jamás he posado el pie en la Torre sin Fin, y mucho menos en las Tierras Inmóviles.

—¿Por qué tendríamos que creerte?

—No tienen que hacerlo.

Luis, cuya elasticidad aún no había menguado gran cosa, miró alternativamente a sus compañeros, procurando descifrar sus expresiones bajo el confite. No lo logró.

—¿Qué tendrías que decirnos?

—Todo acerca de este país, para empezar. Y, después, unas cuantas verdades acerca de la acupuntura.

—¿Y de qué nos serviría eso que llamas acupuntura?

—De nada. Pero es la única rama del saber en que soy un experto.

—Prefiero que te calles después de hablarnos del país.

—Bien. Como dijo tu amigo, nacemos Sonámbulos. Por eso no toleramos a los que viven en la vigilia y pueden entrar y salir del sueño, si no a voluntad, al menos impunemente. Les tememos y, al mismo tiempo, vivimos esperando el día del Gran Despertar. Según las leyendas, ha de ser un día grandioso.

—No entiendo bien —dijo Eduardo—. ¿Qué falta les hace despertar? Por lo que veo, su condición de Sonámbulos no les impide realizar ninguna actividad.

—Nos impide tener sueño. Nos impide cabecear, roncar, quedarnos dormidos en una reunión. Nos impide despertar. Quizás eso no sea tan terrible, pero desecharlo provee una Utopía. Cada pueblo necesita una Utopía.

Aquello sonaba bastante profundo y un tanto pueril; sin embargo, pensó Luis, difícil sería juzgar correcta-

mente desde la cómoda posición de gente que duerme cada noche.

—¿Por qué tiene este país tan especial configuración? ¿Por qué se mueve todo el tiempo de este a oeste? ¿Acaso es infinito?

—Para nosotros son extraordinarias las Tierras Inmóviles, una leyenda fantástica. No hay ley natural o divina que establezca que un continente no puede tener el aspecto de una doble banda rocosa, ni moverse de levante a poniente. Y si la hay, alguien de allá abajo habrá influido a la hora de redactarla. Ahora bien, no es un país sin confines, ni se mueve sólo en esa dirección. Cada tres meses el movimiento se invierte.

—¿Es esta la capital?

—Por cierto que sí. Su nombre es Aurora, y es la ciudad elegida por la estirpe del Emperador. Hay otras treinta y nueve urbes en torno al Mar Negro, pero esta es la mayor, la más hermosa. En la franja del sur no se encuentran sino bosques y alimañas.

—Haber saltado hacia allá —rezongó Jorge—, pero basta de geografía. ¿Qué ocurrirá con nosotros, y por qué has dicho que es la tierra del Señor del No, si de muy diversa manera la has llamado?

—Los prisioneros corrientes pasan aquí mucho tiempo. En ese sentido, yo soy todo un paradigma. No nos dan demasiado de comer; el azúcar que tortura también alimenta, atraviesa la piel y corre en la sangre. Es malo para la salud, pero hay que admitir que les resulta económico... En todo caso, no puedo saber si ocurrirá lo mismo con ustedes.

Respecto a la segunda parte de la pregunta, refirió que cuarenta días atrás el Emperador proclamó que prestaba su país, por ese plazo justo, a su primo el Se-

ñor de un reino invisible. Con el fin de acallar cualquier carraspeo y ablandar cualquier suspicacia, hizo saber que, a cambio, dicho monarca le había prometido el secreto del Gran Despertar, arcano que le sería revelado al término de la ocupación. En la práctica, nadie notaría nada, pues los intrusos serían tan invisibles como su tierra.

—A mi modo de ver, es ahí donde radica el problema —concluyó el informante—, pues mañana no habrá modo de saber si se han ido, o permanecen en la piel de algunos de nosotros, del Emperador mismo. Claro que también podría decirse que quizás nunca estuvieron aquí, y todo fue una invención del Emperador para enseñarnos alguna oscura máxima filosófica, para hacer más espectacular la revelación de un secreto que él mismo descubrió... o para joder un rato.

—Entonces —murmuró Jorge—, esta noche tendremos que escaparnos.

—O dar con una vía que conduzca al Gran Despertar —sugirió Luis—. Si la encontramos, nos llevarían a presencia del Emperador.

—También nos llevarían si decimos que la encontramos, aunque no sea cierto.

—Pero si por pasar del sueño a la vigilia nos han cubierto de azúcar, por prometer en falso la salvación del país nos trucidarán y nos lanzarán al abismo. O algo peor.

—Seguro —dijo el informante.

—En mi tierra existe un brebaje, extraído del grano de cierto arbusto, que aleja el sueño y provee energías suplementarias —declaró otra voz desconocida e igualmente ilocalizable.

—¿Qué tierra y qué brebaje son esos?— preguntaron Luis y Eduardo al unísono.

—Baahan es mi ciudad, y llamamos café a esa infusión oscura de poderes mágicos. Al anochecer, cuando uno está a punto de rendirse al sueño, basta una taza de café caliente para que los párpados se levanten como prendidos a las cejas por alfileres.

—No veo cómo nos acerca eso a la libertad —comentó Luis, a quien el símil de los alfileres le resultó particularmente repugnante—, salvo que traigas contigo algunos de tales granos.

—No —admitió el forastero— y lo lamento, porque tengo sueño. Tanto, que a veces creo percibir su aroma cuando abren la puerta y se cuele algún retazo de brisa.

—Un brebaje oscuro, aromático... —repitió el primer informante, el Sonámbulo—, suena como una descripción del Mar Negro. De hecho, es probable que lo que hueles sean los efluvios que el viento trae de...

Hubo un silencio lo bastante largo para que incluso Jorge comprendiera las implicaciones latentes.

—Por las nalgas de Tres —juró al fin—. ¿Un mar de café? ¿Es acaso posible?

—Yo sólo digo que mis compatriotas muelen los granos —dijo el hombre de Baahan—, pero llevo bastante tiempo prisionero en este país como para no sorprenderme de nada.

—Y yo digo que nunca nadie ha navegado en el Mar Negro, y mucho menos bebido de él. Existe una vieja interdicción...

Eduardo miró a Luis.

—¿Nos arriesgamos?

—Pueden trucidarnos y lanzarnos al abismo —dijo Luis, optimista—, pero, por lo demás, no tenemos nada que perder. Y suena como una de esas ironías tan gratas

a los dioses: que el camino al Gran Despertar haya estado siempre al alcance de los sonámbulos...

— Bueno —terció Jorge—, ¿y ustedes han pasado días, meses y años aquí, cubiertos de azúcar, sin hablar entre ustedes... sin hablar de *esto*?

Las estatuas permanecieron en silencio, pero de algún modo fue obvio que este era un silencio de contrición y encabronamiento.

— En fin, vamos allá —dijo Eduardo, y dio unos pasos hacia la salida—. ¡Guardias!

Nicanor y Chrissy llevaban cosa de una hora hablando allá adentro.

Antes de permitirles tan dilatada conferencia, Rodríguez inspeccionó el local sugerido por Nicanor—su cuarto— en busca de salidas secretas, teléfonos corrientes o móviles, armas o preservativos. Temía, naturalmente, que intentaran escapar, avisar a terceros, defenderse o empezar un romance por el final. No encontró nada sospechoso, y aprovechó la ocasión para sembrar la grabadora en lo alto de un armario. Ángel le sugirió, además, registrar a la mujer en el plano más íntimo—un teléfono móvil y un preservativo caben dondequiera— pero el dueño de los *Reebok* desestimó la idea, en atención al objetivo final, que era justamente la intimidad de la condesa. En cambio, deslizó sobre la cama un prospecto editado por la Comisión Nacional de Lucha contra Esa Enfermedad, que por alguna razón conservaba en su bolsillo y que, llegado el momento, quizás revelara un oportuno poder disuasorio.

Ángel estudió el refrigerador y la despensa, para incautar media libra de queso casero, una jarra de refresco instantáneo y unas galletas algo fofas. Le ofreció de todo a Rodríguez, quien dijo no desear sino más café. De la colada de Nicanor apenas quedaban unas gotas, pero

Ángel encontró residuos en un pomo, incómodamente parecido al que causara la desgracia de Serafín.

—Y ahora, ¿cómo sigue el plan?

Rodríguez cerró los ojos y se relamió. Luego dejó la tacita en alguna parte, e hizo chasquear las articulaciones de los dedos.

—No podemos quedarnos aquí mucho tiempo. Por muy insignificante que sea Nicanor en la cuadra, los vecinos se preguntarán de dónde salió el Lada, y quizás escuchen demasiadas voces. Por otra parte, el meollo del asunto sigue siendo conquistar a la condesa, y en estas circunstancias no hay quien ligue ni a una prieta de Guanabacoa.

—A lo mejor llegamos a un arreglo y no tienes que seducirla. Ya sabes, que te ceda el título si la dejamos libre.

—No jodas. ¿No viste lo buena que está? Si yo fuera Nicanor, hace rato la habría tirado en la cama.

—Quién sabe si lo está haciendo en este momento...

Algo en la expresión de Rodríguez convenció a Ángel de no continuar desarrollando esa línea de pensamiento.

—Supongamos que Chrissy prefiere una transacción, el título por la libertad. ¿Qué vendría después?

—Verificar que la cosa tiene validez legal, que no me va a tupir con un papelito mierdero. Es muy sencillo, ya sabes cómo. Entonces... supongo que la dejaríamos irse tranquila. No voy a mancharme las manos de sangre azul, en particular, si se trata de sangre de mi propio árbol genealógico.

—¿Y Nicanor?

Rodríguez lanzó una mirada beligerante hacia la puerta que ocultaba a las infelices víctimas.

—Esa es otra cuestión. Claro que tendremos que oír primero la grabación, para saber qué se trae. Era un cassette de cuentos de Álvarez Guedes, así que espero que haya valido la pena.

—¿Borraste eso para...? Escucha, Rodríguez, el tipo jodió al Sera, nos trajo aquí, y se está haciendo el patriota delante de la condesa. Siempre dije que había que pasarle la cuenta, y este es el mejor momento. Si aparece muerto en su casa con una pistola en la mano, pensarán que fue un suicidio. Todo el mundo tiene algún motivo para pegarse un tiro, imagínate un comemierda como él...

—Si le dejamos la pistola, ¿cómo vamos a amenazar luego a la condesa, o defendernos si el dado se pone malo? Ese es el tipo de cabos sueltos que se dejan en las películas.

De la habitación cerrada llegaron unas risas femeninas, con acento.

—Óyelos. Gozando la papeleta. No sé cómo aguantas. Rodríguez volvió a servirse café.

—No basta ser un aristócrata; hay que actuar y pensar como tal. Los aristócratas no se dejan llevar por impulsos. Si fuera por mí, ahora entraba al cuarto con un alicate y castraba a ese maricón. A ese... hombrecillo. Pero existe un lugar y un momento para todo. El autocontrol es la virtud del hombre superior.

Ángel tuvo una visión de Rodríguez con los modales de Anthony Hopkins o John Gielgud. Iba a ser un cambio del carajo, pero sí, podría resultar impresionante.

—Nunca te dije donde se me ocurrió el plan —continuó el hombrecillo, evocador—. Fue en la cola de la bodega, un día que había llegado el jabón. Pensarás que ahí a cualquiera le entran ganas de tomar *hors d'oeuvres*

en un castillo románico. Y es cierto, pero fue algo más... la comprensión de que es en las peores circunstancias donde un individuo muestra su clase. Para un duque criado entre sedas no es difícil tener distinción, no hay mérito en eso. Pero conservarla aquí es virtud suficiente para que diez o doce reinas se peleen por ponerte una espada en el hombro. Porque, aunque se nazca sin un título, aristócrata se nace.

Ángel decidió memorizar aquella frase.

—De todos modos —dijo Rodríguez después de una pausa heráldica—, en una cosa tienes razón. La puta y el comemierda se están demorando más de la cuenta.

Fue hasta la puerta y la aporreó. Transcurrieron unos segundos, y entonces asomó un Nicanor alegre. Alegre quizás no sea la palabra. Lo que asomó fue un Nicanor rojo y mudo que se sostenía el estómago. Al ver a Rodríguez, su júbilo peristáltico subió hasta la garganta y espurrió por fin en una carcajada interminable.

—No, si vamos a tener que cobrarle a la gente por secuestrarla —comentó el aristócrata latente—, ¿se puede saber..?

Ángel lanzó un breve silbido. Rodríguez se volvió, y lo que hiciera reír a Nicanor dejó momentáneamente de interesarle. Ángel estaba junto a una ventana, señalando hacia fuera. Y sosteniendo la pistola. Y sudando frío.

El palacio del Emperador era también una esfera blanca —de hecho, la piedra arrojada sobre las murallas en tiempos fundacionales— pero a la vez su configuración sugería la inquietante calidad de un agujero en un continuo espacial sólido. Los guardias indicaron a Eduardo y los demás pasar adelante, y les cortaron la retirada en nutri-

do semicírculo. Para aumentar su desasosiego, fue el mismo anciano ojeroso e insociable quien los recibió y los condujo a presencia del monarca. Antes de retirarse a un plano secundario, volvió a escupir a Luis.

—Vaya —dijo el guerrero, enjugándose la humedad que le corría por el pómulo izquierdo—, yo también me alegro de verte.

Aunque al dejar la prisión se les permitió sacudirse un poco, para evitar dulces cagazones sobre las pulidas losas del palacio, aún tenían sobre el cuerpo más azúcar de la que hubieran deseado. De los cinco, el nativo y el hombre de Baahan, en particular, seguían luciendo bastante blancos, en tanto los del País de Espuma pasarían por figuras de mazapán parcamente espolvoreadas.

El Emperador, detalle interesante, estaba sentado a un nivel más bajo que sus numerosos dignatarios, en un solio, por añadidura, sin demasiados ornamentos. Era un hombre joven, pálido y lampiño, muy afectado. Hubiérase dicho que miraba con fijeza a los prisioneros, de no contar el hecho de que sus ojos permanecían cerrados. Durante un largo minuto, nadie pronunció palabra. Entonces Eduardo tuvo una inspiración, y dio un paso al frente.

—En mi humilde nombre y en el de mis amigos, saludo al poderoso, al ilustre descendiente... de la dinastía shakri.

Jorge y Luis volvieron hacia él unos rostros boquia-biertos. Un rumor tenso corrió por la doble muralla de cortesanos. El Emperador levantó ambas manos.

—No es esa, por cierto, la fórmula prescrita —comentó severamente—, pero me admira que estés tan bien informado en materia de heráldica. Soy, en efecto, el último de los shakri de Afganistán.

—*Xochín y Xochipilli* —añadió Jorge, envalentonado. El Emperador lo enfrentó con sus párpados caídos, maquillados de verde y magenta.

—¿A qué vienen esas flores y mofetas?

Jorge tuvo un ataque de tos.

—Las flores de tu reinado son un bocado demasiado grande para las *Xochipillis* que pretenden inficionarlas —dijo Luis con aplomo.

El Emperador asintió, admirado.

—Serán criminales, pero no puede negarse que estos guapos chicos tienen la virtud de la palabra ágil y lisonjera —sonrió al decir esto, y se reclinó en su asiento con zalamería—. En fin, vayamos a los asuntos de Estado. Me informan que traen algo para mí.

Ahora viene lo bueno, pensó Eduardo. La verdad es que el plan era muy claro... hasta el momento presente. De aquí en adelante, sólo cabía improvisar. En todo caso, su instinto le gritaba en el oído que el Señor del No estaba muy cerca, y al acecho.

—Las informaciones, ay, tan escasas, que tenemos acerca de la cultura y la historia de tu glorioso pueblo, nos permiten colegir que busca el camino hacia el Gran Despertar. Entendemos, además, que tu país hospeda en este mismo momento a otro, cuyo Señor tu primo te ha prometido la verdad anhelada para mañana al amanecer. Pues bien, nosotros pondremos en tu conocimiento esa verdad ahora mismo si lo deseas, y en prueba de buena voluntad ofrecemos nuestras vidas en garantía.

De nuevo, los rumores horadaron la concurrencia. Los rumores más enérgicos, por cierto, salían de los restantes prisioneros. Concretamente, Jorge murmuraba algo acerca de que Eduardo haría mejor ofreciendo sólo lo que le pertenecía.

—Muy bien expresado —evaluó el Emperador—, aunque con algunos puntos oscuros. Para empezar, ¿qué piden a cambio? No me vengan con que se trata de solidaridad humana.

—Oh, bueno, queremos lo usual en estos casos. La libertad...

—¿Y qué más?

—Y una breve entrevista con el Señor del No.

Más murmullos.

—Verá —continuó Eduardo, mientras sus valientes colegas daban un paso atrás—, él tiene algo que deseáramos recuperar. Civilizadamente, se entiende.

El Emperador se rascó la barbilla con indolencia.

—Sabes, desde luego, que el Señor y sus súbditos están encarnados en algunos de nosotros. ¿No has pensado que yo podría ser él... o, en todo caso, que está presente y te escucha?

—Cuento con eso.

El Emperador dejó su trono y empezó a dar paseítos en torno a Eduardo. El sudor que resbalaba por la piel del cazador terminó de lavar las más pertinaces partículas del dulce.

—Afirmas tener la solución que nuestros sabios llevan años intentando encontrar... por cierto, ¿la descubriste tú?

—En realidad, fue algo que dijo este nativo de Baahan —admitió Eduardo, señalando a un punto intermedio entre las dos estatuas blancas— y entonces nosotros pensamos... considerando lo que había dicho antes este súbdito de Vuestra Majestad... —volvió a indicar el vacío— que la cosa resultaba bastante clara.

Aunque el monarca no había levantado los párpados, se detuvo frente a los dos prisioneros marcados. Luego vino a plantarse ante Eduardo.

—Está bien. Dime de qué se trata.

—¿Debo suponer —inquirió tímidamente el cazador— que Su Majestad acepta el acuerdo propuesto?

El Emperador carraspeó, y Eduardo juzgó que insistir quizás no fuera lo más prudente. Habló del café y del Mar Negro. Lo hizo con tal vehemencia que algunos de los presentes hubieran jurado que el olor del brebaje llegaba hasta ellos a través de las paredes rocosas.

En el silencio que siguió —roto apenas por el levísimo sonido de las gotas de sudor azucarado rompiéndose en las losas— hubo muy escasa demanda de aire respirable. Por parte de los prisioneros, al menos.

—De modo que era eso —dijo por fin el Emperador—. Muy bien. Desóllenlos vivos, descuartícenlos y arrójenlos al abismo.

—Pero, señor —protestó Luis, pues Eduardo había olvidado en un segundo que la superior es la única mandíbula incapaz de moverse—, le hemos revelado el secreto. ¿Acaso cree que mentimos? En ese caso, espere siquiera a comprobarlo.

—Nada de eso. Estoy seguro de que han dado con el camino al Gran Despertar.

—¿Entonces?

—Entonces —dijo el monarca, con una voz tanto más terrible cuanto que salía de un cuerpo amanerado—, resulta que, en definitiva, fue el Señor del No quien cumplió su palabra, entregándome la verdad antes del amanecer.

Los prisioneros se miraron. Que fueran a sacrificarlos era ya espantoso. Pero que los sacrificaran sin explicarles el truco era, además, ofensivo.

—Fuimos nosotros. ¿Acaso insinúa que Eduardo es el Señor del No, disfrazado?

—¿Quién habla de Eduardo?

El nativo de Baahan se adelantó, sonriente, y pasó el brazo por encima del hombro imperial. Y todavía le dio un besito en la mejilla a su primo.

Un besito dulce.

Ángel sujetaba la pistola como un curtido agente del FBI al acceder a una habitación donde esperara encontrar a un *serial killer* con hemorroides terminales.

—No vayas a disparar —le advirtió Rodríguez— y si vas a hacerlo, adviérteles primero que es cosa tuya.

La policía, naturalmente, ya habría rodeado la casa. Los dos carros patrulleros estacionados delante y detrás del Lada permitían suponer que ocho o diez individuos de azul, con porras y pistolas y *sprays*, y sin la menor vocación por las buenas maneras, no esperaban sino una señal para irrumpir en el hogar de un pacífico ciudadano y reducir a sus huéspedes por la violencia oral y física. Antes, según el procedimiento clásico, lanzarían un ultimátum que esperaban fuera desoído, porque, de surtir efecto, la espectacularidad de la operación iba a sufrir un serio menoscabo.

Lanzaron el ultimátum.

—Su madre —gritó Ángel—, entréguense ustedes.

Los sitiadores no mostraron demasiado interés en recoger la invitación. Se oyeron carreras al fondo y en el techo. Ángel optó por la radicalización inmediata.

—En diez minutos queremos un Nissan con bastante gasolina y quinientos dólares, parqueado afuera. Le cortaremos un dedo a un rehén por cada minuto de retraso.

—¿Te callarás? —conminó Rodríguez—. ¿Qué locura es esa de dedos cortados y quinientos dólares? ¿Y para qué el Nissan? Suponiendo que fuéramos a escapar, ¿no te basta con el Lada?

Ángel miró a Rodríguez, y enarcó una ceja. Rodríguez prefirió ignorar el canto a la ideología consumista implícito en aquella mirada.

—Ocurra lo que ocurra, no vamos a mutilar a nadie. Por lo menos no a la señora. Lo que necesitamos son buenas ideas, y rápido.

Nicanor y Chrissy se sentaron a esperar.

—No —dijo el ex crítico de cine—, lo que de veras nos hace falta es saber quién carajo nos chivateó.

Y se aproximó a Nicanor con ferocidad.

—Yo no fui —aseveró el anfitrión—, ustedes revisaron. No tenía cómo hacerlo, no hay teléfono en mi cuarto. Y antes de eso, no me quitaron los ojos de encima.

Ángel le clavó los dedos en el cuello de la camisa y se lo estrujó a conciencia, pero no dio con una réplica adecuada. Lentamente, volvió a soltarlo. Entonces desvió su atención hacia la cineasta.

—Debimos revisarle los *bloomers*.

—No va a tener un aparato móvil metido ahí desde que la secuestramos —dijo Nicanor, haciendo el debido hincapié en la conjugación del último verbo— o se lo habríamos notado al caminar.

—Las europeas son todas unas pervertidas —replicó Ángel, por decir algo.

Rodríguez, que llevaba unos segundos mirando hacia fuera por una ranura en la ventana, lanzó un juramento tan repugnante que no puede ser reproducido ni siquiera en una novela como esta.

—No fueron ellos —murmuró—, miren quien está ahí.

Afuera, junto al investigador que ya conocemos, Serafín fumaba con el aplomo de un Judas y la fruición de un Davidoff.

—Le voy a meter un tiro —declaró Ángel—. Míralo, chico, si lo disfruta y todo. Siempre dije que para traicionar sólo hace falta llevar el Ejército en la sangre.

Nicanor *sabía*. Naturalmente, Serafín estuvo en el policlínico, y allí, bendita insalubridad, registraban las señas de todo el mundo, de acatarrados y cancerosos, de asmáticos y sifilíticos, desde tipos con dientes cariados hasta peatones atropellados por sanguinarias rastras... Él no prefiguró todos los eslabones en aquel momento de iluminación, génesis del calvario privado de Serafín, pero una cosa llevó a la otra como si obrara al dictado, y ahora que tan hermosa urdimbre se develaba sentíase llamado a atribuírse el mérito. No existía ninguna diferencia sustancial entre planear un suceso con antelación o en el momento mismo en que ocurría. Si trabajaba a su favor, ¿acaso no era obra suya? Lo estaba haciendo muy bien. Adelante con el plan.

—Pero él no sabía que vendríamos aquí —observó el de los *Reebok*—. ¿Cómo...?

Rodríguez lo adivinaría en cuanto pensara un poco. Y también iba a creer que Nicanor lo había calculado todo, así que lo mejor era no dejarle tiempo para reflexionar. Ángel, en cambio, parecía estar absolutamente dominado por la pistola.

—Ya han pasado seis minutos —dijo Nicanor—, hay que hacer algo. Ellos suponen que ustedes van a cortarme un dedo...

—No estés tan seguro de que se equivoquen en ese punto —advirtió el del FBI—. Después de Serafín, te toca a ti.

—Tratarán de hacer algo —continuó la víctima, imperturbable—, así que, como yo lo veo, lo mejor es que les tomemos la delantera. Chrissy y yo somos rehenes, ¿no? Entonces, utilícennos.

Sí, este era el método correcto para destruir el comando criminal. Que los secuestrados participaran, lanzaran ideas y arrastraran a sus captores no encajaba por cierto en las expectativas de Ángel y Rodríguez. Si las sugerencias parecían sensatas y se veían forzados a tomarlas, mejor aún. Sospecharían que Nicanor jugaba sucio, pero no podrían decir cómo. Y toda vez que ni el propio O'Donnell lo sabía, no quedaban resquicios por donde atraparle.

El derrumbe de Ángel saltaba a la vista. Por más que intentara torcer los hechos hacia tranquilizadores modelos fílmicos, la gente a su alrededor no había visto las mismas películas. Rodríguez actuaba como si todavía controlara todos los hilos, pero no era la primera vez que Nicanor le escamoteaba el liderazgo. Si Chrissy no lo cagaba ahora, el epílogo ya venía asomando la nariz.

—Utilícennos —insistió Nicanor—, Angelito a mí, y Rodríguez a la señora. La policía no se atreverá a disparar. Rodríguez titubeaba.

—Así lo haría un gentilhombre —dijo Chrissy de pronto—, echaría mano a cualquier recurso antes que rendirse.

—No me trate como a un idiota —replicó el cabecilla—, los gentilhombres no van por ahí con mujeres a guisa de escudo.

Chrissy encendió un *Marlboro*.

—Ah, ¿no?

Rodríguez siguió titubeando.

—Me gustaría saber por qué haces esto —le dijo a O'Donnell.

—No quiero tiroteos en mi casa.

Ocho minutos.

—No veo el Nissan —comentó Ángel.

—Por Dios —estalló Nicanor—, ¿dónde carajo crees que estás, en Los Ángeles? Esos de allá afuera necesita-

rían tres meses de papeleo para conseguir un carro japonés y quinientos dólares. Y todavía te exigirían un recibo. Confórmate con el Lada. Nuestra policía es amarga, pero es nuestra.

Como para confirmar sus palabras, en ese momento los sitiadores preguntaron por un megáfono si no les vendría igual un ómnibus Girón, nuevecito.

Aquello pareció decidir a Rodríguez. Se acercó a la ventana y gritó que iban a salir con los rehenes.

Ángel abrió la puerta. Serafín, prudentemente, buscó refugio tras un patrullero. Más allá había una nube de curiosos. Algunos policías, por la fuerza de la costumbre, exigían identificaciones a los más notorios.

Nicanor, con la pistola clavada en una tetilla, contempló con admiración a la cineasta. Aquella mujer quizás haría películas aburridas —como todos los directores europeos, para su gusto— pero era el único ser humano valiente del lado de acá. Desde el principio le había parecido que no se tomaba el secuestro enteramente en serio. Durante su hora privada, en el dormitorio, la impresión se tornó certeza. Y ahora, mientras Rodríguez se le pegaba demasiado, ella ni siquiera había tirado el cigarrillo.

Había tipos de azul aquí y allá, a izquierda y derecha, arriba y abajo.

—Hacia el Lada —susurró Ángel.

—Si vamos hacia el Lada, que parezca que vamos a cualquier otro lugar —dijo Rodríguez.

—¡Van hacia el Lada! —gritó Serafín en *off*.

Entonces ocurrieron muchas cosas. El frágil tabique levantado por la cordura de Angelito entre realidad y dramaturgia fílmica se rompió en mil pedazos, como los espejos de *La dama de Shanghai* o la risa infantil que

dicen matriz de hadas. La pistola interrumpió su camino hacia el interior de Nicanor y se lanzó a los grandes espacios. Los sitiadores, aquellos que escudriñaban papeles de identidad ajenos, los otros que en razón de su gordura o de su cargo permanecían en el interior de los coches patrulleros, y, desde luego, los más ágiles y operativos, se lanzaron como un solo policía a detener a ese hombre enloquecido que corría hacia otro hombre apendejado.

—Te mato —rugía el ex crítico de cine—, por mierda, por maricón y por militar. Te mato porque los buenos siempre vencen a los malos, y porque ni siquiera puedes alegar treinta dineros.

Quizás no dijo todo eso, pero indudablemente lo pensó. Hubo un tiempo bastante breve, cosa de dos segundos y medio, en que todo el mundo se olvidó de Rodríguez y Chrissy y Nicanor. Que se olvidaran de Nicanor era comprensible, era la historia de su vida. Pero que no repararan en el dueño de los *Reebok* corriendo hacia el viejo ingenio soviético, la mano de la cineasta perdida en la suya, sólo puede explicarlo la carrera mucho más espectacular y nociva de Angelito, feroz.

Sonaron uno, dos, tres, muchos disparos.

El secuestrador enloquecido cayó sobre la hierba, y el perro ceniciento del capítulo ocho reculó asqueado cuando unas gotas densas como lenitivo de farmacia o semen de becado, pero de un color protagónico en el espectro, le salpicaron el hocico.

Dentro de un carro patrullero, una bola de cristal con nieve y un castillito y un papá Noel que colgaba ante el parabrisas —recuerdo del paso de la mujer del usuario del carro por Berlín en sus años de estudiante— se convirtió en miles de mierditas filosas. Para llegar ahí y hacer

eso, la bala de Angelito pasó a diez centímetros, quizás menos, de la oreja derecha de Serafín.

El Lada salió de su encierro entre dos autos enemigos llevándose un trozo de parachoques y un faro trasero izquierdo, y dejando a cambio diversos fragmentos de plástico y metal barato. Cuando dobló la esquina tenía siete agujeros nuevos.

Tres minutos después, Nicanor cayó en la cuenta de que nadie lo había obligado a meterse en el Lada.

Tomaron un café, y a continuación Nicanor la invitó a su casa. La habitación del hotel sería mucho mejor, pensó Chrissy, pero no era de esa clase de viajeros que dicen conocer este país porque han nadado en un par de piscinas y pedido mojitos al *room service*. Era más bien de la clase de viajeros que se sienten subyugados por los misterios y los encantos de los nativos y dicen conocer este país porque se pasan unos días con una familia típica. Y también era un poco de la clase de viajeros que no quiere pertenecer a ninguna de las dos clases anteriores, pero no sabe cómo hacerlo.

En definitiva, fue a la casa del hombrecillo que le había estropeado la posibilidad de poseer el *Necronomicon*, porque había decidido acostarse inmediatamente con él. Aunque el tipo fuera homosexual, aunque tuviera un pene de bolsillo o, peor aún, aunque por la casa corretearan cuatro niños, una vieja mirara la televisión y Nicanor compartiera el cuarto con una hermana solterona con una pierna enyesada, de cualquier manera iba a tirárselo. No sabría decir por qué lo sabía, con certeza tan concluyente como la que se tiene de los hechos ya ocurridos. Si tuviera que comparecer en un programa de participación y alguien desenfundara el tema, habría echado mano a ideas tan profundas como su fe en la casualidad, en el

destino y en la fatal atracción de *Atracción fatal*. A eso, y a los ojos de Nicanor. Pero no se hallaba en trance de mostrarse ridícula para no desentonar, y no se le ocurrieron esos argumentos.

(Este era un defecto del guión: el móvil de la protagonista para enredarse tan abruptamente en esa historia. Simplemente, a esas alturas habrían transcurrido veinticinco minutos de película, y ya la europea y el tercermundista debían ir a la cama. Chrissy pensaba resolverlo con unos primeros planos de hormigas exudando feromonas durante la escena en la librería, pero no estaba convencida; le parecía ver a los críticos tecleando acerca de su inmoderado consumo de *Bugs*. Por otra parte, la verdad es que no tenía claro cómo se *muestra* eso.)

La vivienda de Nicanor no se caía a pedazos, ni podía emular tampoco con ciertas mansiones próximas al hotel. En todo caso, no arrojaba mucha luz acerca del origen de los billetes entrevistados en la cartera del propietario.

—Vivo solo —dijo el hombrecillo—. Mi esposa me dejó por un músico de la Sinfónica. Mi padre se ahorcó cuando a mi madre la aplastó un avión de Lufthansa.

—Oh.

Si aquello era cierto, el destino había sido bastante expeditivo con su familia. Claro que podía estar inventando, para inspirarle lástima y llevarla a la cama. Bueno, podía ahorrarse el trabajo.

En la sala descubrió algunos cuadros cuyos autores no se esforzó siquiera por identificar, pero que debían ser importantes. Al menos, tenían marcos lujosos. Y vio también un pez guanábana, más grande y hasta más espinoso que el de la librería.

—Oh, ese pez...

—Es suyo.

La gentileza de los nativos era una de las virtudes con que mercaba una revista manoseada en el avión. Gentileza, valor, espíritu de sacrificio, buena disposición para el baile y meneos equivalentes. En el caso de Nicanor, la característica número uno debía primar sobre las demás.

—No puedo aceptarlo —dijo la protagonista, y como sintió la necesidad de explicarse, añadió un argumento rotundo, bien que de fuerza tangencial—. Mi padre era piloto de Lufthansa.

—Estoy seguro de que habrá sido un gran piloto —replicó el hombrecillo, magnánimo—, venga, tómelo. Me hará feliz.

Chrissy razonó que un individuo cuya felicidad se centraba en la repartición al voleo de vertebrados espinosos difícilmente conciliaría esas actividades con la violación de turistas de mediana edad, armadas justamente con peces de aspecto mucho más amenazador que una segur o una Colt. Bien, admitámoslo. No todos los latinos serán amantes latinos. Si le digo lo que quiero y accede, ¿cuál de las virtudes de su idiosincrasia asumirá el liderazgo? ¿La disposición para el baile... o el valor, el espíritu de sacrificio?

—Bueno. La verdad es que su pez me encanta —dijo, pensando que la originalidad del doble sentido implícito tendría que abrir una claraboya al entendimiento. Lo pensó de veras. No era culpa suya, no sabía que ya los taínos empleaban ese tipo de sutilezas.

—¿Desea beber algo?

—Agua, por favor.

Nicanor fue a buscarla, sin salir de su campo visual.

—Lo siento, no está muy fría. Hubo un corte de electricidad por la mañana.

—No se preocupe. Demasiado fría no calma la sed. La prefiero a la temperatura ambiente, como una **zopa** de...

Chrissy había querido decir *sopa*, pero dijo **zopa**. Ceceaba selectivamente. En cualquier lengua que pronunciara esa palabra, le salía arrastrada, sedosa, lasciva. No podía evitarlo. Tampoco lo premeditaba. Por lo general, sus interlocutores ni siquiera notaban el desliz prosódico.

Diez segundos más tarde, Nicanor la había arrojado al suelo, desnudado espasmódicamente, forzado a adoptar la posición en que los musulmanes se abandonan a otra clase de éxtasis, y ahora mismo le estaba embutiendo el pene en el culo. Un pene con una textura similar a la del pez guanábana.

—Dilo, puta —jadeó el anfitrión—, di **zopa**. **Zopa**...

—Escaparon —dijo el investigador tratando de mirar a otra parte. El salón de reuniones estaba colmado, así que sólo pudo salirse con la suya mirando el acondicionador de aire. Era feo y soviético. Todavía funcionaba bastante bien, aunque haciendo tanto ruido que su proximidad solía obrar un efecto disuasorio en interrogatorios prolongados.

El productor del ICAIC, el secretario de la embajada, Olivier, dos actores —Hermann y Chrissy en el guión—, la amiga de Chrissy recién llovida del aeropuerto y el propio Serafín lo contemplaron con la desconfianza innata de los civiles hacia cualquier policía tridimensional. Luego desviaron la vista hacia el acondicionador de aire, para regresar enseguida al desventurado detective.

—¿Debemos entender que el tal Rodríguez y el tal Nicanor rompieron un cerco en que participaba una treintena de efectivos profesionales, que arrastraron a

Chrissy ante sus narices y encima de eso que burlaron la persecución... en un Lada?

—Claro que no deben entenderlo. Yo tampoco lo entiendo. El problema es que así ocurrió. Y...

—¿Y qué?

—En la vida real, los Ladas no son tan malos.

Aquella declaración, en particular, tuvo el efecto de soliviantar a los europeos. Muy especialmente, al secretario de la embajada.

—Creí que en cincuenta años había oído cosas asombrosas —dijo, con una ceja enarcada hasta la raíz del cabello—, que sucesivas misiones en Dublín, Tel-Aviv y Beirut lo curaban a uno de sorpresas. Cuando salga de aquí me iré de vacaciones al cráter de un volcán activo.

Olivier levantó la mano, como un niño educado. El investigador reparó en que, para hablar, consultaba una agenda bien alimentada con pulcras caligrafías.

—Hay algo en su relato que no acabo de entender... Verá, usted afirma que Nicanor es también una víctima. Eso deja únicamente a Rodríguez en el bando de los malos. Pero era Ángel quien tenía la pistola, ¿no es cierto? Me pregunto cómo se las arregla un hombre solo y desarmado para mantener cautivas a dos personas jóvenes, fuertes y deseosas de escapar. Y sólo se me ocurre que, o bien los amenaza con un arma cuya existencia desconocíamos, o uno al menos de los prisioneros está colaborando con el secuestrador.

El detective miró a Serafín.

—No hay otra pistola, estoy seguro.

—Cuando hablé de la posibilidad de un arma oculta no quise significar necesariamente un objeto mortífero —replicó Olivier—. Podría tratarse de algún secreto que las víctimas no desearían ver expuesto. O de la amenaza

de represalias por parte de ese misterioso cómplice, de ese eslabón suelto cuya existencia me permito recordar.

—No lo hemos olvidado —dijo el investigador—, pero Serafín no lo conoce. Pensamos que podría ser alguien vinculado al ICAIC.

El productor del ICAIC manifestó su desacuerdo.

—¿Qué hay del secuestrador capturado? —intervino el actor macho, en un español que sólo podría ser transcrito como hojarasca informática—. ¿Ya lo hicieron hablar?

—Ángel no hablará en semanas. Está inconsciente, y los médicos sólo garantizan su vida si mantiene un reposo estricto. Me temo que habrá que buscar por otro lado. De cualquier modo, yo me inclino por la segunda de las hipótesis expuestas. Es muy probable que Nicanor haya devenido cómplice de Rodríguez.

Serafín explicó que Nicanor había formulado algunas valiosas recomendaciones a la célula criminal, y que a él mismo le dio dinero para una pizza.

—Imaginen a un individuo que se entera de que ha sido secuestrado durante una experiencia piloto —prosiguió el detective— y cuán duro puede ser el golpe para su autoestima. Paso a paso, buscará colocarse en un sitio protagónico. A mi juicio, es ahora cómplice de Rodríguez, y probablemente participó en el secuestro de Chrissy. Tengan en cuenta que ofreció su casa para esconderla. Por lo demás, algunos de mis hombres aseguran que, durante la fuga, Rodríguez arrastraba a Chrissy, en tanto Nicanor ganó el Lada por impulso propio.

—Si sus hombres vieron eso, ¿por qué demonios no hicieron nada?

—Pero si ya le dijimos. Todo ocurrió en un segundo. Ángel disparó, y había que detenerlo...

—Pues a mí —dijo la amiga de Chrissy— lo que me resulta asombroso es el móvil del secuestro. ¿Todo este jaleo por un título nobiliario?

(Hanna le prometió a su amante que volaría al Caribe al término del curso escolar, pero al prometerlo ya tenía su billete de avión en el bolsillo. Gozó anticipando la sorpresa de Chrissy. Y si de algo no cabía dudar era de que Chrissy se había llevado una sorpresa enorme.)

—Nosotros no tenemos muchos condes y duques por aquí— reconoció el investigador— y si a eso vamos, muchas guerras empezaron por menos.

—A mí me suena como la externalización de un complejo de inferioridad ante caducas estructuras de poder del Primer Mundo. Sin ofender.

—Es un móvil tan bueno como cualquier otro —añadió Serafín, ofendido— y un móvil... pues eso, noble.

—No desviemos la conversación —terció el productor del ICAIC—, ahora lo urgente es encontrar a Chrissy. Su vida está en juego. Y no sólo su vida. Cada día perdido son decenas de miles de dólares tirados a la basura.

—Me alegro de que lo mencione —dijo Olivier—. ¿Quién va a asumir esos gastos? Nosotros no, desde luego. En definitiva, es su país.

Los cinco minutos subsiguientes escoraron hacia un áspero debate financiero. Entonces apareció el subordinado silencioso, trasladó un secreto a la oreja del investigador, y volvió a salir.

—¿Qué ocurre? —preguntó la actriz, en inglés. Como sus escenas en los *sets* locales eran esencialmente eróticas, no se había visto forzada a aprender demasiado español.

—Ha aparecido el Lada. Vacío, naturalmente.

—¿Dónde?

—En el parqueo del ICAIC.

Hubo un silencio.

—Rodríguez estará buscando a su cómplice misterioso —dijo Olivier.

El productor del ICAIC se desabrochó dos botones de la camisa. El acondicionador de aire trepidó, agriado, y dejó de funcionar.

—¿Adónde podemos ir? —preguntó Rodríguez.

—A la piscina. Necesitamos tener la cabeza fresca. Nadie nos buscará ahí.

Habían dejado el Lada en el parqueo del ICAIC, no tanto para despistar como porque se terminaba la gasolina. Chrissy sugirió que fueran al hotel. Y, ya en el hotel, la hemos escuchado proponer la piscina.

—No tengo trusa —dijo Rodríguez.

—Yo sí —dijo Nicanor—. Como voy poco a la playa, a veces la utilizo como calzoncillo. Hoy es una de esas veces.

—Tranquilo —dijo Chrissy, palmeándole un hombro al propietario de los *Reebok*—. Te compraré un traje de baño.

Compró uno, con gaticos amarillos sobre fondo magenta, y Rodríguez se metió en el baño para meterse en él. Salió caminando como un *cowboy* deshonorado.

Alrededor de la piscina vivaqueaban tres o cuatro barriles de loción para el sol. Chrissy se desnudó exquisitamente. Nicanor echó una experta mirada de *voyeur* a sus tetas diáfnas y sus nalgas nutritivas, que parecían pedir a gritos un toque de *catsup*, y necesitó cosa de diez segundos para descubrir que las primeras eran más libres que las segundas.

—Espero que no esté prohibido bañarse en *topless* —dijo la cineasta. Del kiosco de bebidas llegó un ruido de cristales rotos.

—Claro que no —dijo Nicanor, decidido a estrangular a quien osara contradecirle.

Rodríguez se mostró por primera vez ante el mundo sin sus *Reebok*. Sus pies eran largos y pálidos, como alas de un pollo desplumado, y olían como el mismo pollo una semana más tarde. Quiso solucionar el problema lanzándose enseguida al agua; desgraciadamente, los *Reebok* no lo siguieron.

Hay algo irreal aquí, pensó Nicanor mientras buceaba hasta el fondo, con los ojos abiertos para no perderse un segundo de Chrissy. Aún estamos técnicamente secuestrados, y véannos nadando en la piscina de un hotel caro con el único sobreviviente del comando responsable. Puedo salir ahora mismo y denunciarlo. O mejor, decirle que me largo y cumplir mi palabra. Sin embargo, no lo hago. Chrissy tampoco lo hace. Urgh.

Nicanor sacó la cabeza del agua, respiró con brío y miró a los otros. Pensaban lo mismo.

—Vamos a una sombrilla —dijo Chrissy—, ya es tiempo de hablar.

Ocuparon el sitio más apartado, a tres metros de un ario larguísimo, diríase catador de potros de tortura, que apostrofaba a alguien oculto en un telefonito móvil. Rodríguez llevó su calzado todavía más lejos y lo disimuló como pudo. Nicanor y la mujer aprovecharon para confiscar las únicas sillas disponibles. Corría una brisa deliciosa.

—Sigo pensando que aquí podrían reconocerte —dijo Rodríguez, sentándose al borde de la alberca y metiendo los pies en el agua.

—No lo creo. Lo más probable es que la gerencia aún no sepa del secuestro, y los chicos del equipo estarán trabajando, o en la embajada, o con la policía. Por otra parte, no querrás que me quede sin ropa, sin dinero. Todas mis cosas están aquí.

—¿Pretendes subir a buscarlas?

Chrissy lo contempló en silencio. Rodríguez fue el primero en rendirse. Aquellos pezones lo desarmaban.

—Vamos a ver. ¿Cuál sería tu propuesta? Tú eres el secuestrador.

Rodríguez pateó con furia, levantando olitas inocuas.

—Ando escaso de opciones, ¿no les parece? Serafín chivateó, Ángel está herido... Preferiría que fuéramos directo al grano. Hice todo esto por ti. O bueno, por el título.

Chrissy miró a Nicanor. Nicanor asintió.

—Díselo.

—¿Decirme qué?

Muchos siglos atrás, los condes de Kohl habían manufacturado una variante de la Ley Sálica para regular el paso del título de nobleza de una generación a otra. En esencia, ninguna mujer que contrajera matrimonio con un extranjero, un plebeyo o un literato —codicilo este último sugerido por Hans Kohl en el siglo XVIII, en circunstancia en que su hija Regina fuera vista en público tres veces con Friedrich von Schiller; al conde Hans, más que la fragilidad de la virtud femenina, le inquietaba el *Sturm und Drang*— podría inocularle su rango al esposo; sólo al hijo, y esto en caso de demostrarse que la díscola señora carecía de hermanos e incluso primos varones, de ley o bastardos, en condiciones de hacer tremolar su candidatura. Pero había más: si se sucedían tres generaciones de frutos débiles, con la tercera

encartada se perdería definitivamente el título. Esta eventualidad, altamente improbable, no ocurrió nunca... hasta ahora. La abuela de Chrissy tuvo una hija, la madre de Chrissy. Y Chrissy no tenía hermanos. A menos que un *deus ex machina* encarnado en descendiente masculino asomara la nariz desde alguna rama colateral, Chrissy sería la última condesa de Kohl.

—La Ley Sálica solía ser prerrogativa de reyes —continuó la cineasta—. Los monarcas de Francia y España la usaron para evitar que el trono pasara a manos extranjeras por la vía del matrimonio. Ahora bien, los condes de Kohl siempre dijeron descender de reyes... de la dinastía shakri, una civilización perdida de Afganistán, llegada a Europa con el ejército huno. Es una larga historia. Lo cierto es que el escudo de armas de Kohl tiene una flor en campo de gules; *xochín*, la flor genérica de los shakri.

Un tatarabuelo de Chrissy había emigrado a Norteamérica en el siglo XIX, un año antes del estallido de la Guerra de Secesión. Después de traicionar al general Ulises Grant, no volvió a saberse de él. Era muy probable que hubiese muerto enseguida; en caso contrario, sus hipotéticos descendientes serían los únicos mortales con derecho a ostentar el rancio título.

—Y eso podemos descartarlo —concluyó la mujer—, de manera que no hay procedimiento legal que salve el escudo de Kohl. No puedo vender el título, ni pasarlo a mi hijo, ni cambiarlo, ni donarlo al Tercer Mundo, ni aun cederlo bajo tortura. Y créanme que desearía hacerlo. Siempre he odiado a la aristocracia, y muy particularmente mi estúpido apellido.

Rodríguez se tiró de cabeza al agua.

—Debe ser duro —dijo Nicanor.

—Lo es —admitió Chrissy—, pero sabes que no podía hacer otra cosa.

—Es extraño. Cuando me lo contaste, allá en mi cuarto, me resultó gracioso. Que Rodríguez hubiera hecho el ridículo todo el tiempo parecía una buena venganza. Ahora... bueno, creo que le tengo lástima.

—No, no es eso. Lo admiras. Por eso seguimos con él, ¿no es cierto?

Nicanor asintió, maravillado. Durante un par de minutos pensó que Chrissy era especial. Luego, súbitamente, registró el hecho de que el secuestrador aún no emergía.

Lo sacaron a viva fuerza. Estaba un poco morado, pero respiraba.

—Debieron dejarme adentro.

—No jodas.

—¿Por qué no me lo dijeron antes? Ángel murió por su culpa.

Chrissy se plantó frente al dueño de los *Reebok* y lo abofeteó.

—Eso es injusto. ¿Me hubieras creído, me hubieras prestado atención siquiera si te cuento todo esto con la policía rodeando la casa? ¿Me hubiera creído Ángel, con una pistola en la mano y loco por usarla? Yo podría decir que tu amigo murió por tu empecinamiento en ganar un lugarcito en los libros de heráldica. Por esa comemierdería de la aristocracia.

Rodríguez tomó a Nicanor por los hombros.

—Escondí una grabadora en tu cuarto cuando entraste con Chrissy. Dime que le confesaste algo comprometedor. Dime que le explicaste por qué fuiste a secuestrarla con nosotros. Dime por lo menos que te acostaste con ella.

Nicanor se desasíó.

—No nos acostamos. Y acerca de esa grabadora... Bueno, la verdad es que nos dimos cuenta en el último momento, y destruimos el cassette. De todos modos, creo que no habíamos hablado de temas comprometedores, pero por las dudas... En su lugar, pusimos uno de Chrissy.

Rodríguez corrió hacia sus ropas, exhumó la grabadora y presionó el *play*. Empezó una música inconfundible.

—El *Buenavista Social Club* —dijo Chrissy—, número uno en Alemania.

—Ya estamos cerca —había dicho Luis. Treinta y cinco jornadas más tarde, Eduardo comenzaba a sospechar que, por una vez, el juicioso cazador se había mostrado irresponsablemente optimista.

Era un día plumizo y desagradable, en una sucesión de días plumizos y desagradables. Los cuatro cazadores atravesaban un país de arcadas rocosas, sin otra vegetación que eventuales *bonsais* en macetas. El calor, en manadas sin número, se mantenía todo el tiempo a tiro, y eso compensaba un tanto las características más inquietantes de la geografía local. Por ejemplo, el volumen del sonido. Cualquier leve rascado convertíase allí en estruendo, un susurro en fragor de combate, un paso en la caída de un templo, en tanto que un grito hubiera partido en dos el mundo. La menor conversación traía aparejada la posibilidad del desplome de las estructuras cercanas, y con ellas, de las frágiles corduras de los hombres, ya amenazadas por la forzada abstinencia, por el ayuno de diálogos. Incluso los pensamientos resonaban dolorosamente en la intimidad del cráneo.

Lo peor era no tener destino. Ni Jorge, ni David, ni aun Luis o Eduardo sabían a dónde los llevaban esos pasos de espía, de marido ultrajado. Simplemente, se mantenían en movimiento para no encajar la verdad, para

no explorarla de la cabeza a la cola. El Señor del No y la hoja del Árbol podrían estar en cualquier parte... incluso en aquella dirección. Con cinco días de margen hasta la desaparición del guardián de la tribu y de la tribu misma, más les valía abrigar siquiera esa esperanza.

Y, por los dioses, *realmente* estuvieron cerca... en el País de los Sonámbulos, cuando no los separaba del nativo de Baahan sino el largo de un brazo extendido. Sólo que no pudieron extenderlo. No con el Emperador, los dignatarios y los guardias en torno suyo, encandilados con la promesa del Gran Despertar que un ridículo interdicto había mantenido hasta entonces fuera de su alcance. Tras la revelación de la identidad del Señor del No, los cazadores cerraron los ojos, convencidos de que el espectáculo de su propio tormento, según el programa diseñado por el Emperador, resultaría particularmente ingrato a la vista; volvieron a abrirlos cuando el suelo empezó a moverse. Aquellos segundos habían bastado para que las prioridades se reordenaran: de improviso, millares de Sonámbulos movieron un pie y el otro, y corrieron. Todas esas fuerzas aplicadas al unísono en el interior de un edificio esférico convirtieron al palacio en un vulgar canto rodado. La piedra hueca echó a rodar, y rodó hasta el Mar Negro. Allí flotó unos segundos, el brevísimo tiempo que necesitó el café para hacer saltar las ventanas e irrumpir en el gran salón imperial.

Los confites sobrevivieron, junto a dos o tres decenas de Sonámbulos en trance. No volvieron a ver al Señor disfrazado, al nativo, al grosero anciano ni a su Emperador. Huyeron por las calles de una ciudad que los ignoraba, y ninguno pudo decir más tarde cuánto tiempo les tomó alcanzar la Primera Piedra, la Torre sin Fin. Días,

tal vez semanas, pues el cilindro negro venía a su encuentro cuando los tres saltaron a su pulido remate y se abrazaron para hacerse sitio.

David sí lo sabía. Habían estado arriba exactamente media hora.

—¿Cómo que media hora? —se sublevó Jorge—. ¿Qué clase de orgía tuvieron ustedes? Medio año, querrás decir.

—Su amigo no miente —dijo uno de los Mal Hablados, señalando una oblea que le pendía del cuello—. Este reloj es obra de artesanos de Laghar. No falla. Treinta y dos minutos con seis segundos, para ser precisos.

—No comas mierda —recomendó Jorge con ferocidad. El mercader optó por quedarse callado.

—Ahora sí la jodimos —dijo Eduardo, después de otra media hora, empleada en contarle a David y los comerciantes sus aventuras en el País de los Sonámbulos—, perdimos al Señor del No. La Gran Puta nos indicó el camino hacia la respuesta. *Una* respuesta. Y dejamos escapar al cabrón. No tendremos otro chance.

—Yo no diría eso —comentó Luis—. Mira, aún disponemos de cuarenta días y una Casualidad. Si el País del Señor del No está en ninguna parte, tanto da buscarlo allá arriba como en el Confín. Acerca de que exista una sola respuesta... mira.

Y señaló la sombra de la Torre shakri. Se extendía hacia el este.

—¿Por qué no?

Jorge miró a Eduardo. Luego todos se miraron entre todos.

—Algo me dice que ya estamos cerca —dijo Luis, y ahí terminó la conversación.

Desde entonces habían transcurrido treinta y cinco días. Los Mal Hablados los acompañaron durante algu-

nas jornadas, pero luego tuvieron que desviarse hacia el sureste.

—Si alguna vez necesitan buenos consejos comerciales, no duden en buscarnos. Les haremos unas rebajas encojonadas.

Al final del día número ochenta y cinco, los cazadores llegaron al final del bosque de piedra, y pudieron otra vez gritar a sus anchas. La frontera, aunque invisible, era tan consistente como una empalizada; un paso atrás o adelante marcaba la diferencia entre el silencio y la alharaca. Estuvieron hablando hasta muy tarde, saciando el deseo de expresar las ideas nacidas en la travesía del País a Todo Volumen, y descubriendo que ninguna de esas ideas valía la pena de ser expresada.

—Admitámoslo —dijo Eduardo, cuyo humor se encapotaba periódicamente, según ciclos cada vez más cortos, y que nunca había dejado de sentirse responsable de la desgracia de su clan—, somos la gente equivocada. No puede decirse que tengamos más valor o más inteligencia que el cazador promedio. Y la única ventaja del cazador promedio sobre la víctima promedio es un poco de moral.

—Quizás todo sea un sueño —propuso Jorge—, ya saben, de pronto nos despertamos en la aldea, y todos están allí, y el Árbol también, con sus hojas intactas, y no ha pasado nada. Y las mujeres nos sirven la cena y hay una fiesta, y las mujeres bailan, y bebemos licores y música, y después las mujeres...

—Cállate —dijo Eduardo.

—No me callo. ¿Te atormenta recordar a las Amazonas de Miel y Leche? Yo ni siquiera podría decir cuántas tetas tienen las mujeres corrientes.

Al amanecer descubrieron dónde estaban.

Fue David el primero en advertirlo. Tras un par de horas de marcha, se detuvo, miró al horizonte, se contempló las manos, y carraspeó.

—Esto es... el País de Espuma.

Los otros tardaron un poco en comprender, aunque unos pasos adelante todo era blanco. Al fin, Jorge levantó la nariz y olfateó como una víctima.

—Tiene razón. Estamos en casa.

—No puede ser —dijo Eduardo—, nunca oí de un bosque de arcadas en las lindes del País.

—La verdad es que siempre salíamos a cazar en dirección a los Oasis, a las Grietas.

Un rato después no hubo ya duda posible. La espuma se les vino encima, retozando como un perrillo. El aroma de las rocas vírgenes inundó sus fosas nasales, el aire se hizo gélido y duro, los colores del mundo replicaron los de días pasados y felices. Encontraron una Grieta, y huellas del paso de caravanas. Comieron.

—Quizás todo fuera un sueño —insistió Jorge.

Eduardo se descubrió pensando que Jorge podría tener razón. A su alrededor, la espuma era la misma que durante generaciones protegió a la tribu de las incursiones de los bárbaros del sur; la misma en que el calor cavaba hondas y retorcidas madrigueras para burlar a los cazadores. La tribu esperaba. La tribu eterna. ¿Y si todo el periplo a través de países remotos no ocurrió más que en su mente, no fue sino una alucinación inducida por la fatiga? ¿Acaso sus aventuras entre los Sonámbulos no resultaron brevísimas desde la perspectiva de David y los mercaderes? ¿No era este un signo de que tendrían que descreer de la experiencia?

—Lo sabremos al ver el Árbol —dijo Luis.

Ese mismo día avistaron el guardián de la tribu. Se alzaba en el sitio de siempre, y mientras se aproximaban casi pudieron columbrar a los chicos de la tribu correteando en torno al añoso tronco, a las muchachas disponiendo guirnaldas en sus ramas, a los guerreros vivaqueando a la sombra milenaria. Casi supieron que Tres y el Señor del No eran tan imposibles como las Mujeres de Miel y Leche o los Sonámbulos en desbandada.

Pero el Árbol estaba enfermo, y desierta la plaza de la aldea.

En realidad, no enteramente desierta. Vieron un hombre sentado entre las enormes raíces. Un hombre vestido con una chilaba a rayas y calzado con polvorientas sandalias. Eduardo reconoció al comerciante a quien le cediera su amuleto a cambio de tres Casualidades.

—Los esperaba —dijo el Señor del No.

El hombrecillo deflagraba con el ceceo de Chrissy. Y, al incendiarse, la penetraba inmediatamente. Por el culo, en ocho ocasiones sobre diez.

Con Hermann la vida sexual de Chrissy era un gris y correcto, y esporádico, intercambio de fluidos. El sudor no contaba entre ellos; Hermann jamás sudaba, y a pesar de sus tómulos de cassetes porno, muy rara vez introducía variaciones metodológicas. El culo de Chrissy lo conocía apenas de oídas. Y el ceceo ni siquiera lo notaba.

Nicanor sudaba como una cerveza. Y se introducía en Chrissy con una ferocidad que la literatura solía conceder a los depredadores. En cualquier momento, en cualquier circunstancia en que el deseo latiera en el interior de la narratóloga, bastaba con sacar a colación la zopa, y

de inmediato el pene de Nicanor se proyectaba como la lengua de un lagarto.

—Es algo emparentado con el vampirismo —decía Chrissy—, con la licantropía. Con Jekyll y Hyde.

(El guión dedicaba cosa de diez páginas a escenas eróticas concebidas fotográficamente como una mezcla de Kieslowski con Tinto Brass.)

La Semana de Literaturas Posibles de Berlín pasó a un plano equivalente, en el sistema de prioridades de Chrissy, a la preservación de la fauna pelágica en la fosa de las Marianas. Iba todas las noches a la casa de Nicanor, luego añadió un turno extra a media mañana, hasta que se encontró viviendo con su amante, y fornicando tanto bajo techo como encima de él.

Chrissy develó enseguida el misterio de la solvencia del hombrecillo. Nicanor se ganaba la vida escribiendo historias fantásticas. Bueno, esa era la arista romántica. La otra, la principal, se vinculaba a la grabación de cassettes en un estéreo japonés que la Lufthansa le había obsequiado a manera de compensación. Cobraba un dólar o su equivalente por cada cassette; en tiempos holgados, como el presente, limitaba su clientela a cierta élite, y su oferta a la música que tenía por buena —*pop* anglosajón de los sesenta y setenta—, rechazando con desdén a los clientes que le preguntaban si no tendría algo de salsa; en épocas duras transaba con la salsa, aunque, en venganza, introducía defectos en la grabación. Su concepto de lo bello podría rivalizar en intolerancia con un restaurante vegetariano.

Sus historias fantásticas no tenían, en verdad, tanta demanda como su archivo sonoro. Después de una semana, permitió a Chrissy leer el texto que a la sazón pergeñaba, algo acerca de una tribu de cazadores, un

Árbol Genealógico y un perverso Señor del No, empecinado en despojar a los primeros de una porción del segundo. Chrissy le dijo que la novela tenía algunos momentitos de luz, pero que prometía mucho más de lo que entregaba. Nicanor se enfurruñó, y le dijo que los críticos siempre serán críticos, dotando a la palabra de un matiz tan ofensivo que Chrissy le cortó el suministro de zopa por doce horas. Después se reconciliaron, y, para mostrar que en los críticos late una arteria creativa, la narratóloga llamó Árbol Genealógico al pene de su amante, suscitando la primera eyaculación precoz en su historial amatorio.

En la página noventa, el guión introducía la consabida riña entre los amantes. Todo por el *Necronomicon*, que reaparecía. La idea era utilizar el libro negro como un símbolo de las pasiones desatadas, de las zonas inexploradas en el mapa del corazón humano. Al final, los amantes volvían a encontrarse, y la película terminaba con un plano cerrado de un plato de sopa, mientras Chrissy pronunciaba en *off* un discurso acerca del respeto al Otro.

Había un final alternativo, en que Nicanor se curaba del fetichismo por el ceceo y la consiguiente embestida anal, pero era entonces Chrissy quien se volvía una virtuosa del *fellatio* al escuchar la palabra democracia. Fue desechado porque la actriz sufría una rara alergia bucal que la forzaba a privarse de ciertas experiencias, como la succión masiva de penes y ostras.

Y antes hubo otro final, en que los amantes simplemente se casaban y eran felices. Pero es sabido que las historias sin conflicto nunca funcionan en el cine.

—Ya lo decía yo —comentó Luis—, que estábamos cerca, cerquita.

Jorge y Eduardo habían empuñado sus armas. El Señor del No metió una mano en la túnica, y Jorge lanzó instintivamente una azagaya. El proyectil atravesó la figura listada y se encajó en una gruesa raíz del Árbol.

—Sólo quería rascarme los huevos —dijo el comerciante—. No soy de los que ocultan puñales en la ropa interior. Por demás, herir las raíces de vuestro guardián habrá seguramente truncado un par de dinastías en algún reino lejano. Les aconsejo que no la tomen con él.

Jorge, avergonzado, murmuró algo acerca de sus nervios.

—De modo que hemos dado contigo, al fin y al cabo —dijo Eduardo—. Bien, así nos ahorramos el viaje de regreso. Si nos entregas la hoja por las buenas, esto terminará enseguida.

—Primera corrección: soy yo quien los encontré, y no a la inversa —puntualizó el Señor barbudo—. Segunda corrección: no eres tú quien pone las reglas. Ahora bien, en lo tocante a que esto terminará en breve, me siento inclinado a darte la razón.

Se acercó a los hombres, que permanecieron inmóviles, profundamente acobardados.

—Fue un cambio justo. Me parece recordar que perdí tres excelentes Casualidades en el trueque. No los obligué, no los engañé con mercancía inservible. La hoja es mía. Ustedes se dicen cazadores, mas yo soy un comerciante, y les aseguro que así funcionan las cosas...

—Escucha —dijo Luis, escogiendo las palabras con la minuciosidad de un comprador de esclavos—, lo que sabemos de ti es bien poco, y ¿cómo diría yo? un tanto oscuro. Críptico. No tenemos idea de lo que te traes, ni del motivo que te llevó a burlarte de nosotros en el País de los Sonámbulos. Lo que sí resulta claro es que muy

pronto terminará el plazo para salvar la tribu a que pertenecemos. Nos queda una Casualidad, podemos devolvértela. Por favor. Hay vidas inocentes en juego. Niños. Ancianos.

—Mujeres —acotó Jorge.

El Señor a rayas meditó un buen rato.

—¿Por qué piensas que los ancianos son inocentes? En su juventud cometerían seguramente algunas buenas cabronadas...

—Se está divirtiendo— estalló Jorge—, se ha divertido desde el principio. El nombre lo dice, ¿no? El Señor del No...

Y blandió otra jabalina. El comerciante se apartó del Árbol.

—Un momento. No creerán que los he esperado sólo porque no tenía con quién hablar, ¿verdad? Quiero darles una oportunidad. Ofrecerles un trato. Quede claro que no tenía por qué hacerlo, pero en el palacio del Emperador de los Sonámbulos se me ocurrió que de algún modo les debía una escena clímax.

Eduardo se frotó las mejillas. Pronto llegaría la noche, y la urgencia de masticar unos trozos de calor. Claro que si aceptaban la proposición del barbudo —tendrían que aceptarla, naturalmente— y fracasaban, lo mejor sería olvidarse del calor y de la música y echarse a morir. Solos y vencidos, a la sombra del Árbol agonizante. Por los dioses, qué fácil salía sentir lástima de uno mismo...

—Ese maricón, Tres, les dijo que existo en ausencia, que mi reino desafiaría al mejor cartógrafo, que no soy hombre ni dios. Pero no les explicó, en definitiva, lo que significa el No.

—No.

— Por algún motivo, la gente cree en la virtud del Sí. Ahora bien, el monarca que asiente cuando el verdugo

levanta el hacha, ¿es mejor que el que perdona a la víctima? No, claro que no. Y el cobarde que de pronto encuentra fuerzas para enfrentar al sátiro que se dispone a violar a su mujer, ¿qué dice? No, y mil veces no.

—Está bien —concedió Jorge, todavía afectado por el último ejemplo—, no eres bueno ni malo. Eso también lo sabíamos.

—Esa ambigüedad es lo que me jode —confesó el barbudo—. ¿Qué ocurriría si existiera el No en estado puro? ¿Si tuviera un epicentro, una sede, un punto matriz... un sitio en que cualquier pregunta sólo pudiera tener No como respuesta? Decidí que valía la pena intentarlo, y fui adonde los dioses con el proyecto. Me concedieron noventa días. Era un plazo razonable para que surgiera cualquier obstáculo, para que el universo encontrara una fuerza o una objeción que oponerme. Lo más parecido a eso son ustedes.

—¿Por qué el Árbol Genealógico? ¿Por qué no buscar otro enclave para el No?

—El Árbol es principio sin fin. Bebe del Origen, y no puede morir... en tanto haya hombres empecinados en reproducirse. Para eliminar ese obstáculo, necesitaba poseer una simple hoja. Véanlo de esta manera: se trata de aprovechar la vieja maquinaria para nuevos fines. Con el No enraizado aquí, el Sí tendrá que replegarse definitivamente ante su empuje. Oh, será un gran cambio.

Eduardo deseó tener a mano un calor monstruoso para hincarle el diente. Tras el discurso del Señor a rayas, incluso su espíritu estaba amoratado.

—Será mucho más que el fin de la tribu. Será el fin del mundo.

—Claro. Al menos, del mundo en que el Sí tiene la mitad de las probabilidades. Sólo que Tres no podía de-

círselo, tenía que insistir en que se trataba únicamente de la aldea. Cuando hay que salvar el mundo, la gente siempre espera que lo hagan otros.

Era verdad. Era una verdad como un templo con la inscripción *Hoy no creo en Dios; mañana sí*.

—En una palabra, no pueden quejarse. El universo presente tuvo su oportunidad. Me instalé en el País de los Sonámbulos y esperé allí por sus campeones; luego, vine acá, tuve tiempo para reflexionar, y preparé una verdadera batalla. La batalla final.

David rompió a llorar.

—¿Cuál es el trato? —preguntó Luis, tartamudeando apenas.

—Por espacio de una hora, tratarán de destruirme. Al instante de conseguirlo, la hoja volverá a su sitio, en el Árbol. Si soy yo quien obtiene la victoria, dejaré con vida al último de ustedes. Necesito un hombre y una mujer para... bueno, para poblar el mundo del No absoluto.

Naturalmente, hubo un silencio.

—Eso es ridículo —protestó Jorge—. Para empezar, ¿por qué una hora? Faltan tres días.

—Faltan cincuenta y ocho minutos. A medida que se reduce el plazo, el tiempo enloquece. Quizás lo hayan notado antes de ahora.

—Pero sabes que no podemos matarte —objetó Luis—, las armas pasan a través de tu... cuerpo sin hacerte daño.

El Señor del No instaló cuidadosamente un reloj dorado en una rama del Árbol, a la vista de todos.

—Eh... tengo un punto vulnerable. Es todo lo que puedo decirles.

Eduardo también tenía una pregunta.

—¿Quién sería la mujer?

—La Gran Puta.

Eduardo desenvainó su espada y saltó sobre el comerciante. Su grito de rabia encendió en los otros, si no el fervor guerrero, al menos el deseo elemental de supervivencia.

La espada del cazador trazó un desmelenado zigzag sobre el cuerpo enemigo

... y no ocurrió nada. Evidentemente, el punto débil, si en verdad existía, tendría que ser esquivo y pequeñísimo.

—Cincuenta y cinco minutos —recordó el Señor del No.

Una voz tímida susurró en el interior de Eduardo que ella sabía. Pero Eduardo no escuchó lo que vino a continuación, aunque de algún modo fue consciente de que no todos sus sentidos estaban pendientes del combate.

En la mano del mercader apareció una espada azul. La mitad anterior de su hoja lucía tenue, nacarada; el extremo parecía bien sólido. Luis lo comprobó enseguida, cuando el filo del arma lo alcanzó en el muslo derecho.

La luz del día empezaba a declinar, pero lo que se aprestaba a reemplazarla no era la noche. Manadas de calor aterrado salían de sus madrigueras y avanzaban, espoleadas por el instinto, hacia el Árbol, hacia los hombres. La carne sobre los huesos, más que enfriarse, moría. Eduardo sólo escuchaba la sangre en su puño, y mucho más débilmente en su cerebro. Los colores del cielo afectaban el olfato y no la vista, y la Cascada Armoniosa callaba.

David lanzó una piedra que alcanzó al mercader en la frente, y por primera vez los cazadores advirtieron un latido de pánico en la mirada del Otro.

—Ahí es donde hay que darle —gritó Jorge, y avanzó enarbolando su maza de combate. El Señor del No retrocedió hasta la piel misma del Árbol.

Eduardo supo que algo iba mal, muy mal, y abrió la boca para advertir a Jorge. No lo hizo. No se le ocurría nada más apropiado que «cuidado, nos está engañando» y eso no aclaraba gran cosa. En cambio, corrió para secundar la embestida, y llegó casi a tiempo.

El mandoble del guerrero habría lanzado la cabeza del mercader a veinte pasos de distancia, si se tratara de una cabeza corriente. Pero el Señor del No permaneció como antes, con el torvo añadido de una sonrisa que guardaría con el buen humor la misma relación que un gorila con el *Kamasutra*. Fue su espada la que se hundió en el pecho del hombre, un segundo antes de que Eduardo tirara de él para esquivar el golpe.

—Bueno, ya sabemos que no es en la cabeza —repuso Jorge, y expiró.

—Treinta minutos —dijo el comerciante.

La vocecilla subterránea volvió a explicar sus razones en el interior de Eduardo, y de nuevo fue desoída. El cazador permanecía inclinado sobre el cadáver de su amigo, tan sordos uno como el otro. Luis se batía con el Señor del No entre las raíces del guardián de la tribu. David lloraba y recogía las azagayas perdidas.

Un siglo más tarde, Eduardo se incorporó. Hasta ese momento, había tenido la Búsqueda por un fracaso, y la desaparición de la tribu por un hecho a conjugar en pasado, o más bien en presente. Ahora se rebelaba contra su propia sensatez, contra la brevedad de espíritu que tan bien habíale servido para conservar la figura y el apetito. Tenía que vencer. Aunque todo indicara lo contrario. Aunque no quedaran sino diez minutos. Aunque el Señor del No hiriera a Luis.

El Señor del No hirió a Luis.

—Uno de ustedes proporcionará la semilla para la raza del No —dijo el Otro, mientras Luis se hundía en la espuma—. Nos queda poco tiempo para dilucidarlo, así que ataquen, por favor.

Entonces la vocecilla hinchó sus pulmones virtuales y vociferó para que Eduardo reparara en ella. Y esta vez tuvo éxito. Eduardo se detuvo. Una vida entera pasaba ante sus ojos... pero no la suya.

—No puede ser —gimió.

El Señor del No venía hacia él, con la espada por delante como si pensara regalársela.

—No —insistió Eduardo. La espada azul se posó en su pecho. Eduardo miró la hoja, la siguió hasta más allá de la empuñadura. David hundió una azagaya en el mercader, sin gran resultado práctico.

—Muere —dijo el Otro, rompiendo la carne de Eduardo. Eduardo levantó la espada, y se echó hacia un lado.

Y atravesó a David como a una barra de fofa mantequilla.

El Señor del No quedó inmóvil, en tanto David se desplomaba con los ojos redondos. La espada de Eduardo se partió en tres pedazos.

—Bien —dijo el comerciante—, bien, no hay que tomarlo así. Me quedaré contigo. Aún no está todo perdido.

—Lo sé —replicó Eduardo, poniendo el muñón de su estoque sobre el ojo en la mano de David—, sólo lo estará cuando haga un poco de presión aquí.

El Señor del No se asustó de veras.

—No lo hagas. Mereces algo más que un puesto de cazador en una tribu mierdera.

—Oh, seguro —convino el guerrero—, merezco formar un hogar con la Gran Puta. No, muchas gracias.

Y cegó el ojo para siempre.

La hoja que hablaba sobre los pueblos shakri y náhuatl revoloteó y fue a integrarse al recio follaje del Árbol, como si nunca hubiera faltado de allí.

Todo volvió a su cauce. De pronto, la tribu habitaba su espacio ancestral, los niños correteaban, los cazadores vivaqueaban en torno al guardián de la aldea, las muchachas disponían guirnaldas en sus ramas. Y Eduardo tuvo, con más fuerza que nunca, la sensación de que nada había ocurrido, de que el Señor y la Búsqueda no eran sino la nata que flotaba en la superficie de un mal sueño.

—¿Cómo te diste cuenta? —preguntó Luis, resurrecto. Eduardo se encogió de hombros.

—El punto vulnerable no estaba en él. Tenía que buscarlo en otra parte. Y el ojo de David no nos advirtió de esto.

—Fue un truco sucio —dijo Luis— utilizar el cuerpo de uno de nosotros.

—Fue una mariconá —sentenció Jorge.

—Vamos a la Cascada —dijo Eduardo—, necesito un baño. Necesito música.

Cuando se desvestía en la ribera, la última Casualidad cayó de su bolsillo y se hizo pedazos.

Chrissy le pidió a Nicanor que subiera con ella a la habitación, a recoger algunas cosas. Nicanor miró a Rodríguez. Chrissy dijo que lo mejor sería dejarlo solo.

El tipo de la carpeta no se inmutó cuando la cineasta le pidió la llave. Eso debería significar que aún no sabía del secuestro. O que estaba entrenado para permanecer inexpresivo y cortés aunque Jorge de Burgos, con una cabeza ensangrentada en la mano, le hiciera un chiste.

—Ya todo ha terminado —observó Nicanor tontamente, mientras Chrissy abría la puerta.

—Todavía no —dijo Chrissy mientras la cerraba—. Ahora vamos a hacer el amor, tú y yo.

La cineasta no se acostaba con un hombre desde Helmut, y con una mujer desde Hanna. Durante las últimas seis horas se vio involucrada en una reunión de producción, un secuestro y una fuga, y le había destrozado las ilusiones a un hombre. Ahora venía el sexo, desde luego. Sexo con un nativo que no era mulato, ni bailaba, ni parecía especialmente hambriento, pero que a juzgar por su respuesta al *topless*, debía ser una gigante roja.

La mujer fue al baño. Cuando regresó, lo hizo desnuda. Nicanor se arrancó las ropas a tirones. Logró, más bien, convertir una puntada endeble en las entrepiernas

de sus pantalones en un agujero por donde cabría una cabeza humana. Chrissy se encargó de comprobarlo.

—Perdona si no soy lo que esperabas —dijo Nicanor, partidario convencido de la autocrítica preventiva—. Hace mucho tiempo que no estoy con una mujer.

Chrissy quiso replicar asegurando que ella había estado con una la semana pasada y que, hasta el momento, el desempeño de Nicanor iba literalmente a pedir de boca. Quiso decirlo, y mordió al hombre. Así que se concentró en lo esencial.

Después del mazacoteo preliminar y de dos orgasmos veloces, Chrissy intentó superar las barreras entre realidad y fantasía.

—Zopa.

—¿Quieres comer ahora? —preguntó Nicanor, dominado por la sensación de que iban a proponerle algo insólito.

—Más bien tenía en mente el otro extremo... la fase opuesta del proceso digestivo —dijo Chrissy, juguetona y elíptica.

Tras recibir en cinco minutos más placer que en los últimos seis meses, a Nicanor lo embargaba un dulce sopor ontológico, lo que tal vez explique por qué interpretó las palabras de Chrissy como una incitación al canibalismo ritual. Maravillado ante las extraordinarias perversiones que se había perdido, y evocando la afirmación de Ángel respecto a la catadura moral de las europeas, se preparó a tener una de las mayores experiencias de su vida, aseguró que en la cama todo era normal, y acto seguido mordió a la cineasta en una nalga hasta hacerle sangre.

—Aaaanimal —rugió Chrissy. Y en aquel momento se abrió la puerta y asomó Rodríguez.

—No quiero interrumpir...

—Entonces lárgate —dijo el caníbal, mientras un hillo rojo le serpeaba mentón abajo.

Rodríguez hizo un gesto de impotencia y dio un paso al frente. Adherida a sus espaldas apareció una pistola. Y detrás de la pistola, Olivier.

—¿Qué significa esto? —preguntó Chrissy—. Olivier, ¿no te das cuenta de lo que ocurre aquí?

—Oh, puedo hacerme cargo perfectamente. Esa bestia te estaba comiendo el culo.

Nicanor se levantó para dar explicaciones, pero se detuvo cuando la pistola y la ávida mirada del gordo apuntaron hacia él.

—No es lo que piensas —dijo la mujer—, en realidad, me... bueno, me gustó.

—No lo dudo, asquerosilla —sonrió el productor—. Anda, vístete. Usted no, gigante roja.

Los amantes obedecieron. Rodríguez había tomado asiento junto al televisor, y a la sazón inspeccionaba las intimidades del minibar.

—Guarda esa pistola, Olivier —sugirió Chrissy—, Rodríguez es inofensivo. Y Nicanor también, a pesar de las apariencias. Nicanor, este es el productor de mi película.

Nicanor murmuró que estaba encantado, aunque parecía absorto en otra cosa. Olivier cerró la puerta. Mantenía la pistola en alto.

—Creo que hay mucho que explicar.

—No tanto —dijo Nicanor—. Usted es el cómplice oculto, ¿verdad? El que lo planeó todo, el que avisó a Rodríguez y los otros de la llegada de Chrissy y les indicó dónde y cómo secuestrarla. El que les dio la dirección y la llave del estudio abandonado. ¿Por qué lo hizo? Eso sí tendría que explicarlo.

Chrissy miró a Rodríguez. El dueño de los *Reebok* rehuyó su mirada y siguió comiendo papas fritas y cacahuetes.

—No —jadeó la condesa—, Nicanor se equivoca. Dímelo, Olivier. Tú serías incapaz de hacerme esto, ¿no es cierto?

Olivier apartó trabajosamente la mirada de la desnudez de Nicanor.

—¿Uh? Ah, ya. Me temo que tu amigo está tan bien dotado arriba como abajo, mi pequeña cerda. El buen Olivier no habría sido capaz de expresarlo mejor. Sí, yo soy el malo, y llegado hasta aquí, no me queda otro remedio que seguir siéndolo.

Chrissy tomó el control remoto del televisor y se lo lanzó al buen Olivier. No dio en el blanco. Dio en un cuadro que decoraba la pared, y que representaba el martirio de san Sebastián. El cristal protector saltó en astillas, el control remoto se rompió, y el televisor se encendió. Pasaban *Pulp Fiction*, la escena en que Jules salmodia en *off* los versículos fatales ante unos adolescentes cagados de miedo, mientras otro adolescente cagado de miedo intenta reunir el valor suficiente para salir a balearlos.

—He ahí la respuesta —dijo el productor—. Lo siento, querida, pero tú nunca podrías hacer algo así. Tu guión no es genial, y tú tampoco. Necesitaba quitarte de en medio por un tiempo para que los chicos del dinero te reemplazaran por un director decente. Es un error mezclar la amistad con los negocios.

—Él nos contactó hace unos meses, a Angelito y a mí —terció el secuestrador, con la boca llena—. Me dijo que pagaría bien si te sacábamos del aire. Explicó que arruinarías la película, que eras mediocre y no tenías idea

de lo que te proponías, que ni siquiera habías venido a mirar las locaciones. Te juro que lo que nos contó de la historia no nos pareció tan malo; sólo acepté al enterarme de que eras una condesa. Yo soñaba desde antes... una vez, en la cola de la bodega... bueno, eso no importa ahora. El caso es que tu amigo te ofreció en bandeja de plata. Pagó una primera parte por adelantado, pero gastamos todo el dinero alquilando videos y comprando ropa y zapatos. Afirmó que si conseguíamos que nos cedieras el título, él se encargaría de legalizar el traspaso. Ahora comprendo que siempre supo que yo jamás podría ser conde, el muy cabrón... Y es verdad también que nos avisó de tu llegada y nos consiguió la llave del estudio. Pero el plan lo diseñamos nosotros solos.

Chrissy se había sentado en la cama, y a medida que avanzaba el discurso de Rodríguez, se hundía en ella. Al final, todos callaron durante un par de minutos.

—Ahora tendré que matarlos a todos —se quejó el gordo, mientras adosaba un silenciador al cañón de la pistola—. Lucirá como un intento de fuga abortado. Si lo siento por alguien es por usted, Nicanor. Su secuestro fue parte del brillante plan de Rodríguez. Y es una pena pegarle un tiro a un individuo de sus condiciones.

Nicanor se cubrió con una sábana.

—En todo caso, no hará nada original. No seré el primero de mi familia que muere de esa forma. Hubo un tío asesinado por la policía de Batista. Y estuvo mi bisabuelo Peter, que sobrevivió a un duelo con Calamity Jane para ser baleado años más tarde en Palma Soriano por un enano borracho que pretendía robarle su mascota.

—¿Un perro?

—Una mofeta.

—En fin, ¿desean establecer algún sistema de prioridades? —pataleó el productor, impaciente—. Encontré a Rodríguez saliendo de la piscina, y me dijo que ustedes habían subido aquí a cambiarse de ropa y llamar por teléfono a la policía. Eso le otorga suficientes méritos.

—Las damas primero —dijo el interesado—. Por otra parte, quisiera terminar el maní y los *chips* con sabor a queso.

Chrissy no reaccionó. Nicanor, con no poca sorpresa, descubrió en su interior una emoción desconocida, tan exótica como el impulso antropofágico. Sintió que lo embargaba el espíritu de sacrificio.

—Empiece conmigo. Sólo déme un minuto para tomar un trago.

—Bebe lo que quieras. En definitiva, Chrissy ya no tendrá que pagarlo.

Nicanor, todavía envuelto en la sábana, se inclinó junto al barcito y lo exploró. Cuando metió la mano, los pliegues de la tela disimularon su movimiento.

—Hubiera sido una buena película —murmuró la cineasta, con esa atonalidad reconcentrada de los maníacos obsesivos—, debiste darme esa oportunidad, Olivier. No lo hiciste sólo porque no confiaras en mí. Querías que alguien pagara por el retraso, y embolsillarte ese dinero.

—Bravo —dijo el gordo—, acabas de librarme de los últimos remordimientos de conciencia. Creo que Rodríguez tenía razón. *Ladies first*.

Apuntó a la condesa. Nicanor saltó y movió un brazo hacia el productor. La sábana flameó, blanca. Blanca.

Roja.

Olivier, con un abridor de botellas encajado entre los omóplatos, se tambaleó con la elegancia de los samurais de Kurosawa. Vino sobre sus rodillas, movió la pistola

en cualquier dirección, y disparó. La bala rebotó aquí y allá y terminó sus días en el pecho de san Sebastián. En pantalla, Jules y Vincent miraban estupefactos la pared asesinada.

La puerta se abrió como si Obelix la empujara, y el investigador, el subordinado, Hanna y Serafín se sumaron al grupo.

—Hanna.

—Chrissy.

—Rodríguez.

—Chivato de mierda.

—Pongan las manos donde pueda verlas.

El subordinado se inclinó sobre Olivier. Luego fue hasta su jefe y le susurró algo al oído.

—¿Está vivo? Perfecto. No me gustaría nada que muriera antes de cruzar unas palabras con ese pájaro gordo, traidor y peste a sopa —se asomó al pasillo—. Llévenselo, cúrenlo y métenlo con el violador de La Habana Vieja.

Serafín se envaró, pero el ataque de celos pasó enseguida.

—Y usted —continuó el investigador—, vístase.

—Yo fui quien lo llamó —dijo Nicanor.

Chrissy lo miró estupefacta.

—Cuando fuiste al baño. De todas maneras, en este país la policía nunca llega muy rápido.

—Yo también lo llamé —dijo Rodríguez— desde la piscina, con el teléfono del alemán flaco. Le dije que quería entregarme.

Hanna besó a Chrissy con ternura.

—Tenemos que hablar —dijo la cineasta, desasiéndose del abrazo de la profesora de español—, puede que haya algunos cambios en mi vida.

Rodríguez repartió tragos para todos.

—Está muy bueno —evaluó Nicanor—, como si lo hubiera preparado un *barman*.

—Yo era *barman* —confesó el dueño de los *Reebok*—. Me botaron del trabajo por estudiar heráldica en horario laboral.

El investigador pidió otro trago.

—Había llegado a pensar que el cómplice oculto era usted, Nicanor. Así, su secuestro sería un *bluff* para confundir a todos. Sólo que no entendía por qué confundir también a Serafín. Más tarde, cuando Olivier empezó a insistir en que el ICAIC corriese con los gastos mientras Chrissy permaneciera secuestrada, até cabos y me dije que bien podría tratarse de él. Claro que no tenía cómo probarlo, y meterse con un extranjero sin pruebas en su contra es siempre delicado. Ahora voy a partirle las patas. Lo felicito.

—Gracias —dijo Nicanor, y las palabras le salieron solas—, en realidad... bueno, yo lo había planeado todo, desde que envié a Serafín al policlínico.

Y contó los hechos desde aquel punto de vista. A él mismo lo sorprendió su coherencia. En un par de meses lograría convencerse de que no había mentido.

—Impresionante —admitió el investigador—. ¿Y por qué huyó con Rodríguez, durante el cerco a su casa?

—Para proteger a Chrissy. Aunque Rodríguez se ha portado como un... aristócrata. De hecho, no pienso acusarlo.

—Tampoco yo —dijo la condesa—, gracias a él ahora sé exactamente lo que quiero hacer con mi película. Y no me divertía tanto desde que vi *El gabinete del doctor Caligari*. La única sombra fue la muerte de Ángel.

—Ángel no está muerto.

A la salida, Serafín tomó a Nicanor por un brazo.

—Yo también tengo que agradecerle. Creo que he reencontrado mi vocación. Por cierto, tiene amebas y oxiuros.

Hanna aprovechó para acercarse a Chrissy.

—¿Se acabó? ¿Es eso? Dame una buena razón.

—Una mordida en el culo.

El investigador le tendió una carpeta a Nicanor.

—Cúbrase. Y la próxima vez, recuerde quitarse primero los pantalones.

Rodríguez tropezó con Serafín.

—¿Has oído hablar de la Viagra?

—Sí.

—Puse cinco pastillas en tu trago.

Chrissy buscó a Nicanor.

—Ese bisabuelo tuyo, el de la mofeta... ¿cómo se llamaba?

—Nunca supimos su apellido. Era norteamericano. El O'Donnell lo adoptó aquí. Lo que sí recuerdo, porque es una leyenda en la familia, es que la mofeta se llamaba Zochipily, o algo así. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —se evadió Chrissy—, por nada.

Nicanor besó a Chrissy y se lanzó a la piscina. Enseguida tocó fondo, y empezó a escribir su nombre con el dedo en la mugre asentada. Terminaba cuando reparó en que alguien hacía lo mismo, tan cerca que las letras se mezclaron en un texto único. Se encontró mirando a los ojos a un tipo extrañísimo, vestido como un guerrero exótico, que parecía tan asustado como él. Por si fuera poco, oyó una música imposible. Nicanor ni siquiera intentó leer el nombre del desconocido, y chapoteó agónicamente hasta la superficie.

Arriba todo era normal. Los bañistas, el sol, el mundo. Chrissy, magnífica, le tendió la mano.

F I N

15 de febrero - 12 de octubre de 1999

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Uno / 9
Dos / 19
Cuatro / 32
Cinco / 47
Seis / 58
Siete / 71

SEGUNDA PARTE

Ocho / 85
Nueve / 97
Diez / 112
Once / 127
Doce / 140
Trece / 156
Tres / 165

